

EN NOMBRE DE ALÁ

Conversaciones con extremistas
españoles y sus familias

ANNA TEIXIDOR

Plataforma
Actual



«Habrà que acostumbrarse a vivir con el terrorismo islamista, pero sin dejar de contarlo y de combatirlo. A ese doble designio sirve este libro.»

Del prólogo de Ignacio Cembrero, periodista y escritor

En nombre de Alá

Conversaciones con yihadistas españoles y sus familias

Anna Teixidor

Traducción de Emma de Porrata



Título original: *Combatents en nom d'Al·là*, originalmente publicado en catalán, en 2016, por Ara Llibres, Barcelona

Edición en castellano revisada y actualizada: octubre de 2017

© Anna Teixidor i Colomer, 2017

© de la traducción, Emma de Porrata, 2017

© del prólogo, Ignacio Cembrero, 2017

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2017

Ilustración de portada: bandera de la yihad

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-17002-67-1

Diseño, realización de cubierta y fotocomposición:

Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, dirijase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Prólogo de Ignacio Cembrero

Unas palabras previas

1. Tarek, el combatiente que sobrevive en Siria

De España a Al Qaeda

El mundo visto a través de los ojos de un muyahidín

La mujer de un muyahidín

La vida antes de Siria

La transformación de Tarek en Abu Tarek

Un retorno imposible

«Alá nos ha escogido. Me caso»

2. Las viudas de los mártires

«¡Estás loco! ¡Te matarán!»

La decisión está tomada

En el país de los *kufar* [«infielos»]

Los últimos días en Siria

Bajo la sombra de la policía

La vida de Maryam, ahora

3. Heroínas, confidentes y policías

El doble reclutamiento

Las primeras complicidades

El precio de colaborar

«Policía, policía...»

Prisión incondicional comunicada y sin fianza

4. La familia que se fue al Califato

Epílogo

«Una imagen vale más que mil palabras», reza un proverbio presumiblemente de origen chino. Un reportaje periodístico con dosis de investigación a veces también vale más que sesudos análisis académicos o policiales para explicar al común de los mortales por qué un joven inmigrante musulmán criado en algún lugar de la península ibérica se radicaliza, difunde propaganda yihadista y se desplaza incluso hasta la otra punta del Mediterráneo para luchar en el seno de una organización terrorista. Y si esa vía está cercenada cometen un doble atentado en Barcelona y Cambrils.

Anna Teixidor ha innovado en España. Primero en la televisión, en TV3, la pública catalana, y después en un libro cuya edición en castellano se publica ahora. No se ha conformado con los comunicados del Ministerio del Interior ni con las sentencias condenatorias de la Audiencia Nacional. Ha viajado a su manera al otro lado para tratar de comprender el itinerario que conduce a un puñado de jóvenes musulmanes a empuñar las armas y lo ha plasmado a lo largo de las páginas de *En nombre de Alá*.

La tarea no es fácil por múltiples razones. Primero porque la prensa no suele, sobre todo en tiempos de crisis, fomentar la investigación ni la especialización, pese a que suele dar réditos. Especializarse es, para un periodista, ir un poco a contracorriente. Segundo, porque aquellos a los que deseaba investigar son recelosos a la hora de contar sus vidas. La paciencia y el buen hacer de la periodista, que siempre dejó clara su profesión, y el empeño de sus interlocutores por convertirla al islam y casarse con ella, incitaron a algún que otro extremista a dar su brazo a torcer. Tarek, por ejemplo, criado en Cataluña, pero alistado a los veintidós años en la rama de Al Qaeda en Siria, mantuvo durante meses con Anna Teixidor provechosas conversaciones nocturnas a través de Facebook. ¡Mereció la pena robar horas al sueño!

Estas charlas también le han suscitado a la autora dudas éticas que afloran en algunas de las entrevistas que efectuó. Se pregunta si hay que dar voz a aquellos que apuestan

por la violencia y serían capaces de atentar en Europa llevándose por delante a víctimas inocentes. Al final dio el paso y yo la aplaudo. Hay que darlo porque el periodismo consiste en recoger las palabras del mismo diablo a condición de contextualizarlas para que no sean una soflama propagandística. Hay que darlo, además, porque para elaborar una contranarrativa con la que frenar la captación de jóvenes es necesario primero conocer los argumentos engañosos de los reclutadores.

Los que muerden el anzuelo de los reclutadores lo hacen por múltiples razones, pero, ante todo, porque tienen un problema de identidad que resolver. Son jóvenes, a veces adolescentes, que ya no se consideran del país de sus padres, que conocen mal y cuyo idioma apenas hablan. Tampoco se sienten del país en el que se han criado, porque se llaman Mohamed o Aicha y, aunque hablen la lengua a la perfección, los Antonios o las Teresas tendrán con frecuencia prioridad a la hora de alquilar un piso o de conseguir un empleo. Solo les queda entonces una patria: la del islam, que abrazan con fuerza, señala Anna Teixidor. Lo malo es que, como ella bien sabe, los yihadistas han secuestrado al islam para, con un envoltorio propagandístico atractivo, pervertirlo.

Conozco a mis clásicos musulmanes. Sé que a algunos de ellos les indignará *En nombre de Alá*, el título de la obra. Recalcarán que el islam es una religión de paz y que nadie puede asesinar en nombre de Dios. Por tanto, añadirán, los terroristas no profesan el islam y ellos, que sí lo practican, se consideran ajenos a cuantas vilezas cometan esos falsos correligionarios. ¡Cuántas veces he leído este razonamiento en las redes sociales!

Se equivocan aquellos que lo formulan. Aunque les parezca injusto, todas las salvajadas de los yihadistas mancillan, a ojos de muchos europeos, al conjunto de los musulmanes. Sus atrocidades en París o Barcelona echan leña al fuego de la islamofobia y ponen así en peligro la convivencia en las sociedades europeas. Para apagar esa hoguera, ellos, los musulmanes comprometidos con su religión, deben movilizarse, porque son los que mejor pueden impedir que jóvenes desnortados se extravíen. Los demás estaremos a su lado.

Comparada con sus vecinos al norte de los Pirineos, España, incluida Cataluña, donde la población musulmana rebasa el medio millón de habitantes, estaba hasta ahora en una situación privilegiada. El 11M, que acabó con la vida de 191 personas en Madrid, fue el mayor atentado perpetrado en la Europa continental, pero después vinieron 13 largos años de paz hasta que, el 17 de agosto, les tocó el turno a Barcelona y Cambrils. Apenas

hubo, durante ese paréntesis (2004-2017), un par de incidentes sin heridos. Los numerosos detenidos en las operaciones antiterroristas en España se dedicaban a difundir propaganda y, en el peor de los casos, a intentar reclutar, muy pocos proyectaban actuar y todos carecían de planes para atentar. Tan solo algo más de doscientos residentes en España emigraron a Siria, Irak o Mali para incorporarse a grupos terroristas, un número irrisorio si lo cotejamos con el de Francia o incluso con la pequeña Bélgica. En total, más de cinco mil jóvenes salieron de Europa rumbo a los escenarios de conflicto.

Ahora bien, nada garantiza que tras el 17-A vuelva la calma. Los grandes atentados, y los de Cataluña lo fueron, suscitan desgraciadamente vocaciones. Hay jóvenes que desean emular a esos supuestos «mártires». En España apenas hay ahora una segunda generación de inmigrantes musulmanes y aún no ha aflorado la tercera. Son esos chavales nacidos y criados en el país al que inmigraron sus padres los más propensos a radicalizarse. La derrota militar del mal llamado Estado Islámico en Oriente Próximo tampoco presagia el fin del terrorismo ni allí ni aquí. Es como el ave fénix, capaz de resurgir de sus cenizas; persistirá «una amenaza ni previsible ni prevenible», como advierte Anna Teixidor.

Por eso la autora de *En nombre de Alá* tiene aún una gran tarea por delante. Además de los que, como Tarek, marcharon a luchar, el terrorismo tiene otros aspectos aún por explorar desde una perspectiva periodística española. Están, por ejemplo, los conversos al islam, aquellos jóvenes que, sin haber tenido ninguna relación con esa religión, se hacen musulmanes, e incluso yihadistas, en un afán disparatado de luchar contra la globalización y el imperialismo. Están también los retornados del campo de batalla, a los que Anna Teixidor opina que hay que dar, mediante procesos de desradicalización, una segunda oportunidad si no tienen las manos manchadas de sangre.

Con sus múltiples facetas, el terrorismo yihadista es, por su duración, a caballo entre los siglos XX y XXI, una nueva edición de lo que fue, en el XIV y el XV, la guerra de los Cien Años. Habrá que acostumbrarse a vivir con él durante muchos años, pero sin dejar de contarlo y de combatirlo. A ese doble designio sirve el libro que aquí arranca.

IGNACIO CEMBRERO
Periodista y escritor

Unas palabras previas

Consciente de que a veces es posible hablar demasiado ante un periodista, el veterano policía se fijaba en la musculatura de mi cara a la vez que me contaba con tono displicente que se estaban organizando homenajes a mártires que habían partido de Barcelona y muerto en Siria. Lo que era una conversación de café informal y aparentemente sin trascendencia se convertía en un gran titular.

Corría el mayo del 2014. Abu Bakr al-Baghdadi aún no había autoproclamado el califato ni tampoco Dáesh —acrónimo en árabe de Estado Islámico de Irak y el Levante que se usa en Occidente desde el año 2014— había protagonizado ningún atentado en Europa. Aquellos dos factores eran determinantes para que pudiera tirar del hilo y buscar testimonios directos que me permitirían entender, o al menos intentarlo, una movilización que ya contaba con casi cinco mil combatientes y mujeres que se habían desplazado desde Europa a Siria atraídos por la idea de formar parte de una supuesta gran comunidad del islam: la *umma*, como ellos la denominaban.

A partir de allí inicié una inmersión absoluta en las redes sociales con el objetivo de entrar en contacto tanto con combatientes y mujeres que ya se habían desplazado a la zona de conflicto como con simpatizantes de la causa que residían en España. El contacto de un exagente, experto en redes sociales inquieto por la amenaza terrorista, fue clave para agregar los primeros perfiles. Quizás durante aquellos primeros meses añadí en mi cuenta de Facebook a más de medio millar de nombres, y de estos tan solo una docena contestaron.

Una vez que hube localizado los primeros nombres a través de las redes sociales, intenté contextualizar sus vidas a través del trabajo de campo. Con mi compañero Marc, nos íbamos a sus barrios, hablábamos con sus familias y amigos e intentábamos reconstruir los procesos que habían vivido previamente al momento de partir.

Las primeras indagaciones nos permitieron constatar la existencia en España de una corriente activa de simpatizantes afines a los grupos que están combatiendo en Siria y en Irak, sobre todo, Al Qaeda y Dáesh, que defienden una interpretación violenta y extremista del Corán. De hecho, el Gobierno español ha expresado en repetidas ocasiones su preocupación por estos simpatizantes y admite que han viajado a Siria, por lo menos oficialmente, 216 personas, entre ellas, 21 mujeres, de nacionalidad española o con permiso de residencia en España, aunque no cifra ni las unidades familiares ni los menores (según fuentes de la lucha antiterrorista de julio del 2017), y, probablemente, estos números queden lejos de la realidad. Ni siquiera los cuerpos policiales saben con certeza el número de personas que han viajado a las zonas de conflicto, porque la mayoría lo hacen en medio de una discreción absoluta y seguir su rastro nunca es fácil.

Durante los primeros años de la guerra de Siria, cuando llegaban allí, la mayoría no tardaba en reactivar su perfil de Facebook y colgar las fotografías con el Kaláshnikov, lo que confirmaba su viaje. Se convertían en referentes en sus comunidades de origen y animaban a otros a dar el mismo paso. Desde hace meses, este comportamiento ha cambiado radicalmente. Ya nadie cuelga sus fotos de combatiente en las redes sociales, sino todo lo contrario: la adhesión a estos grupos la hacen a escondidas para evitar que los cuerpos policiales puedan identificarlos a ellos ni a las familias que se han quedado en el país de origen. De aquí que la identificación sea una tarea ardua y el reto de las unidades de inteligencia, complejísimo.

Los capítulos que siguen relatan historias personales de testigos estrictamente vinculados a estos grupos. No se trata del relato de los grandes líderes de Dáesh ni de Al Qaeda, ni tan solo de sus eficaces reclutadores, sino de hombres y mujeres que un día se sintieron atraídos por las consignas de estos grupos y que de un modo u otro se implicaron en esa lucha. El politólogo francés y experto en Oriente Próximo Jean-Pierre Filiu mantiene que se debe dar voz a los disidentes. Y yo lo comparto. Pero también creo que hemos de conocer las contradicciones con las que viven aquellos que han apostado por esta causa, cómo narran y justifican sus acciones, y descubrir qué motivaciones los impulsaron a hacer un viaje sin retorno. Solo así podremos saber cómo hemos de luchar en contra de esta amenaza y cómo desmovilizar a sus acólitos.

Mi papel ha sido el de una observadora que ha querido trazar el recorrido de estos hombres y mujeres que han nacido o crecido en Europa y que durante mucho tiempo han sido admiradores de las consignas de estos grupos, pero también grandes víctimas de sus

estrategias sectarias. A la mayoría les hicieron creer —algunos aún lo piensan— que la sociedad occidental está corrompida, que no se puede vivir en medio de los *kufar* [infiel] y que la mejor opción es emigrar a la tierra de Sham, que comprende Siria, Palestina, Jordania y el Líbano. Otros se han convertido en agentes dobles. Han flirtado con Dáesh y Al Qaeda, pero, a la hora de la verdad, han decidido ayudar a los cuerpos policiales. Unas complicidades que en muchas ocasiones han pagado caras. Aunque se los considere héroes, mártires, terroristas o espías —según cada momento y dependiendo de quién los juzgue—, han saltado al vacío y sin red.

Desde el inicio de las conversaciones, he intentado establecer acuerdos con cada uno de los personajes. Y digo que lo he intentado porque nunca es fácil. He dejado de lado los posicionamientos previos y he intentado enfrentarme sin prejuicios, sin manipular sus palabras, sin utilizar adjetivos calificativos. Quería escucharlos, saber por qué lo dejaban todo y partían a una guerra a miles de kilómetros de casa: ¿cómo podían justificar el quitarse su propia vida o la de otros? Por eso he intentado afrontar el asunto como cualquier periodista independiente, consciente de que el mundo no se divide entre buenos y malos y de que todo es más complejo de lo que aparentemente parece.

Los combatientes y sus simpatizantes raramente aceptan hablar con periodistas, y menos aún si se trata de mujeres, además, no musulmanas. A pesar de esto, nunca me he presentado como una aspirante para ingresar en sus filas, sino como una periodista del medio para el cual trabajo y con mi verdadera identidad. Si bien he mostrado interés por conocer el islam y lo que pensaban, ellos han aceptado explicar con detalle lo que han querido de su vida, de sus creencias, de sus proyectos y, a veces, de las trampas en las que han caído. Posteriormente, he intentado contextualizar sus afirmaciones, contrastar con sus familias los argumentos y los hechos y explicar en todo momento los claros y oscuros que se esconden detrás de la decisión que un día tomaron.

El trabajo ha sido intenso y fruto de muchas horas de conversaciones. La mayoría han sido presenciales, pero, como dejo claro en cada momento, algunas de ellas han sido únicamente virtuales. En cada uno de los capítulos, el nombre y el origen de la persona se mantienen en el anonimato, pero en ningún caso esto altera las circunstancias ni el valor de los relatos expuestos. De hecho, lo más difícil es que algunos testimonios se pusieran ante una cámara para los dos reportajes que emitimos en el programa *30 minuts*, de Televisió de Catalunya: a mediados de 2015, «A la recerca del paradís», y, un año

después, «Desarmar Estat Islàmic». La semilla de este libro reside en buena parte en la búsqueda de aquellos testimonios.

La mayoría de estas historias me han impactado por la fuerza de las convicciones de sus protagonistas, tildados por los Gobiernos y los expertos de sujetos radicalizados y manipulados por las derivas sectarias del islam y considerados por otros héroes mártires, seguidores acérrimos de la fe musulmana y de la voluntad de Alá. Otro de los hechos que me han sorprendido es que muchos jóvenes se hayan sentido atraídos por *El Príncipe*, una famosa serie de un canal de televisión español que toma su nombre de uno de los barrios de Ceuta que ha exportado a más combatientes, mujeres y menores de edad de España a Siria e Irak. He constatado que ha creado un polo de atracción de jóvenes adolescentes que quieren convertirse en agentes del CNI o en confidentes de la policía. Ojalá una mejor coordinación entre los cuerpos de seguridad evite que una misma persona sea considerada colaboradora por un cuerpo y acusada de pertenecer a una organización terrorista por otro.

De hecho, España es el país de la Unión Europea en el que se han llevado a cabo más operaciones antiterroristas y se ha detenido a un mayor número de personas.¹ Asimismo, todos los Gobiernos occidentales están trabajando contra reloj en estrategias para reforzar sus unidades de información y evitar atentados. Desafortunadamente, un doble ataque en Barcelona y Cambrils (Tarragona) el 17 de agosto de 2017 nos golpeó directamente. Dieciséis víctimas mortales y un centenar de heridos en un atentado que por lo que se sabe hasta ahora hubiera sido mucho peor si no se hubiera producido la explosión de Alcanar (Tarragona).

A pesar del duro golpe, la amenaza continúa y aún reside en el interior del continente: desde los europeos frustrados que querían viajar pero prefieren mantenerse en el país para atacar, hasta aquellos que han vuelto de la zona de conflicto con el encargo de cometer actos violentos y, en última instancia, los llamados actores individuales o solitarios, individuos que, sin formar parte de ninguna organización jerárquica ni recibir ninguna orden directa, deciden actuar por su cuenta siguiendo los métodos que difunde Dáesh o cualquier otro grupo a través de sus canales mediáticos. Una amenaza ni previsible ni prevenible.

Este trabajo, que me ha ocupado durante casi tres años, lejos de resolver los interrogantes que me había planteado inicialmente, me ha abierto muchos otros: ¿Cómo podemos neutralizar a aquellas personas que viven con nosotros pero que creen que

somos unos infieles y se nos debe atacar? ¿Es posible el retorno de aquellos que decidieron ir a combatir o emigrar al califato? ¿Hemos de medir con distintas varas los padres de los hijos que han nacido o crecido en el califato? Los expertos prevén que centenares de europeos volverán de las zonas de conflicto. La mayoría, arrepentidos y decepcionados, pero algunos con la voluntad clara de causar daño. De hecho, los que hoy por hoy logran añadirse a uno de estos grupos tienen que responder a un cuestionario. Al principio de la guerra, se les preguntaba si querían morir en combate o bien en una acción de martirio. Desde hace un tiempo se ha añadido una tercera opción: regresar al país de origen para cometer un atentado. En el número 7 de *Dabiq*, una de las revistas de Dáesh, se pide a los musulmanes de Occidente «atacar, matar y aterrorizar a los cruzados en sus propias casas y en sus propias calles». Y la premisa aún va más allá y anima a estos mismos musulmanes a permanecer en sus países de origen para llevar a cabo ataques terroristas en su propio suelo. Una de las últimas entregas del principal medio de propaganda que difunde Al Qaeda llama también a la comisión de atentados en la llamada «tierra de infieles» por musulmanes que, a pesar de actuar individualmente, sean conscientes de esta estrategia global. Los últimos atentados en Europa evidencian que se está siguiendo al pie de la letra este guión.

La guerra de Siria, que empezó en el 2011, ha generado una voluminosa bibliografía del curso del conflicto, pero también del reclutamiento de miles de hombres y mujeres que se han movilizado. En Francia, Italia, Dinamarca o en el Reino Unido se han publicado libros, a veces en formato autobiográfico o de memorias, que narran las trayectorias de aquellos que han cruzado la línea. En España hay escasos volúmenes sobre este tema.

Este libro está firmado por una sola autora, pero lo cierto es que no habría sido posible sin la complicidad, la dedicación y el esfuerzo de mi compañero cámara Marc Faro Costa. Una mención merecida a mis compañeros de las secciones de Sociedad, Internacional y del programa «30 minuts» de TV3, así como algunos verdaderos amigos que me han acompañado a lo largo de estos años. Sin su ayuda y su apoyo, clave en algunos momentos, no hubiera terminado este libro. Asimismo, tengo que agradecer tanto a la dirección de Informativos de Televisión de Cataluña como de Cataluña Radio por el tiempo y la confianza que me dieron para trabajar con este tema. Todos los errores que pueda haber son única y exclusivamente responsabilidad de la autora.

Jóvenes de Occidente: los procesos de radicalización en nombre de Alá

La llamada de los jóvenes musulmanes atraídos por lo que ellos denominan la yihad comenzó durante la década de 1990, cuando decenas de marroquíes residentes en España viajaron como muyahidines a Afganistán, Bosnia, Chechenia y, posteriormente, con la invasión de las tropas de Estados Unidos, a Irak. La diferencia respecto a los que han hecho ahora el viaje a Siria e Irak es que estos últimos son jóvenes que han nacido y crecido en Europa y que, en algunos casos, no tenían ninguna vinculación previa con el islam.

Desde la proclamación del califato y de los primeros atentados en Europa reivindicados por Dáesh, se han multiplicado los estudios que tratan de entender la ideología, el perfil, la motivación y los canales a través de los cuales los grupos combatientes han logrado movilizar a más de treinta y cinco mil personas de cien países distintos para que se desplacen a la zona de conflicto.² En este apartado, que no tiene ninguna otra ambición que introducir el tema de una manera divulgativa, nos centraremos en aquellos jóvenes procedentes de Europa que, en un momento dado, dieron el paso. Digo «dieron» porque cada vez es más difícil cruzar la frontera turca, a pesar de que durante los primeros años de la guerra de Siria era relativamente fácil. Turquía ha actuado con connivencia, mirando para otro lado y permitiendo el paso indiscriminado de personas, armas y petróleo.

La primera de las observaciones de los expertos que permite entender la movilización de estos europeos ha sido la dificultad que supone la integración de la segunda generación de inmigrantes. Aquellos países con cifras más altas de reclutamiento concuerdan con los que tienen un tamaño mayor de población musulmana. Normalmente, se trata de descendientes de inmigrantes procedentes del norte de África, de Oriente Medio y del sur de Asia.³ Mientras que los padres de estos jóvenes se dedicaron a encontrar un trabajo y a solucionar su situación jurídica, los hijos pueden sufrir una profunda crisis de identidad cultural.⁴ Los futuros combatientes y las mujeres que se han desplazado a la zona de conflicto o simpatizan con el movimiento desde España sufren inicialmente una fuerte crisis personal, de identidad, motivada por muchas posibles razones. Por ejemplo, el incumplimiento de las expectativas que se habían marcado individualmente, pero también en el proyecto familiar y, muchas veces, el

malestar de los hijos hacia sus padres crece, pues creen que no están viviendo la fe musulmana siguiendo los dictados del Corán. La mayoría de los adolescentes a los que he conocido y que han iniciado lo que se llama procesos de radicalización lamentan la ignorancia de sus padres en temas religiosos. Creen que los conocimientos que están adquiriendo a través de las redes sociales y de las lecturas recomendadas por los captadores tienen más autoridad que sus padres o incluso que los discursos públicos de los imanes de su comunidad, sobre quienes creen que están condicionados porque se saben vigilados por los informantes de la policía. A pesar de ello, hemos visto que algunos imanes aprovechan su autoridad para difundir el mensaje de la violencia e influir en los individuos más jóvenes de su comunidad de puertas adentro y en medio del secretismo más absoluto, como se evidencia en el caso de la célula de Ripoll (Girona).

En algunos casos, la influencia de Dáesh y Al Qaeda está estrechamente relacionada con las circunstancias socioeconómicas en que los jóvenes crecen y viven: desde las *banlieues* de las grandes ciudades francesas a las barriadas del área metropolitana de Barcelona y Madrid o al barrio de El Príncipe, de Ceuta. Aunque nos equivocáramos si atribuimos la radicalización de estos jóvenes únicamente a razones sociales y económicas. Aquellos individuos que estén integrados o aparentemente integrados también pueden sufrir procesos de radicalización. Y esto incluye a los conversos. Sin embargo, también es cierto que a aquellos cuyas vidas no tenían ningún sentido y se dedicaban de lleno a la delincuencia, el extremismo les ha dado un objetivo.

Algunos expertos sugieren que el punto de partida de esta movilización no es el propio proceso de radicalización, sino la desconexión social, un sentimiento de desafección y resentimiento respecto a la sociedad en la que han crecido.⁵ De aquí que rechacen la cultura, las formas de ocio, el flirteo con chicas en bares y discotecas y busquen una visión alternativa del mundo.

Tarek, con quien conversamos en el primer capítulo, sufre un problema identitario. No se siente identificado ni con la sociedad occidental de acogida ni tampoco con el país de origen de su familia. Él mismo afirma: «Cuando estoy en España, me apodan «el moro»; cuando voy a ver a los abuelos en Marruecos, me llaman «el español». Aquí no hay quien pueda adaptarse». La identidad musulmana y sentirse dentro de la *umma*, el referente de la comunidad musulmana global, le ha servido para diferenciarse de ambas sociedades y lograr una nueva identidad con un sentimiento arraigado de pertenencia. A esto se añade, con más o menos intensidad y dependiendo de cada individuo y de

múltiples casuísticas, el interés por la aventura, el deseo de convertirse en un mártir ante la anhelada recompensa espiritual o, simplemente, el respeto que familiares y conocidos pueden otorgarles.

En los casos de padres de familia, como el marido de Maryam, con quien conversamos en el segundo capítulo, se evidencia un fuerte componente ideológico y religioso. Él mismo aseguraba haber contrastado todos los postulados de Dáesh con personajes religiosos a quienes daba autoridad y con lecturas específicas recomendadas. Y es que los captadores han construido una argumentación clara, ordenada y extremadamente coherente del discurso de estos grupos, que han canalizado y multiplicado su mensaje exponencialmente a través de Internet. La red ha sido el aglutinador del mensaje, y puede explicar la intensificación y la aceleración de esta movilización, que cuenta con miles de desplazados de todo el mundo.

De hecho, el relato de la joven que exponemos en el tercer capítulo parte del intento de captación que sufrió a través de las redes sociales. Todos los contactos que tuvo fueron exclusivamente virtuales. Son jóvenes y no tan jóvenes que muchas veces toman decisiones basadas en las narrativas emocionales que les llegan a través del ordenador o de sus dispositivos móviles. Sin embargo, sabemos que la captación cara a cara también continúa aunque con muchas precauciones por parte del reclutador, que se asegura de a quién tiene que transmitir el mensaje.

Así pues, lo único que podemos afirmar con rotundidad es que no existe ningún perfil que pueda englobar a la totalidad de los movilizados. Lo cierto es que los expertos están de acuerdo en que no pueden establecerse denominadores comunes, ya que existen muchas casuísticas diversas.⁶ En todo caso, se apunta a que las motivaciones exclusivamente religiosas ya no son suficientes.

En aquellos lugares de donde solo ha partido al califato una familia, como el último caso que presentamos, probablemente fue clave el contacto con un captador o con un agente de radicalización. Esto puede explicar que de algunas poblaciones solo haya viajado una familia.

La figura del captador o agente de radicalización es decisiva para entender cómo estos grupos han logrado basar su estrategia de reclutamiento en una interpretación extremista del islam en nombre de Alá y cómo han utilizado el concepto de la yihad como un instrumento. A partir del Corán y de los hadices o dichos y hechos del profeta, han manipulado conceptos religiosos construyendo una narrativa sencilla de entender, pero

con una interpretación extrema del salafismo. Hay quien ha hablado incluso de «un salafismo iliberal para el cual identidad musulmana y ciudadanía democrática son incompatibles».⁷

La premisa de estos grupos violentos es crear una sociedad basada en la literalidad de la *sharía* o ley islámica, siguiendo el modelo de las primeras comunidades musulmanas. En este sentido tiene que entenderse la creación de un califato para llevar a la práctica el «verdadero islam», como ellos lo denominan, ya que el fin último es legitimar y justificar sus acciones violentas.

De hecho, las ideologías de Al Qaeda y Dáesh presentan numerosas similitudes, aunque difieren en los plazos y en las formas de llevarlas a cabo. Ambos defienden la yihad como un deber individual, pero mientras que Al Qaeda solo la había proyectado, Dáesh ha conseguido materializarla con la proclamación de un califato que cuenta con un territorio propio. Un factor que ha sido determinante, junto con las victorias militares en Siria e Irak, a pesar de que ahora esté perdiendo sus feudos más importantes.

Inicialmente, uno de los factores clave para movilizar a estos hombres y mujeres han sido las dramáticas imágenes del conflicto en Siria emitidas en las cadenas de televisión de todo el mundo; el uso indiscriminado de armas químicas contra la población civil y la creencia de que tanto Occidente como los países árabes se han mostrado impasibles ante tales atrocidades. Los combatientes con los que hemos contactado nos han repetido muchas veces estos mismos argumentos, sin olvidar la lucha casi «épica», enfatizan, en contra de un dictador sin escrúpulos y en defensa de sus hermanos musulmanes. De algún modo, los captadores han logrado explotar una narrativa de victimismo para manipular las frustraciones de la población musulmana. Un victimismo que ya había sido utilizado por Osama bin Laden y que Dáesh ha canalizado y explotado también hacia las guerras entre suníes y chiitas en Irak, puesto que ha sabido aprovechar la marginación política, económica y social que el Gobierno iraquí de mayoría chií ejercía sobre la población suní.

La argumentación de los captadores es tan amplia como variada y pretende persuadir a los jóvenes de que viven en un mundo corrompido, excesivamente materialista y dominado por complots. De aquí que los reclutadores pongan el acento en teorías conspiratorias y, sobre todo, en antiguas profecías islámicas que incluyen el fin de los tiempos, en que se prevé un combate del verdadero islam contra los infieles para salvar el mundo. La citada profecía incluso señala geográficamente dónde tendrá lugar la

supuesta batalla final contra los infieles: en Dabiq, una localidad siriana en el norte de Alepo —no es coincidencia que una de las revistas del grupo comparta su nombre con esta ciudad—. Algunos autores han calificado este argumentario de oportunismo apocalíptico, porque, en realidad, los líderes no creen en el fin del mundo, pero lo utilizan porque es una herramienta eficaz de reclutamiento en la estrategia narrativa del grupo.

Lo cierto es que los reclutadores utilizan todo tipo de argumentos para generar interés por la guerra y lograr que sus víctimas se añadan a lo que denominan la causa de la yihad. De hecho, las principales herramientas de reclutamiento no son los discursos pesados de Aymán al-Zawahiri, que, por cierto, requieren conocimientos religiosos, sino el consumo intensivo de conocidos videojuegos (*Assassin's Creed* o *Call of Duty*) y el visionado de algunas películas (*Matrix* y *El señor de los anillos*). Tanto los videojuegos como las películas son inofensivos por separado, pero juntos y consumidos con intensidad pueden interferir en la capacidad emocional de jóvenes con problemas identitarios, hasta el punto de poder reclutarlos, aunque, quizás, nunca hayan rezado. Con la renuncia a los planteamientos occidentales y la aceptación de que son víctimas de conspiraciones y complotos, los reclutadores logran progresivamente que la víctima rompa con su vida anterior. Se ha analizado exhaustivamente el argumentario de captación de estos grupos e incluso se han establecido algunas fases similares, tanto en el método como en el contenido, al *modus operandi* de las sectas. Así pues, los captadores logran hacer creer a la víctima que los viejos amigos son impuros, que las actividades que habitualmente practican (jugar al fútbol, tocar la guitarra, el dibujo...) también lo son, porque en ellas se esconde el diablo, y que los profesores forman parte del complot y los padres no pueden entenderlo porque no han sido elegidos. Es en ese momento cuando la víctima cree que encuentra su identidad: ha sido elegido. Al final del proceso, el captado forma parte de la citada *umma*, con un único Dios, una única religión y un único interés: actuar en nombre de Alá. No importa lo que haya sido en la vida anterior. Ahora es un elegido.

Una vez que el individuo ha dado el paso y ha cruzado la frontera que separa Turquía de Siria, deja atrás la identidad nacional, como ilustra un vídeo ampliamente difundido en el que combatientes extranjeros queman su pasaporte. En este momento, su cultura democrática queda absolutamente aniquilada. La lectura del Corán y la identificación con la *umma* como referente colectivo los subordina, y ponen su vida al servicio de un

califato de inspiración medieval. Nunca más serán los mismos. Y si alguna vez consiguen volver, su personalidad estará marcada por la experiencia bélica.

Los investigadores Mathieu Guidère y Nicole Morgan, de la Escuela Especial Militar de Saint-Cyr (Francia), recogieron, en el año 2007, los documentos más citados y descargados por los internautas en los fóruns frecuentados por los militantes y los simpatizantes destacados de Al Qaeda. En este manual de reclutamiento se deja claro que se prioriza captar al «elegido».⁸ Las epístolas no se dirigen a un lector anónimo, sino a los «hermanos y hermanas del islam» y, en este sentido, solo a aquellos que se implican emocionalmente en el mensaje y que son merecedores de pertenecer a él. El mismo manual recomienda concentrar el reclutamiento entre los «hermanos aptos para la acción yihadista»: los jóvenes de un barrio, los compañeros de clase o los colegas del trabajo. En definitiva, aquellos hermanos con los que la lealtad y la fidelidad están por encima de todo. Esto permite entender que solo en el barrio de El Príncipe Alfonso de Ceuta hayan viajado al menos una veintena de combatientes y mujeres. Todos ellos, compañeros de clase y de barrio, vinculados por lazos familiares o de vecindad. La misma tendencia se observa en algunos barrios del área metropolitana de Barcelona, de Madrid o en ciudades de la Comunidad Valenciana. Existe, pues, una compleja red de relaciones entre hermanos, compañeros de colegio, de vecindario, camaradas de delincuencia juvenil o bien compañeros de cárcel. Por tanto, son redes tejidas con grupos de familiares y amigos que se radicalizan y que deciden viajar y compartir la misma experiencia. De aquí que, una vez que se encuentran en la zona de conflicto, sigan reclutando mediante las redes sociales a miembros de sus círculos íntimos, que a su vez operan de la misma manera.

La existencia de contacto físico directo con un agente de radicalización al que se le atribuye un cierto carisma y los lazos sociales preexistentes basados en vínculos de vecindad, amistad o parentesco son habituales. A pesar de ello, las operaciones policiales han hecho que sea cada vez menos habitual el cara a cara entre el captador y la víctima.

Los mensajes que se dirigen a los hombres y a las mujeres también varían en función del interlocutor. Hay una cierta persuasión, pensada y estudiada según el perfil de cada una de las víctimas. Mientras que los jóvenes que hayan hecho el servicio militar en el país de origen son los futuros combatientes, aquellos que tienen menos capacidades físicas y psíquicas pueden ser destinados a acciones de martirio. A todos ellos se les muestra el modelo de caballero heroico a la búsqueda de aventuras por un objetivo

divino y sagrado; en cambio, a ellas se les recuerda el sentido de la necesaria defensa de la religión y cómo contribuir a la causa humanitaria. En este sentido, las ya citadas atrocidades del dictador del régimen siriano y la amplia difusión con que se ha propagado han hecho muchas veces completar el proceso de autoconvencimiento para que estas mujeres, a veces adolescentes o niñas, se decidan a dar el paso. La mayoría siente el deseo de convertirse en la mujer de un combatiente que supuestamente actuará con honor y será leal a su fe. La organización ofrece una buena situación social al lado de un pretendido héroe, los cuales, en organizaciones como Dáesh, son considerados los padres fundadores del califato.

La mayoría de las adolescentes y de las mujeres que han salido de España tienen origen marroquí, y aunque muchas han nacido en Ceuta o Melilla, también sabemos que algunas son conversas y que otras han viajado desde distintos puntos de la península.

La proliferación de vídeos de propaganda en la red ha logrado acabar de convencer a los indecisos. Se trata de una esmerada puesta en escena y de una brutalidad sin precedentes, que iguala casi en intensidad y factura técnica a cualquier película de Hollywood y que muestra que la guerra ya no solo se gana en el campo de batalla. Por eso algunos expertos afirman que Dáesh no solo promueve lo que denominan la yihad, sino también la ciberyihad. Por ejemplo, el vídeo titulado «Flames of War» —emitido el 16 de septiembre del 2014 mediante la productora oficial de Dáesh, Al Hayat Media Center— se envió a una plataforma de intercambios que creó múltiples enlaces que se tuitearon a decenas de miles de seguidores en línea que, después, lo retuitearon a más seguidores y crearon nuevas páginas y enlaces en otras plataformas. Paralelamente, el vídeo se subió a YouTube, donde una de las páginas registró más de dieciocho mil visitas en tan solo dos días, lo que evidencia, una vez más, la velocidad a la cual Dáesh logra amplificar su mensaje. Todo un triunfo mediático que ha permitido difundir exponencialmente la narrativa de estos grupos en el mundo virtual.

Los perfiles de Facebook y las cuentas de Twitter de los combatientes y de sus mujeres se han convertido en las armas más eficaces para la autopromoción y para conseguir miles de seguidores alrededor del mundo. En estos perfiles, son ellos mismos los protagonistas, los que explican su realidad cotidiana, sus sentimientos y su razón de ser. En estas presentaciones públicas también predominan diatribas contra Occidente y hay numerosos vídeos en los que ponen nombre a sus enemigos. El discurso muchas veces no es delictivo porque forma parte de la libertad de expresión. De hecho, las redes

sociales son el primer paso de un sofisticado entramado en que el grupo capta a sus simpatizantes occidentales a través de largas conversaciones por Messenger o Skype, a menudo supervisadas por una unidad especial de reclutamiento que, con una legión de especialistas, opera en la red veinticuatro horas al día.

Tanto es así que cuando, a través de las redes sociales, conocí a Omar, un combatiente de Dáesh que hablaba fluidamente el español y que decía haber nacido en Tetuán (Marruecos), pensé que estaba operando desde una de estas unidades. A pesar de decirle que era periodista y estaba trabajando en un reportaje, intentó convencerme durante algunos días de viajar a Siria. No muchos. En menos de una semana, me facilitaba las indicaciones oportunas para desplazarme a la frontera turca: los vuelos que debía tomar, el nombre del hotel donde alojarme en Gaziantep y las señas de la persona que me recogería. Incluso me habló de cómo financiar el viaje a través de un crédito bancario que nunca sería devuelto. Una experiencia que me hizo entender la vulnerabilidad de esas jóvenes adolescentes y mujeres que en un momento de debilidad fácilmente pueden caer en los tentáculos de estos individuos.

Para lograr el éxito de este tipo de captaciones, estos grupos se valen de grandes aparatos propagandísticos que allanan el terreno para que estos procesos de radicalización sean tanto rápidos como eficaces. Algunos autores han hablado de la adaptación «de las narrativas *transmedia* al campo del terrorismo» con la creación de «relatos atractivos y seductores que se transmiten de manera directa y eficaz a las audiencias potenciales mediante las nuevas técnicas de *marketing* digital directo. El terrorismo *transmedia* es la última mutación del mundo del terror».⁹ De hecho, se trata de un exitoso plan de *marketing* digital. Paralelamente a las cuentas de Facebook y Twitter y a las grandes producciones cinematográficas, estos grupos tienen distintos medios de propaganda en línea.

Por ejemplo, si nos fijamos en el aparato propagandístico de Daesh, la productora oficial, Al Hayat Media Center, coordina el resto de los medios, pero también crea sus propios contenidos. Actúa como un canal multilingüe y ofrece una gran selección de material dirigido a potenciales combatientes extranjeros procedentes de Occidente. Tiene una red de productoras regionales que operan desde Irak, Siria, Yemen, Libia, Arabia Saudí, Egipto, Argelia, Rusia, Afganistán, Filipinas y la India, entre otros países. Por primera vez, un grupo extremista consigue una red de esta magnitud. Otras de las productoras matriz son al-Furqan Media, que se encarga de emitir los mensajes de

algunos líderes de la organización, y Ajna Media, que publica los contenidos de inspiración religiosa, así como Al Ittissam. Todas ellas se dirigen a una audiencia global. En cuanto a la prensa virtual, Dáesh ha lanzado por lo menos siete publicaciones en línea, ampliamente difundidas y leídas: el rotativo titulado *Islamic State News* y, posteriormente, *Islamic State Report*, en lengua inglesa, que trataba de la actualidad del grupo; *Al Nabá* (en árabe), *Dar al-Islam* (en francés), *Istok* (en ruso), *Konstantiniyye* (en turco) y *Dabiq* (en inglés). Esta última, que dejó de publicarse dos años después de su aparición, anticipándose a la pérdida territorial de la ciudad profética, se denomina ahora *Rumiyah*, en una clara alusión a Roma, y es quizás la que ha tenido una mayor incidencia. Además, el grupo también dispone de una cadena de radio, Al-Bayan Radio; de una productora musical propia, Ajnabá; páginas web y de la agencia de noticias Amaq News Agency.

La lectura de estas revistas da una idea del grado de institucionalización del califato y de la estructura social que controla, pero también supone sumergirse en un mundo paralelo en el que se pretende justificar sus acciones y en el que se dan instrucciones precisas para viajar, atentar en suelo occidental e, incluso, cómo pasar desapercibido ante los infieles. Por ejemplo, en los inicios de la creación del califato se ofrecían lugares de trabajo a ingenieros, profesores, fontaneros, albañiles y carpinteros para que emigrasen —para que hicieran lo que denominan la hégira [«emigración»]— y contribuyeran con sus oficios a la creación de la *umma*. No era necesario que fueran milicianos con experiencia militar, pues entendían que cada cual debía ocupar su sitio en esa nueva sociedad. La llamada se reforzó con la declaración de Abu Bakr al-Baghdadi de julio del 2014: «Hacemos un llamamiento especial a académicos, juristas y, especialmente, a jueces, militares y personas con experiencia en los servicios administrativos, médicos e ingenieros de todas las especialidades y campos. Hacemos este llamamiento y recordamos que han de temer a Alá, su migración es *wajub ayni* [“obligación individual”]». ¹⁰

La llamada ratificaba la voluntad del movimiento de crear una conciencia islámica global para confrontarse con las estructuras de poder políticas, económicas y culturales occidentales, pero también para deponer a los regímenes de países islámicos que se consideran corruptos y colaboracionistas de Occidente. El proyecto está pensado a largo plazo, para influir y conseguir el apoyo de toda la población musulmana y acabar imponiendo su hegemonía en el mundo.

Aunque por ahora los individuos que han viajado a Siria e Irak son una minoría, lo que creo que realmente debe preocuparnos es que esta conciencia islámica mundial propugnada por los postulados extremistas esté anclando y captando acólitos por su causa económica, predicadora y espiritual. Y es que una de las preocupaciones es la simpatía que puede generar este movimiento, que va más allá incluso del sentimiento religioso. Si bien hay quien está dispuesto a convertirse en muyahidín, otros ven con buen ojo contribuir económicamente desde cualquier punto de España. De hecho, en el trabajo de campo que hicimos entre el 2014 y el 2016 pudimos constatar que hay algunos núcleos de simpatizantes que no viajarían a Siria e Irak ni tampoco encabezarían un atentado, pero que, en un momento dado, podrían colaborar en una acción logística.

Tarek, el combatiente que sobrevive en Siria

Oí su nombre por primera vez con cierto distanciamiento. Era el 5 de junio del 2014. Un confidente de la policía me dio su alias y el nombre de la ciudad de Cataluña donde había crecido. Sabía que estaba en el punto de mira de los servicios de inteligencia del Estado, pero, aun así, quería saber qué pensaba, qué lo había llevado a dejarlo todo y viajar a Siria para hacer lo que él entendía como la yihad. Tardé casi un mes en encontrar las palabras adecuadas. Me intimidaban las fotografías que había colgado en Facebook, en las que se evidenciaba la transformación de aquel joven de aspecto occidental de veintidós años, que se había dejado barba, vestía de militar y miraba al objetivo de la cámara levantando el índice. Más adelante sabría que aquel gesto reiterativo con el que aparecía en todas las fotografías y que repetían con insistencia todos los que habían dado el mismo paso significaba «Dios es único».

Había otro elemento iconográfico de las imágenes que llamaba poderosamente mi atención: la bandera que agarraba con fuerza, levantándola. Aquel trozo de tela llevaba inscrita la *shahada*, el primer fundamento del islam, que consiste en repetir la frase: «Solo hay un Dios, Alá, y Mahoma es su profeta». Aquel símbolo ilustraba su lealtad con el profeta y lo utilizaba como estandarte en el momento de entrar en combate.

Después de algunas vacilaciones, le escribí seis mensajes, entre el 29 de junio y el 3 de agosto del 2014. Lo hice desde mi perfil de Facebook, consciente de que no podía ir ni con verdades a medias ni con subterfugios. Ninguna respuesta. Cuando ya lo daba por perdido, me contestó, cinco días después del último mensaje. Eran las diez y cuarto de la noche.

Tarek: *Salam. Salam walaikum*, ¿yihad? Hummm... OK. ¿Cómo estás? No tengo planes de regreso, pero sí que tengo planes para ayudar a través de gente como

vosotros. Y creo que tal vez nos hayamos visto antes. No lo sé, pero si la de la foto eres tú, podría ser. ¿Y quién os ha dicho que estoy haciendo la yihad y que estoy en Siria?

Un cuarto de hora después añadía esto en otro mensaje:

Tarek: Respeto mucho el trabajo de una periodista y me gusta colaborar. No me gusta la fama, pero intentaré hacerlo a oscuras, si es posible.

A partir de esta primera intervención «a oscuras», como lo definió él, empezamos a hablar durante horas en cualquiera de los idiomas que él conoce. Se defiende en cuatro lenguas: castellano, catalán, árabe e inglés. El huso horario marca una hora menos en el sur de Europa. Normalmente, él ya ha cenado y rezado, aunque a veces hemos de interrumpir la conversación porque llega la plegaria de la medianoche.

Él asegura que, como buen musulmán, no da ningún paso sin consultarlo antes con Dios y con el Corán. Mantiene, convencido, que tiene el apoyo de Dios en todo lo que hace y defiende, y, cuando se queda sin argumentos, recorre a sus líderes religiosos para justificar ciertas acciones violentas, a pesar de que no siempre esté de acuerdo con ellas.

Tarek: Oye, si quieres saber más cosas de mí... ¿por qué no haces como han hecho otros periodistas y vienes aquí?

La propuesta me parece inviable. En este momento, la información ya ha muerto en Siria y los pocos periodistas occidentales que quedan en la zona están secuestrados y algunos han sido ejecutados. Por el contrario, sus condiciones para mantener nuestras conversaciones son claras: no acepta llamadas de teléfono ni conexiones por Skype, al menos de momento. Creo que, en el fondo, le intimida que sea una mujer, una periodista, su pasado en Europa, su realidad en medio de una guerra. En cambio, me ofrece una especie de *visado* virtual, que, según él, me eximirá de peligros.

Tarek: Pero si quieres venir aquí, puedo conseguirte lugar y entrevista con tu equipo. No tengas miedo.

Periodista: ¿Tú crees que podemos venir sin ningún peligro? Al último periodista español que entró lo secuestraron. Y el último occidental fue decapitado.

A Tarek, sin embargo, mi perfil también le genera dudas. Me pregunta cómo puede saber que no formo parte de un cuerpo policial. La red está llena de perfiles falsos tras los cuales se esconden confidentes, experimentados agentes de la policía y simpatizantes de todas las causas. Por eso, debo escoger bien las palabras y sumergirme totalmente en el papel de neófita de su causa. Descubrir poco a poco qué piensa, el porqué y cómo articula ideológicamente la realidad que tiene ante sus ojos. Transcurridos unos días desde su primer mensaje me dice: «Me fiaré de ti». Pero me advierte: «No quiero que mi familia sepa que hablamos». La familia y mantener el anonimato son casi una obsesión. En el fondo, quiere que tanto sus padres como sus hermanos se sientan orgullosos de él, aunque con el tiempo he visto claramente que la lectura familiar de su decisión es diametralmente opuesta.

Meses antes de su viaje, su madre le decía: «¿Por qué quieres ir? No vas a cambiar nada, y te matarán. Eso es asunto de los políticos». De hecho, el mismo Tarek admite que su madre no se esperaba que viajara, y asegura que cada vez que llama a su casa desde Siria ella se echa a llorar. Tarek justifica esta actitud porque él es el más pequeño de cinco hermanos.

Su interés por lo que llama la yihad, sin embargo, viene de lejos. Años atrás ya había querido viajar a Afganistán para añadirse a la lucha contra los norteamericanos, a quienes tilda de «infieles e invasores», pero sus padres no se lo permitieron. En ese momento tenía dieciocho años. En realidad, la familia lo tomó por loco y refutaban sus argumentos diciéndole que eran los afganos los que venían a Europa y no los europeos los que iban a Afganistán. Tarek intenta justificarse a sí mismo la posición de sus padres y alega: «Ellos no son muy practicantes y no es fácil enviar un hijo a la guerra». E, inmediatamente, concreta las señales oníricas que lo impulsaron a dar el paso definitivo:

Tarek: Aquí no conocía a nadie, pero sé que este era mi camino. Lo consulté con Alá y tuve sueños. Un coche cruzando un puente con dos banderas de colores. Una del *tawhid*, blanca (que significa que «el único Dios es Alá»), y otra del Ejército Libre.

Periodista: ¿Tú consideras que estás haciendo la yihad?

Tarek: Sí, eso creo. Aquí la yihad es obligatoria.

Ha interiorizado la obligación de hacer lo que él entiende por la yihad. Está convencido de ello y, según parece, no hay nada ni nadie que pueda contradecirlo. Con este y con

otros temas de los que hablamos nunca hay medias tintas. Él se siente predestinado a esa causa. Le insisto en que, según el profeta, un buen musulmán no puede ir a hacer la yihad sin el permiso de su padre y su madre, pero él responde que «ahora la yihad es obligatoria porque es defensa», y añade con resignación: «aunque los padres normalmente no lo acepten».

He leído un montón de textos intentando localizar la fuente de esta obligatoriedad y solo he encontrado el manual de reclutamiento de Al Qaeda, en el que asegura que si la yihad se considera obligatoria, no se necesita ninguna autorización.

El discurso de Tarek no es nuevo. Se trata de la misma interpretación particular y veleidosa que han hecho los combatientes de todo el mundo que han viajado a Siria e Irak, y que, antes, lo habían hecho a Afganistán, Bosnia o Chechenia. Convierten la obligación de defender a todo musulmán que sea atacado en un pretexto para cometer acciones violentas contra cualquier país. Por lo tanto, para ellos se trata de una guerra defensiva contra un enemigo muy superior y, en consecuencia, no consideran que sus acciones sean crímenes ni asesinatos, ya que creen que tienen el apoyo moral, espiritual y religioso de la comunidad musulmana.

La convicción de Tarek sobre lo que él entiende como yihad está estrechamente relacionada con su recia voluntad de conseguir que yo me convierta al islam. La mayoría de los diálogos que mantenemos los dirige hacia mi conversión, y en cada frase pide un paso más. Pocos días después de conocernos, añade una nueva cláusula para seguir las conversaciones.

Tarek: Como muslim no podría hablar contigo, aunque fueses musulmana. Que Alá me perdone. Si quieres que siga hablando contigo, lo haré, pero con una única condición. Quiero que cada vez que hablemos hayas leído una sura del Corán. ¿Lo harás? ¿Qué?

Periodista: «Los que se niegan a creer son como una llamada al rama...». Segunda sura de la Vaca. Tengo el Corán a mi lado. Versículos 168-172.

Tarek: ¿Qué opinas del Corán?

Periodista: Lo estoy leyendo. Me recuerda mucho a la Biblia. He buscado los puntos en los que se habla de la yihad para entender, sobre todo, por qué los musulmanes se matan entre ellos.

Para argumentar su decisión me cita la segunda sura, versículos 190-186: «Combatid en el camino de Alá a aquellos que combaten contra vosotros», y me recuerda la primera vez que los musulmanes lucharon en La Meca para defenderse de los que mataban a los seguidores del profeta. De aquí que cuando le pregunto por qué ha querido hacer lo que él entiende como la yihad contesta sin eufemismos, de manera directa y clara.

Tarek: Estaba harto de la violencia. Este mundo está hecho a base de mentiras y guerras. Dime por qué nadie protege al pueblo siriano.

Se siente llamado a defender al pueblo de Siria y concentra su odio contra el dictador, Bashar al-Ásad, que sucedió a su padre, Hafez al-Asad, tras su muerte en el año 2000. Bashar, de confesión alauita, una rama del islam chiita muy minoritaria en Siria, llegó a la presidencia de la República después de haber ganado de forma clamorosa, con el 97,62 % de los votos, en un supuesto referéndum legal. Había prometido impulsar reformas económicas y políticas y, en última instancia, democratizar el país. Una democratización que no ha llegado nunca.

Las palabras de Tarek revelan un hombre tocado, superado por lo que ya ha vivido durante estos tres años y pico de guerra. Asegura, con un cierto tono dramático, que algún día espera abrir los ojos y no ver a mujeres agredidas sexualmente o a niños gritando y pidiendo auxilio en las cárceles. La imagen que Tarek tiene de las prisiones del régimen es dantesca, y las situaciones que relata, dice, lo persiguen allá donde va: «Esto me rompe el corazón. Antes de venir casi me volví loco. No podía ni dormir».

Lo dice, pero, de repente, añade casi de inmediato, para que no haya ningún malentendido: «No jugaré contigo. Es tu trabajo y esta es mi vida privada y la de mis hermanos aquí. No puedo darte información sin avisar a mi jefe».

De España a Al Qaeda

Tarek es más bien bajo. Tal vez mide un metro sesenta. Ha ejercitado el cuerpo como un deportista y es bastante musculoso. No hace mucho que le crece el pelo de la barba y todavía la tiene poco espesa. El 26 de julio del 2015 cumplió veinticuatro años. Había marchado de Cataluña hacía casi tres años, a mediados de octubre del 2012. Durante este tiempo ha vivido una película tan intensa que ni siquiera es capaz de recordar si llegó a Siria a mediados de septiembre o en octubre: «Ya ni me acuerdo de si fue quince días antes o después del Ramadán». En aquel momento la prensa internacional anunciaba una caída casi inminente del dictador ante la fuerza creciente del Ejército Libre Sirio, y solo se hablaba esporádicamente de los combatientes extranjeros que llegaban procedentes, mayoritariamente, de los países del Golfo. De hecho, el grupo Jabhat al-Nusra, la sucursal siria de Al Qaeda, había emitido, el 8 de septiembre, un vídeo en foros de Internet en el que se homenajeaba a los que habían protagonizado acciones suicidas y se instaba a los musulmanes residentes en otros países a unirse a sus filas. Unos meses atrás habían llegado a Siria los primeros españoles, de origen ceutí, que se inmolarían en pocas semanas, aunque estos detalles se harían públicos mucho más tarde. Ignoro si Tarek conocía estos otros viajes de españoles antes de tomar su decisión. El único hecho objetivo es que él también decidió viajar allí.

Han pasado más de tres años y cuando le pregunto cómo ha podido sobrevivir durante todo este tiempo, me contesta con rotundidad: «No he sobrevivido. He vivido los mejores años de mi vida. Y no quiero volver a la esclavitud nunca más». A pesar de su respuesta, insisto, a costa de qué ha sobrevivido.

Periodista: ¿No lamentas no formar parte de la vida de tu familia ni conocer su día a día?

Tarek: Alá esté con ellos. Sé que en España están cómodos. Es suficiente. Algún día nos veremos, si no en esta vida, en la otra. Estamos más cerca de lo que te imaginas.

Pero ¿por qué lo dejó todo y emprendió un viaje que tal vez sería el definitivo? ¿Qué o quién influyó en él para que diera este paso? El primer argumento que Tarek plantea es

el político, y lo vincula estrechamente con la religión, hasta el punto de que los mezcla y no sabes dónde empieza uno y dónde acaba el otro. En este sentido, centra su argumentación en la represión del dictador Bashar al-Ásad contra los manifestantes tras el alzamiento popular, que desencadenó una guerra civil sangrante a la que no se le ve el final.

Tarek: ¿Que no has visto los centenares de niños que fueron víctimas de los bombardeos con armas químicas? Es una buena razón para venir. Ahora bien, todos somos cómplices. Al menos moriré como mártir defensor. No soy un ignorante. He venido a morir por los inocentes y la religión. Creo que hago lo que un hombre debería estar haciendo. Estoy bien guiado desde que salí de casa para morir *fisabilillah* [«por la causa de Dios»]. Algunos lo hacen por la patria, nosotros por Alá. Mi trabajo es mi deber como musulmán.

Y añade:

Tarek: ¿De verdad crees que soy un tío que lo ha dejado todo sin saber qué quiere? No me he ido lloriqueando por una simple aventura. Esto es el futuro de nuestros hijos. Queremos tener libertades y un país. No creas que los gobernantes occidentales valoren vuestras vidas.

La otra argumentación es una fuerte crisis de identidad que afecta a una buena parte de los combatientes extranjeros, musulmanes de nacimiento o conversos, que han salido de los países occidentales para hacer este viaje.

Cuando le digo que es español, me cuestiona por qué lo digo. Le contesto que es porque ha nacido en España y, además, se ha escolarizado aquí, ha aprendido nuestros valores.

Tarek: No sé de dónde me considero. Siempre he sido un inmigrante, tanto en Marruecos como en España. La culpa la tienen mis antepasados, que aceptaron vivir bajo dictadores. Toda la gente de Marruecos está en el extranjero. Y esto, ¿por qué? ¡Oye! En Marruecos me dicen que soy español. Y no porque me parezca bien. En España me llaman marroquí. ¿Por qué debo seguir así? Así uno no puede adaptarse a nada.

Renuncia a su condición occidental, pero también al país de sus padres, Marruecos, porque considera que no es un país islámico.

Tarek: Estuve diez años sin ver Marruecos y cuando por fin fuimos a pasar unos días de vacaciones, fue decepcionante. Miraba los minaretes como lo haría un turista después de haberse pasado muchos años ahorrando para unas buenas vacaciones en Hawái. Pero ese país no era el mío. Los minusválidos se arrastraban por el suelo y, los hospitales estaban sucios.

Tanto los argumentos en contra del dictador siriano como la crisis de identidad que sufre se nutren de la creencia ciega en Dios y de la imperiosa necesidad de pertenecer a un lugar, a una comunidad global con la cual identificarse y sentir que forma parte de ella. Para él esta comunidad es la *umma*, la comunidad musulmana, la única con la que dice que puede sentirse identificado. Y, de hecho, él mismo lo confirma cuando sentencia: «Mi deber es venir y ser un voluntario de Dios. Un combatiente en nombre de Alá».

A finales de agosto desaparece. Ya no dice nada más. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Ningún movimiento en Facebook, tampoco en WhatsApp, ninguna señal de vida, pero tampoco de muerte. Finalmente, transcurridos diez días, vuelve a ponerse en contacto. Lo noto exultante, está dispuesto a escribir un libro y explicar su vida de muyahidín. Tiene ganas de explicar al mundo qué siente a pesar de la devastación humana que presencia diariamente y en la cual supongo que participa de manera activa. Él mismo escribe al día siguiente este texto. Es el 10 de septiembre:

En nombre de Alá el misericordioso, el compasivo. Nunca perdonaré a los Gobiernos árabes el daño que han hecho a mi gente. Quiero vengarme y quiero que mi pueblo sea libre. Quiero que los musulmanes justos tengan un país, cueste lo que cueste. Tú eres una persona con un punto de vista que no te permite entenderlo ahora ni nunca. Si fueses musulmana, entenderías el valor que tiene un mártir que lucha. En Francia detienen a las mujeres que llevan nicab. ¿Acaso esto te parece libertad? Los gais tienen más derechos que los musulmanes.

Los musulmanes con los que vives no practican en absoluto la religión. Eso de sentarse en las Ramblas mirando a las mujeres que van casi desnudas y dejar a la

esposa sin salir de casa no es propio de un musulmán. El islam es perfecto. Los musulmanes no lo son.

¿Cómo te sentirías si vivieras en la misma calle donde hay la mezquita que sale por televisión porque en la madrugada han detenido allí a hombres acusados de terrorismo? Después de las detenciones, la profesora me dijo: «¿Qué ha pasado, Tarek, en la mezquita?». Le contesté: «No lo sé. Han dicho que los soltarán. Es cuestión de tiempo». Y ella me espetó: «Sí, los dejarán en libertad porque no deben haber encontrado suficientes pruebas. Todavía». Cambió la mirada y me advirtió: «¡Vigila con quién te juntas!». ¡Qué sensación y qué experiencia tan injusta!

El texto contiene resentimiento en contra de los gobernantes árabes, pero también contra Occidente. Se percibe en él la incomodidad de vivir en una Europa en la que nuestros valores democráticos se oponen a los que establece la ley islámica más estricta. La argumentación de Tarek es victimista y en ella abundan los reproches. No vuelve a decirme nada hasta dos días después. En un mensaje telegráfico se excusa por no haberse conectado antes: «No he tenido tiempo. Anteayer tuvimos un herido y bastante trabajo. Te seguiré escribiendo cuando lo haya arreglado. OK».

La decisión de ir a hacer lo que entiende por la yihad, sin embargo, la había tomado hacía tiempo, a pesar de que tardó en madurarla. Los dos años anteriores había estado en Londres. Su estancia en la capital británica coincidió con la revuelta de la Primavera Árabe y, especialmente, con las primeras protestas populares de la revolución tunecina de diciembre del 2010. Esos levantamientos populares, que no tenían precedentes en el mundo árabe y que reivindicaban avances democráticos y la mejora de las condiciones de vida, fueron determinantes en su toma de decisiones. Primero Túnez y Egipto, donde después de celebrarse elecciones se instauró un Gobierno islámico. En el caso de Egipto, derrotado posteriormente por un golpe de Estado militar en 2013. En otros países, como en Libia, la rebelión derrocó al Gobierno en pocas semanas y lanzó al país a un caos absoluto. En Siria, el dictador se negó a abandonar el poder y empezó una cruenta guerra civil seguida de la llegada de combatientes extranjeros provenientes de todo el mundo.

Tarek: Aunque me esforzaba en pasar de todo y seguir con mis estudios, cuando llegaba a casa y oía las noticias en los canales de televisión, me hundía.

Periodista: Pero ¿quién te dice y cómo te lo dice, que puedes dar un paso más?

Tarek: No hace falta que alguien me guíe. Soy adulto. Los periodistas y sus publicaciones sobre las víctimas del dictador es lo que me ha traído aquí. Son imágenes que una persona normal no puede soportar.

Tarek no quiere hablar abiertamente de ello. Sin embargo, sospecho que en su proceso de radicalización la estancia en Londres y las amistades que hizo allí fueron determinantes.

No pasan demasiados días hasta que un amigo, que ni siquiera conoce sus planes, lo lleva en coche al aeropuerto de El Prat, donde toma un vuelo directo de una compañía de bajo coste en dirección a Estambul que no le cuesta ni 200 euros. Para realizar este viaje, sin embargo, toma una serie de medidas para no despertar sospechas. La noche anterior se afeita la barba y se corta el pelo bien corto, y para viajar se pone unos tejanos y una camiseta para *occidentalizar* su aspecto. Aparentemente, marcha unos días de vacaciones a Turquía con una maleta de mano en la que lleva lo imprescindible. En realidad, hace ese viaje a escondidas. Su familia no sabe absolutamente nada. No quiere explicar detalles del viaje, aunque el *modus operandi* se repite en la mayoría de los casos. En solo unas horas llega a Gaziantep, la ciudad fronteriza por la que miles de personas han entrado en Siria para añadirse a algunos de los grupos que luchan contra el dictador. Las células de captación aconsejan a los futuros combatientes y a sus mujeres dejar los móviles en casa para que nadie pueda localizarlos, y, una vez en Turquía, pasar tan desapercibidos como sea posible, en espera de localizar al contacto que les permitirá llegar a su destino. Las fotografías de Tarek en Turquía muestran a un joven occidental con barba de tres días, tejanos y jersey gris de lana. Las recomendaciones de las células de captación son explícitas: se les pide que no se conecten a Internet más de una vez desde el mismo punto, que compren un móvil de tarjeta para comunicarse y que no confíen en nadie.

Al interés por pasar desapercibido se le añade otra condición: en el bolsillo también lleva el dinero para comprar un Kaláshnikov. Vale unos 400 euros.

Tarek no ha querido explicarme nunca el momento en que cruzó la frontera, ni el entrenamiento que recibió, aunque sí admite que lo cumplió durante tres semanas.

El paso de Turquía a Siria se realizó a través de una red de pasadores que introducen ilegalmente a los futuros combatientes y a sus esposas a través de las montañas.

En cuanto se accede al campamento donde se recibe entrenamiento militar, el futuro combatiente se encuentra con dos normas de obligado cumplimiento: en primer lugar, ha de dejar en depósito la documentación y el móvil, y, en segundo lugar, debe dar el número de teléfono de las personas con las que quiere que se contacte en el caso de que, finalmente, «se duerma» —un eufemismo para señalar la muerte en combate—.

Mientras se entrena, el futuro combatiente no puede estar en contacto con nadie. Sin embargo, una vez terminada la preparación militar, se le devuelve el móvil y ya puede acceder a Internet. Por el contrario, la documentación que acredita la identidad oficial se mantiene en depósito hasta que el combatiente decide dejar el grupo o volver a casa. Si es que eso es aún posible. Dáesh se cobra con la muerte cualquier deserción. El mismo Tarek, que asegura que Jabhat al-Nusra es menos violento que Dáesh, justifica sus normas: «Es obvio que no pueden fiarse de quien llega nuevo. A mí no me han quitado nada, ni tampoco a los que yo conozco». Una vez que el futuro combatiente se ha identificado y ha dejado la documentación y el móvil en depósito, uno de los responsables del campamento formula un cuestionario al aspirante. La relación de preguntas es exhaustiva: «¿Cómo te llamas?», «¿Cuántos años tienes?», «¿Dónde vives?», «¿A qué te dedicabas en tu país de origen?», «¿Qué puedes aportar al grupo?». Al menos hay una veintena de preguntas. La última es la más contundente: «¿Quieres morir inmolado o en combate?». Aunque hace poco que han añadido otra opción: volver al país de origen para realizar un atentado.

El entrenamiento de los que quieren entrar en combate en Siria suele durar entre quince y veinte días. Consiste en ejercicio físico muy básico y, en una última fase, la manipulación y el uso de armas, sobre todo, cómo cargar el Kaláshnikov que previamente han pagado.

Las normas de seguridad en el campamento son muy estrictas y restrictivas para evitar la infiltración de agentes secretos de cualquier lugar del mundo.

Tarek asegura que se ha detenido a unos cuantos hombres introducidos en el campamento como combatientes, pero que, en realidad, son los ojos y la voz del dictador. Y añade que utilizan a estos infiltrados previa compra de honorarios o, en el peor de los casos, amenazando la vida de sus familias.

Una vez incorporado a la vida del campamento, la quema del pasaporte es el primero de los ritos iniciáticos. Renuncian a su identidad europea para acogerse a esta otra *nación* que quieren que sea el islam. Tarek justifica la quema porque el documento está

caducado: «No he quemado el pasaporte hasta que he tenido otro. Y este no tiene fronteras que lo detengan, ni leyes a las que someterse, excepto las de Alá». Aunque en otra conversación también añade que lo ha quemado por seguridad y para evitar que caiga en malas manos.

Otro de los aspectos de esta iniciación es llamar «hermanos» al resto de los combatientes. A pesar de la disciplina militar que impera en los grupos, Tarek asegura que no se ha alistado en un ejército y que los combatientes no son soldados, sino «hermanos» por los cuales «cada uno de nosotros daría la vida». Remarca de manera especial la distinción entre los compañeros, que siempre se protegen y se respetan, dice, y los soldados. Sentencia: «No somos como los matones de los ejércitos».

El último de los rituales es cambiarse el nombre. A partir del *Abu* (que significa «padre de»), el futuro combatiente añade otro nombre con el que el resto de los hermanos lo conocerá, y así pasará a ser considerado un adulto. Tarek, sin embargo, no ha querido cambiar de nombre. Se hace llamar Abu Tarek, con la ilusión de que algún día tendrá un hijo que llevará su nombre.

La facilidad para acceder al grupo contrasta con el impacto que le produce aquello con lo que se encuentra. De hecho, cuando Tarek llegó, pensó que no duraría allí ni una semana. Ni tan siquiera sabía a qué grupo se añadiría. En aquel momento no existía la estructura de grupos que conocemos hoy en día, aunque están en constante evolución por culpa de las peleas internas y la rivalidad entre los líderes. A Tarek le ha costado revelar a qué grupo pertenece. Ha tardado semanas, pero, finalmente, se ha decidido a explicarlo.

Tarek: Estoy con Jabhat al-Nusra. Pero antes de llegar no sabía nada de este grupo.

Periodista: Pero ¿cómo escogiste el grupo?

Tarek: Un amigo mío quería salir del antiguo grupo donde estábamos y me convenció y vine a Jabhat al-Nusra.

Periodista: ¿Con qué grupo estabas antes?

Tarek: Antes estábamos con Libertadores de Oriente, pero todo el mundo sabe que el mejor es Jabhat al-Nusra.

Periodista: ¿Sabes que en Estados Unidos consideran Jabhat al-Nusra una organización terrorista vinculada a Al Qaeda?

Tarek: Lo sé, Anna. Pero sus consideraciones no sirven.

Periodista: ¿Qué relación tenéis con los de Dáesh?

Tarek: Los de Dáesh están locos. Cuando las cosas se torcieron para ellos, concentraron todos los efectivos en Al Raqa y empezaron a atacar, como una ola gigante, de ciudad en ciudad. El líder de Jabhat al-Nusra dio la orden de actuar en caso de que nos atacaran para defendernos. Con el tiempo, Jabhat al-Nusra ha decidido retirarse de los lugares que Dáesh no quiere compartir.

Tarek remarca que Jabhat al-Nusra, la rama de Al Qaeda en Siria, no tiene nada que ver con Dáesh de Irak y el Levante (ISIS). Se trata de una escisión también sunita, aunque más beligerante que las anteriores, que pasó a autodenominarse Estado Islámico. Muchos detractores se refieren a ella como Dáesh. De hecho, todavía no tenemos suficiente perspectiva histórica para analizar la formación y la consolidación de los dos grupos. Sin embargo, es necesario hacer un inciso: pocos meses después del estallido de la revolución, en enero del 2012, se creó un nuevo grupo armado que pretendía no solo derrocar al Gobierno de Damasco, sino también sustituirlo por un Estado islámico. El grupo, encabezado por Abu Mohamed al-Golani, estaba alineado ideológicamente con Al Qaeda, del que recibía armas y financiación, pero no hizo pública su fidelidad hasta el 10 de abril del 2013. Actuaba como una filial y acogía entre sus filas a combatientes que habían luchado contra la ocupación norteamericana de Irak. Muchos procedían de las filas de Estado Islámico de Irak, organización fundada por el difunto Abu Musab al-Zarqawi, responsable, hace diez años, de las decapitaciones de rehenes occidentales en Bagdad que tuvieron tanta repercusión mediática.

En abril del 2013, Abu Bakr al-Baghdadi, líder de Estado Islámico en Irak, hizo valer su peso y, de modo unilateral, el día 8 declaró que su organización había posibilitado la existencia de un grupo en la guerra civil siriana, y anunció la fusión de su grupo con Jabhat al-Nusra en una nueva organización que se llamaría Estado Islámico. La pretensión chocó con el líder de Jabhat al-Nusra, que no lo aceptó. Entonces se dio la posibilidad a los combatientes de escoger entre uno de los dos grupos, que ahora se declaran hostilidad. Posteriormente, la facción liderada por Abu Bakr al-Baghdadi proclamó un califato, en verano del 2014 y reivindicó ser la autoridad religiosa de todos los musulmanes.

Para muchos combatientes la lucha entre musulmanes sunitas (tanto los integrantes de Jabhat al-Nusra como los de Dáesh siguen la sunna) ha supuesto una nueva crisis de

identidad más intensa si cabe. Tarek se ha sentido enormemente decepcionado, ya que no puede entender por qué los musulmanes luchan entre sí. Aunque a él le cuesta admitirlo, la lucha entre las dos ramas sunitas lo ha llevado a una depresión. A medida que nuestras conversaciones avanzan, se altera sin motivo y tiene un humor cambiante. La mayoría de sus diatribas las dirige en contra de los combatientes de Estado Islámico, sobre todo, después de que proclamaran el califato. Asegura que actúan con prepotencia, lamenta que tengan petróleo y mujeres y considera que lo que defienden no es la verdadera expresión del islam. No solo no justifica las acciones, sino que las condena: «Está prohibido matar a alguien que no tiene nada que ver con la guerra». Incluso va más allá. Afirma que en su entorno se dice que las grabaciones en las que aparecen las imágenes de rehenes que son decapitados se han realizado para aterrorizar a Occidente, y añade que de esta manera no se atemoriza a nadie y que en el fondo se trata de un negocio:

Tarek: Al-Baghdadi es un cerdo de Occidente. De eso se trata, de dar miedo, de que se tenga una mala imagen del islam. Que nadie esté de acuerdo con un estado islámico.

Tarek se esfuerza en distinguir a su grupo de Dáesh. Sin embargo, la ONU no hace distinciones. Considera que tanto Dáesh como Jabhat al-Nusra —supuesta filial de Al Qaeda, y el grupo al que Tarek ha jurado fidelidad— son organizaciones terroristas.

El mundo visto a través de los ojos de un muyahidín

Tarek se considera un muyahidín que sigue los pasos de los musulmanes que en los años ochenta lucharon ferozmente contra los soviéticos en Afganistán. En ese momento, los grupos insurgentes de combatientes afganos islámicos recibieron el apoyo de numerosos países extranjeros, entre ellos Estados Unidos, que les proporcionaron cantidades ingentes de armamento y dinero. De hecho, el conflicto formaba parte de la Guerra Fría que enfrentaba el bloque occidental con el comunista.

Casi dos décadas después, los que combaten en Siria e Irak al lado de algunos de los grupos sunitas extremistas también se consideran muyahidines, porque luchan contra un dictador y dicen que están cumpliendo con la yihad.

Tarek está orgulloso de sentirse muyahidín. Sin embargo, no le gusta hablar mucho de su vida de combatiente. Explica con interés qué piensa y qué siente, pero, en cambio, quiere proporcionar pocos detalles de su día a día, de sus acciones de combate. Admite que ha visto con sus propios ojos las mismas imágenes «terroríficas y fuertes» a las que nosotros, desde nuestro sofá en casa, ya nos hemos acostumbrado, pero también explica que, en algunos momentos, en Siria se respira paz. No puedo evitar hacerle un par de preguntas:

Periodista: ¿Has pasado miedo, Tarek? ¿Es demasiado evidente?

Tarek: Pues claro. Es lo más normal.

Cuando le pregunto si ha entrado en combate, me contesta: «Lo que pase en el campo de batalla es *something between me and my God. I can not tell you that*». [Lo que ocurra en el campo de batalla es algo que queda entre Dios y yo. No puedo hablarte de ello.] No insisto. Muchos meses después, sin embargo, me diría que el hombre es malo por naturaleza y que ya no cree en la bondad humana. Lo sentencia: «Cuando caen y siguen en el suelo, después de la tormenta llega la calma. Cuando los miras, apagados, te imaginas que son niños pequeños. No habríamos luchado. Habríamos jugado, pero la educación que recibieron y el poder los han corrompido. Ellos eligen quiénes son. Malgastan sus vidas por un dictador que no daría ni un centavo por sus cabezas». Sobran

los comentarios. Al cabo de unos meses, se lo pregunto de nuevo y contesta: «El hombre es malo y agresivo. Aquí se halla el camino para ser un buen hombre».

El conocimiento que Tarek tiene de los avances de los distintos ejércitos y de las milicias que combaten en la guerra de Siria es limitado, según dice, aunque sí que se entera de las victorias y los fracasos más mediáticos y, como ya he mencionado antes, explica sus experiencias directas de la guerra.

Tarek: Hemos tenido una noche muy movida, con mártires y heridos. Nos han dado mucha caña. Nos disparaban desde todas partes, con cañones y tanques. Y también la aviación. Si hay tanques, al anochecer empiezan los bombardeos y, después, vienen con el armamento pesado.

Durante la caída de Palmira, uno de los yacimientos arqueológicos más relevantes del mundo por su buena conservación, que evoca el reinado de Zenobia entre los años 268 y 272 —él habla del Tadmor, en árabe—, se siente indignado porque la comunidad internacional da tanta importancia a esa ciudad del desierto: «Tanta repercusión por un estúpido yacimiento romano y no por las vidas de los niños que caen todos los días. ¿Te das cuenta de que la gente es muy ignorante? ¿Cómo puedes despertarte por la mañana, levantarte, desayunar y pensar qué harás el fin de semana mientras aquí, en las prisiones, mujeres como tú son agredidas sexualmente cada día, día y noche? Los gritos no se detienen». Cuando le pregunto si sabe algo de los atentados de Francia del mes de enero y de Túnez —en el que un terrorista asesinó a más de cuarenta turistas en un hotel de Susa, en junio del 2015—, me dice: «Oí algo, pero no le di importancia. Ya... Dáesh haciendo de las suyas. Quieren que la gente odie el islam. Unos planifican y dan órdenes, y Dáesh las ejecuta».

A estos combatientes no les importan demasiado las comodidades occidentales. Basta con recordar el territorio afgano, árido y seco, subyugado en un país en guerra durante décadas. La entrada de Tarek en Siria supuso, también, dejar atrás las comodidades materiales, pero no parece que eso le importe demasiado. Calienta el agua para lavarse en un barreño pequeño y ha renunciado a las bebidas azucaradas y a los dulces de marcas norteamericanas. Sin embargo, echa de menos los platos marroquíes que cocinaba su madre.

Explica que en cada grupo existe un código de leyes, inspirado en la *sharía*, con el que miden su comportamiento para formar una *buena* sociedad musulmana. Asegura que se han establecido juzgados para dirimir conflictos particulares y colectivos y que hay como una especie de policía que garantiza el orden en la retaguardia.

En sus ratos de ocio se dedica a la lectura y al estudio del Corán. También al consumo intensivo de vídeos propagandísticos de su grupo. Evita oír música y solo escucha la recitación del libro sagrado.

Tiene un salario ínfimo de 50 euros —«a los casados les dan una paga superior porque tienen más responsabilidades»—, pero también admite que no sabe qué hacer con el dinero, porque ya lo tienen todo pagado. Sentencia: «Vivimos bien. *Alhamdulillah*» [«Gracias a Dios»]. Él mismo mantiene que el dinero que llega a su grupo proviene de los países musulmanes. En cambio, obvia mencionar los millones que ha cobrado Al Qaeda por los secuestros de rehenes occidentales.

Con el tiempo, da la sensación de que Tarek está encontrando su lugar en la guerra, si es que esto es posible. Asegura que desde hace tres meses es francotirador.

Las semanas que no está en primera línea puede acostarse temprano. En Siria, el sol se pone pronto, de modo que hay bastante tiempo para descansar. Afirma que tiene pocas preocupaciones aparte de esperar cuál será el momento de ir al paraíso. Ahora hace guardias de tres horas en jornadas de doce horas. El resto del tiempo le queda libre.

Ha pasado más de un mes y medio desde nuestro primer contacto. Le insisto en la entrevista en la posibilidad de encontrarnos. Él, sin embargo, me pregunta cómo va mi aprendizaje del islam.

Periodista: Me estoy familiarizando con los títulos de las suras... Tarek, ¿harás lo posible para que podamos vernos?

Tarek: Lo intentaré. Ya sabes cómo están aquí las cosas. A veces es difícil estar libre.

Asegura que solicitará a su líder que podamos tener una entrevista y me pide tiempo para conseguirlo. Creo que debo ser muy flexible y tener paciencia, aunque lo veo realmente imposible. Es inviable entrar en Siria y pensar que hay posibilidades de sobrevivir en el intento.

La conexión se corta a menudo. Nunca sabe cuándo volverá a conectarse. El 10 de agosto de 2015 ya me avisa: «Puede ser que no me conecte durante un tiempo». El ritmo de las conversaciones está marcado por las horas de los rezos y las actividades cotidianas, pero también por el lapso de tiempo en que debe estar de manera intensiva en primera línea. Es entonces cuando desaparece durante días, semanas, y da la sensación de que se ha ido definitivamente.

La mujer de un muyahidín

Tarek defiende una interpretación estricta del Corán, y, especialmente, de las suras que tratan de las relaciones que debe mantener con las mujeres. De entrada, tiene muy claro cómo quiere que sea su esposa, y no lo esconde. El primer requisito es que haya estudiado la religión por la cual él está luchando, dice, «para que me ayude a aprender bien y, sobre todo, porque deberá ser la profesora de mis hijos». A continuación, señala qué atributos le exige: «Atractiva, con estudios y un buen físico. Si encuentro algo así, ya me doy por satisfecho». Ahora bien, sobre todo pide que sea una mujer temerosa de Dios, ya que así lo respetará. Habla de las numerosas oportunidades que ha tenido para casarse. Añade que si hubiera sabido lo que iba a encontrarse en Siria —un país con pocas mujeres a causa de la guerra—, habría viajado hasta allí acompañado de una esposa, a pesar de que admite que habría sido una unión precipitada, sin estar enamorado.

Tarek: Quería enamorarme sin riesgo. Creo que la única mujer de la que puedes enamorarte es de aquella a la que le pones el anillo. No quiero libar de flor en flor, y, después, cuando me haya cansado, dejarla. ¿Por qué crees que en el islam no se permite tener novia o novio? Nosotros no nos casamos por intereses sexuales, aunque valoramos este aspecto.

Periodista: Y durante los años en los que fuiste al instituto, ¿no saliste con ninguna chica?

Tarek: Salí con una chica, pero duró muy poco. Y eso que, en aquel momento, me volvía loco por tener una chica.

Periodista: ¿Qué falló?

Tarek: No estoy acostumbrado a pecar con mujeres. Al día siguiente corté la relación, antes de que ocurriera cualquier cosa.

Tarek explica que en Siria también ha tenido oportunidades para casarse, pero asegura que uno de los motivos por los que no puede materializar una boda es porque muchos combatientes extranjeros, casados con mujeres sirias, han preferido dejarlas para incorporarse a las filas de Dáesh o bien han vuelto a sus países sin ellas. Ahora, dice, las

familias ya no quieren casar a sus hijas con extranjeros y, además, las mujeres no quieren abandonar a sus padres. Creo que esto le pone de muy mal humor. Aunque acepta hablar conmigo sobre ello, lo hace saltándose todos los preceptos religiosos, que dice seguir, esperando que algún día me convierta y, tal vez, me decida a viajar a Siria y casarme con él. El objetivo final es crear una familia y contribuir a la construcción de una gran nación del islam, la llamada *umma* [«comunidad»], a partir de una sociedad en la que impere la *sharíá* [«ley islámica»].

Por ello, pronto va a expresar la idea de casarse. Su sinceridad lo precede y lleva a cabo un exhaustivo interrogatorio sobre mi vida privada, que intento esquivar, pero que, al final, hace que me dé cuenta de la gran distancia emocional que existe entre maneras antagónicas de ver el mundo.

Tarek: ¿Por qué no te haces musulmana y nos casamos?

Periodista: Porque soy demasiado mayor para ti.

Tarek: Ohhh, nooo, Mohamed era quince años mayor que su primera esposa. No me casaría con una segunda mujer hasta que tú tuvieras cuarenta y cinco años, y, aun así, aunque me casara con una segunda mujer, a ti no te abandonaría nunca. Sé que, si lo hago, me beneficiaría mucho. Y a ti también.

No quiero que mi mujer sienta más amor por mí que por Alá. Si una mujer teme a Alá, temerá a su marido y obedecerá.

Tarek insiste. A pesar de los trece años que nos separan, afirma que el profeta Mohamed también era mucho más joven que su primera mujer, Khadija. De hecho, se llevaban quince años. Cuando se casó con ella, Khadija era viuda y se dedicaba al comercio y a los negocios. Ella tenía cuarenta años, y él, veinticinco. El profeta no se casó con la segunda esposa hasta que la muerte lo separó de la primera. Todos sus razonamientos son absolutos. En nuestra cultura occidental, ¿qué mujer aceptaría compartir el marido? ¿O se arriesgaría a ser sustituida por otra al cumplir los cuarenta y cinco años? Y, sobre todo, ¿qué mujer se arriesgaría a cometer la temeridad de dejarlo todo por una aventura virtual en una guerra en la que solo ha hablado con un futuro marido a través de la red?

Tarek: Sabes que he vivido mucho entre vosotros. Desde 1999, y os he conocido muy bien. Creo que sabría cómo debo comportarme contigo y te aseguro que también

estarías muy satisfecha.

Añade una afirmación que me intimida. Lo que es realmente preocupante es la distinción que realiza entre nosotros. ¿Quiere decir que ha vivido entre nosotros, pero no es uno de nosotros? ¿Por qué marca una línea divisoria entre su mundo y el nuestro? ¿Por qué dice que nos conoce tan bien, poniendo énfasis en que ha observado durante años nuestras costumbres, como si estuviera haciendo una disección de nuestra manera de entender el mundo?

Él ha crecido en España, se ha educado en nuestros valores, a pesar de que es evidente que hace tiempo que ha renunciado a ellos. En su código, todos los que no vivimos en Siria somos *kufar*, infieles. Por eso, tal vez no tenga mucho sentido preguntarle si volvería a una tierra que considera robada, al-Ándalus, e *infestada* de infieles.

Periodista: ¿Crees que es un buen futuro para una mujer ir a un lugar con guerra? ¿Y los hijos?

Tarek: Alá lo sabe todo. No pienses que mañana puedo morir. Llevo dos años aquí y nunca me ha tocado una bala, *alhamdulillah* [«Gracias a Dios»], y muchos amigos míos han muerto. Puedo vivir diez o veinte años más y no morir. Conozco muyahidines que llevan treinta años en la yihad. ¿Y si te doy mi palabra de entrar en Siria por la frontera, cerca de Yamadia?

Periodista: Esto es imposible.

Tarek: Aquí muchos van a Turquía y luego regresan, pero es arriesgado.

Periodista: Tarek, ya sabes que no podemos venir.

Tarek: Llevo dos años aquí y conozco muy bien los grupos. Vestirás como una mujer musulmana y tu compañero cámara, Marc, también. Esto por si acaso.

Periodista: Ya sabes que pueden traicionarte por dinero. Tal vez llegaríamos..., pero ¿volveríamos? Por no mencionar los bombardeos de Estados Unidos y los misiles del dictador.

Tarek: Me gustaría volver a España, pero es imposible sin pasar por la cárcel. ¿Sabes qué dirán si entras en Siria y luego sales? Es tu trabajo.

Una primera observación: por primera vez se declara español. Un recurso claramente persuasivo. La segunda: todo lo que plantea significa ir más allá. Desde el primer día le

expliqué que era periodista. Sin embargo, se ha tomado estas conversaciones con un interés genuino, propio, y me temo que no coincidimos plenamente en los objetivos. Nuestros mundos son irreconciliables, pero hay algo en este chico que hace que lo sienta cercano. Tengo claro cuál es mi rol y entiendo que continuar hablando con él significa aceptar pequeñas concesiones como la que me propone, tras un mes de iniciar las conversaciones: suprimir mi foto de Facebook por otra en la que no se me vea el rostro.

Tarek: Cada vez que un amigo mío ve que escribo mensajes, ve tu foto. Me avergüenzo de ello en cada momento y debo dar explicaciones. Nadie me prohíbe nada. Soy libre. Pero también te lo digo por los pecados que acumulo cuando veo la foto.

Toda esta búsqueda de una mujer me genera muchas dudas, porque, en el fondo, si tu meta es ir al paraíso —como la de muchos muyahidines—, ¿no es mejor llegar a ella soltero y no dejar viudas y huérfanos por el camino?

Periodista: Si los muyahidines *se duermen*, ¿cómo quedan su esposa y sus hijos?

Tarek: Una mujer puede casarse muy rápidamente, sobre todo si es la mujer de un mártir. Si te casas con la mujer de un mártir, haces un bien enorme. Se conocen casos de mujeres que fueron esposas de mártires más de seis veces. Pero no son de nuestro tiempo.

A medida que transcurren los días y se intensifican las conversaciones, nuestros puntos de vista cada vez están más alejados. Me atrevería a decir que son diametralmente opuestos. La creencia en un sistema democrático, aconfesional y libre es irreconciliable con el establecimiento de la ley islámica. Soy consciente de que no puedo expresar abiertamente lo que pienso si quiero continuar las conversaciones, pero hay un abismo entre nuestros mundos. Tarde o temprano deberemos dejar de hablar, porque insiste excesivamente en un viaje a Siria en el que podría dejarme la piel.

A pesar del abismo ideológico y religioso que nos separa y la persuasión que emplea Tarek, no me lo imagino en una unidad de reclutamiento hablando con decenas de mujeres para captarlas, adoctrinarlas y conseguir que viajen a la zona de conflicto. El tono y las formas no están en absoluto estudiados, aunque la finalidad sea la misma. De estas conversaciones, sin embargo, se puede extraer una misma lección: el enorme riesgo

que corren niñas, adolescentes y mujeres no creyentes, cristianas, judías, que viven en Occidente y que, en un momento de debilidad, pueden sentirse atraídas por una aventura que pueden pagar con sus vidas, si, finalmente, se convierten y se trasladan a Siria e Irak. Los argumentos pueden ser poderosos: por un lado, enamorarse de un guerrero e ir a luchar por una causa común y formar parte de la *umma* de la nación del islam. Y, por otro, la creencia ciega de esta promesa de la otra vida en el paraíso. De hecho, en el punto álgido de las confesiones hay las grandes promesas. Tarek me dice: «En la vida venidera seremos jóvenes inmortales». Y añade: «Da igual lo que diga la gente. Somos libres. ¿No es cierto? Entonces, no quiero una vida perfecta. Quiero lo necesario. Tú has aparecido en mi camino. Debo responder como un hombre».

En el fondo, Tarek tiene cuerpo de hombre y vida de muyahidín, pero es muy joven. A las once y pico de la mañana del 2 de octubre me escribe un mensaje en el que dice: «He hecho una cosa que te va a encantar: tazón de fruta fresca. La he recogido para ti esta madrugada. Granadas, uva y limonada azucarada. Qué pena que no pueda dártelo. Pero me ha gustado hacerlo con la intención de que te gustara. *Insha'allah* [«Si Dios quiere»]». En la nota añade tres fotografías de la comida que ha preparado.

La acción me sorprende. Las tres imágenes denotan una «alegoría a la libertad» que él afirma que tiene, pero, en realidad, no es tal, porque está aprisionado por sus propias ideas y por las decisiones que ha tomado. Como todo el mundo, probablemente, pero en su caso y en el de tantos miles de hombres y mujeres que han decidido viajar hasta allí, ha cruzado líneas rojas.

Tarek: Me lo he comido todo yo solo. Lo siento. Se suponía que era para ti, pero tú estás lejos. Algún día, en la próxima vida, tal vez. ¿Qué? ¿Te ha gustado?

Esta «alegoría a la libertad», ilustrada en las tres imágenes, me plantea una serie de dilemas morales. Según la ONU y el Gobierno español, estoy hablando con un individuo que forma parte de una organización terrorista, que puede ser capaz de cometer y justificar atentados. Por eso, me siento obligada a preguntar directamente sobre algunas cuestiones:

Periodista: A pesar de la opción que has escogido lo que tú entiendes por la yihad, ¿serías capaz de atentar contra Europa? ¿Serías capaz de colocar una bomba en un

lugar público?

Tarek: No, porque Alá no lo querría y el corazón no me lo permitiría.

Periodista: Si alguien lo hiciera en nombre de Dios, ¿lo justificarías?

Tarek: No.

Periodista: ¿Crees que esto puede llegarse a justificar?

Tarek: No. ¿Por qué crees que he venido aquí en vez de ir a Estados Unidos? No matamos a gente desarmada o que no nos combate.

A Tarek no le gusta que lo contradiga. No soporta que le plantee mis dilemas morales ni que le pregunte abiertamente si alguna vez atentará contra Europa. También sabe qué puede decirme y qué no para convencerme de que dé el paso de convertirme y viajar a Siria. De hecho, si continúa con las conversaciones es con esta finalidad. A pesar de ello, también sabe cuáles son mis intereses, aunque soy consciente de que la relación entre nosotros es débil y que la ambigüedad es lo único que permite avanzar en nuestras charlas.

Las mujeres que han optado por seguir a un muyahidín no deben haberlo tenido nada fácil. Según Tarek, las mujeres que quedan viudas pueden volver a casarse o esperar a reunirse con sus maridos «en los jardines de la vida inmortal». Fátima Shora —una mujer que conocí en Ceuta, y que antes había conseguido huir de Dáesh con su marido y con su hijo de un año— me aseguró que la falta de mujeres para los combatientes ha obligado a las viudas a volver a casarse bajo coacción, aunque no fuera su deseo.

Casados o no, alcanzar el paraíso es el núcleo central de la vida de estos combatientes. Todos quieren morir por la causa de Alá y convertirse en mártires. Es su razón de ser, a pesar de que la mayoría no quiere llegar a ello demasiado deprisa. Tarek conoce su destino, lo acepta y lo comparte. Pero, de momento, continúa luchando, y, en el fondo, intuyo que quiere vivir muchos años en esta vida que él define como corta, banal y de tránsito. Habla largamente de la idea de ese paraíso y las setenta y dos vírgenes que cree que lo están esperando.

Tarek: En el paraíso un hombre tiene la fuerza de cien hombres de este mundo. Podría desvirgarlas a todas y aún seguiría teniendo la fuerza de veintiocho hombres. Y si

mi esposa me acompañara, sería todavía más bella que todas las otras vírgenes del paraíso.

La descripción que hace del paraíso es exhaustiva, con numerosas comparaciones con la vida terrenal, excesivamente idealizada. Me lo explica como si yo fuese una niña que no pudiese entender descripciones abstractas.

Tarek: En el paraíso todos tenemos la misma edad, la mejor edad: treinta y dos años. No se ve tristeza ni se oyen gritos de dolor o de socorro, ni miedo, ni guerras, ni despedidas, ni enfermedades, ni pobreza ni injusticia. Tampoco se ha de cocinar la comida ni se necesita el váter.

Existen nubes a las que subes y te desplazan de un lugar a otro. Se pueden tener hijos, todos los que se quieran, sin dolor ni partos; puedes dejar de tenerlos y desaparecen.

Esto es lo que les espera a los creyentes. Si gracias a Dios te conviertes al islam a través de mí o de quien sea, serías muy afortunada. A la mujer de un mártir en el paraíso, Alá la convierte en líder de las setenta y dos vírgenes que recibe el mártir. Y lo más increíble es que su belleza no se puede comparar con la de las otras. Todas le despejan el camino y ella se une al marido. La gente soltera se casa en el paraíso. Alá dice que lo mejor que puede tener un hombre en el mundo es una buena esposa.

El mejor detalle y regalo que puedo hacerte es ayudarte a conocer el camino. Esta vida es únicamente una puerta por la que todos entramos y salimos.

Mi actitud fue tan fría, tan displicente, que después de estas descripciones dijo que ya no quería hablar más conmigo, que se desentendía de seguir escribiendo.

Tarek pretendía hacerme creer que en aquel país en guerra, mutilado y perdido por muchos años, se podía vivir, y que, tal vez, no se estaban haciendo en él algunas de las atrocidades más salvajes de la historia contemporánea reciente. Negaba con rotundidad que se estuviera produciendo lo que los medios de comunicación occidentales habían bautizado como «yihad sexual», el viaje que centenares de mujeres, sobre todo tunecinas, habrían hecho, probablemente engañadas, desde su país de origen hasta Siria para ayudar a los combatientes a desahogarse sexualmente. Algunas informaciones

apuntaban a que las mujeres eran sometidas a una especie de matrimonio temporal que, para producirse, no necesitaba ni testimonios ni registros judiciales. Y aunque ellas no fueran vírgenes, tampoco era necesario ni el permiso del padre ni del tutor. Una suerte de concubinato a la carta que justificaba las relaciones sexuales con los combatientes.

El Corán fundamenta esta práctica, que a menudo se ha considerado prostitución legalizada (4, 28/24-30) por el uso que hizo el mismo profeta y algunos de los primeros combatientes durante las luchas de expansión del islam. Tarek no solamente niega este tipo de relación, sino que no la acepta, y probablemente dice la verdad, porque el conocimiento que tiene de la situación general del conflicto es limitado.

Tarek: Esto es la mayor mentira que se haya dicho jamás. No negaré que Estado Islámico esté vendiendo a mujeres. Esto lo dijeron los iraníes para burlarse de los muyahidines. Está totalmente prohibido. Y no se ha hecho en ningún grupo. Ni tan siquiera en Estado Islámico. En la historia islámica esto no se ha hecho nunca. Nos están combatiendo con la prensa.

Si bien niega rotundamente la llamada «yihad sexual», admite el intercambio de personas entre los grupos.

Tarek: Oye, el tema de reclutar a mujeres y niños es inevitable en una guerra como esta. Aquí, en Jabhat al-Nusra, cuando reclutamos a mujeres, las intercambiamos por otras mujeres nuestras que tiene el ejército. En Jabhat al-Nusra tenemos prohibido hacer ningún tipo de daño a mujeres, niños y ancianos. Es la norma del islam y la fe en Dios.

Contrariamente, defiende con fuerza la esclavitud y, específicamente, la de la mujer. Y en esta cuestión no admite ni medias tintas ni matices de ningún tipo. Parece como si hubiésemos parado los relojes y nos encontráramos en épocas pretéritas. Le digo y le repito que no puede haber esclavas y él me dice que, si hay justicia, es lícito que haya esclavas, ya que «una mujer esclava tiene derechos». Y como tiene derechos, asegura, justifica y normaliza el estatus. Le importa un rábano que yo insista en decirle que el primer derecho de cualquier ser humano es la libertad.

Tarek: Si una esclava queda embarazada, debes casarte con ella, y si se hace musulmana, mucho mejor.

Periodista: Pero si se queda embarazada es porque la han forzado, no porque ella quiera.

Tarek: No debes discutirlo, sino aceptarlo. Alá es quien lo dice. Las esclavas tienen derechos. No se las puede lastimar y, si se convierten al islam, puedes casarte con ellas o liberarlas. Y no puede tocarlas ningún otro hombre que no sea quien las posee.

Periodista: Todo esto que me dices es muy fuerte.

Tarek: ¿Sabes qué hacen los soldados norteamericanos? Violan. En el islam, al menos, no se puede dejar a una esclava embarazada. Si se hace, debes casarte con ella o dejarla libre. A pesar de ello, dicen que el islam es injusto. El Corán dice: «Ojo por ojo, vida por vida, varón por varón, hembra por hembra». Al menos a sus hembras les damos derechos. ¿Qué hacen ellos con nosotros?

Cuando Tarek no encuentra argumentaciones suficientemente válidas recorre a la ley divina, a la palabra del Corán y al mismo Dios, y, en última instancia, a la contrapropaganda norteamericana y a las atrocidades que los estadounidenses también cometieron en las últimas décadas. Ahora bien, ¿cómo puede legitimar y justificar la esclavitud un muchacho que se ha escolarizado desde el primero hasta el último curso de la ESO en un instituto público español?

Aunque su rendimiento académico fuese bajo, los valores que se transmiten en la escuela son claros: todos somos libres. Y cualquier argumento contrario te obliga a cuestionarlo todo.

Al final asegura: «Encontrar esposa es paciencia. Tal vez Alá me esté guardando algo especial». Y, además, añade, para recordármelo: «Cuando me haya casado deberé dejar de hablar contigo. Lo que ocurrirá es que no podré escribirte sin el permiso de mi mujer y sin que ella esté delante cuando lo haga».

La vida antes de Siria

Mucho antes de escribir por primera vez a Tarek me había propuesto averiguar si detrás de ese perfil de Facebook había una identidad verídica y si realmente aquel joven de veintiún años estaba luchando en Siria. Muchos de los perfiles que se presentaban como muyahidines en la red eran falsos y, por lo tanto, era importante verificar la identidad. Solo tenía dos pistas de las cuales pudiera tirar del cabo: el nombre con el que aparecía en su perfil —que no significaba necesariamente que hubiese de ser auténtico— y la población de Cataluña de la cual supuestamente había salido.

Empecé por realizar una visita informal a la mezquita del pueblo en el que en principio había crecido, pero, a pesar de que hablé con los responsables, no conseguí sacar nada en claro. Allí conocí a unos cuantos chicos que más adelante agregué a Facebook, pero ninguno de ellos quería hablar de Siria ni de Irak, y mucho menos de los muyahidines. Era un tema prohibido, al menos con la gente de fuera de la comunidad. Sin embargo, cuando mencioné a un tal Tarek, vi que me escuchaban con atención y admitieron que lo conocían, aunque solo vagamente. En una de las plazas de la población había un restaurante propiedad de un chico marroquí llamado Karim. Era una pequeña cafetería donde asaban pollos, preparaban kebabs y servían todo tipo de bebidas sin alcohol. Decidí quedarme a comer allí pensando que quizás, después de comer, podría entablar una conversación con Karim. Cuando ya estaba acabando la comida, empezamos a hablar animadamente y aproveché la ocasión para decirle que estaba buscando a Tarek, sin darle ninguna otra explicación. Se volvió y se dirigió al cocinero, que estaba tras los fogones. Le preguntó si conocía a alguien que se llamara Tarek. Enseguida, el cocinero dijo que conocía a un Tarek, el hermano de Atman, pero que precisamente en aquel momento estaba en Turquía. Eso me sorprendió y me hizo estar alerta. Lo había localizado. De ningún modo la familia lo situaba en Siria, sino en el país árabe fronterizo, laico y europeo.

La versión oficial que se explicaba de Tarek a los conocidos era que trabajaba de cocinero en Estambul. Me pareció una información bastante importante. El mismo chico del restaurante se puso en contacto con un amigo de Atman. Este amigo, de nombre Faisal, me llevaría a casa de Tarek y allí me presentaría a Atman.

Tuve que esperar hasta que Faisal acabó de vigilar las hamacas en la playa donde trabajaba. Alrededor de las siete, de vuelta a casa, podría acompañarme. Era un chico de mirada alegre y franca. Ni siquiera me preguntó de qué conocía a Tarek. Caminamos por un entramado de calles estrechas hasta llegar a una amplia avenida. Se trataba de un barrio dormitorio, y en una de las calles que enlazaban con una plaza, me indicó el domicilio de la familia y me facilitó el teléfono de Atman.

Eran casi las ocho de la noche. Pensé que sería mejor llamar a Atman antes de tocar el timbre del piso, pero no me contestó. No tenía otra alternativa que llamar a la puerta, y, cuando lo hice, me percaté de que allí no había nadie. Las ventanas estaban cerradas y las persianas bajadas. Tendría que esperar. Al cabo de una hora más o menos, Atman me llamó sorprendido, porque no me conocía, pero me dijo que si quería, podía esperarlo en el café de delante de su casa. Llegó una hora más tarde. Era un chico de veinticuatro años, de aspecto totalmente occidental, afeitado, con tejanos y camiseta. Ni tan siquiera parecía que fuese de origen marroquí. Me dijo que era creyente, pero que casi no practicaba. Ahora no trabajaba porque finalizó el último contrato durante la temporada de verano, pero preveía que en pocas semanas le ofrecerían otro trabajo. Aceptó tomar un café conmigo sin saber quién era yo ni qué quería. Parecía extrañado por la situación, pero siguió hablando como si nada. Entonces llegaron esos momentos difíciles que no sabes nunca cómo debes enfocar, pero en los que siempre es mejor soltarlo todo de golpe.

Periodista: Atman, soy periodista. Estoy trabajando en un reportaje y creo que podrías ayudarme. Tu hermano es Tarek, ¿verdad?

Atman: Sí, ¿qué pasa?

Periodista: Quería saber si está en Siria. Encontré su Facebook y quería enviarle un mensaje para que me explicara su experiencia allí.

Atman: ¡Ufff! Esto sí que no me lo esperaba. La verdad es que casi no sabemos nada de él.

Atman estaba abrumado, pero, a la vez, tenía ganas de explicar su escepticismo ante la decisión de su hermano. Un día de octubre, Tarek había desaparecido sin decir nada a nadie. Había desconectado el móvil y hasta casi veinticuatro horas después no se puso en

contacto con sus padres para decirles que estaba en Turquía y que en pocas horas cruzaría la frontera para entrar en Siria y convertirse en combatiente.

Ningún miembro de la familia entendió aquella decisión tomada a escondidas. Más adelante se enteraron de que Tarek había vendido el ordenador, regalo de una hermana para que continuara los estudios. Con el dinero que le dieron por él se pagó el Kaláshnikov. Cuando la familia analiza las semanas previas a su partida, se da cuenta de que hubo algunos síntomas de radicalización que en aquel momento les pasaron totalmente desapercibidos. Había vuelto de Londres cambiado: el pelo largo, una barba espesa y la túnica, que no se quitaba nunca. El padre le había comprado un coche de segunda mano para facilitarle la búsqueda de trabajo y la hermana mayor le financiaba el carnet de conducir. Sin embargo, Tarek no se lo tomó con muchas ganas. Estaba todo el día encerrado en su habitación conectado con el ordenador a Internet y, cuando anochecía, salía a entrenarse. Como mínimo se pasaba un par de horas corriendo, haciendo flexiones y sudando a mares. Su preparación era física y mental. La misma que llevan a cabo los que quieren emprender su mismo viaje.

Aquel día había salido de casa vestido con tejanos, una camiseta y una pequeña mochila. La noche anterior se había afeitado y se había cortado el pelo. Su familia no es muy religiosa. Son musulmanes que celebran las fiestas del calendario y que creen en Dios, pero tal vez más por tradición que por convicción. La huida de su hijo no se la tomaron nada bien. Los padres no entendían cómo podía ser que, sin su autorización, se hubiese marchado sin decir nada a una guerra a miles de kilómetros, directamente a una muerte segura.

Durante los primeros meses de su ausencia, la madre estaba todo el día pendiente del teléfono. Más adelante, las espantosas noticias que llegaban de Siria y la incertidumbre de no saber si todavía estaba vivo hicieron que los padres cerraran los ojos ante la situación y prefirieran no hablar de ello. Repartieron la ropa de Tarek entre la familia y los amigos y su habitación pasó a pertenecer a los nietos cuando iban a visitar a los abuelos. La reacción de cada uno de los miembros de la familia fue diferente. Mientras que Atman no le perdonaba lo que había hecho, pero todavía seguía pendiente de recibir algún mensaje de su hermano, algunos de los otros hermanos no querían saber nada de él, porque consideraban que los comprometía demasiado ante los cuerpos policiales. Creían que era un terrorista. Las hermanas, más conciliadoras, mantuvieron el contacto. Una de ellas no quiso contestarme nunca los mensajes a través de la red, pero con la

hermana mayor, establecida en Cataluña, estuvimos hablando durante algunos meses a través de Messenger, aunque nunca aceptó que nos encontráramos personalmente. Ikrame era una madre divorciada de veinticinco años con dos hijas. No había tenido suerte con el marido, con quien se había casado a los diecinueve años. Sobrellevaba todo el peso familiar y durante algunas temporadas había vivido con sus padres. Su modelo familiar estaba lejos del que Tarek debía de considerar óptimo. Ella fue quien me confirmó que Tarek ya regresó de Londres con una actitud extraña, pero lo relacionaron con la edad, en ningún caso con aquel proceso de radicalización que lo llevó a dejarlo todo.

Tarek llegó a Cataluña con cuatro años. Había nacido en Tánger. Sus padres, que tenían cinco hijos, pensaron que la mejor manera de prosperar era emigrar al Estado español. Se establecieron en una pequeña población, donde sus hijos crecieron y se formaron.

En la clase de primaria de Tarek solo había dos niños marroquíes. Él y Abdelilah, que ahora es graduado en Ingeniería Industrial y está pensando en aceptar una oferta de trabajo en una multinacional alemana. Abdelilah recuerda que él y Tarek eran dos niños más en la clase y que se sentían integrados con el resto de sus compañeros. En ese momento todavía no habían llegado a España las grandes oleadas migratorias y todos los demás niños de la clase eran autóctonos. Abdelilah me presentó a algunos de sus amigos. La mayoría estaba estudiando ciclos formativos y carreras universitarias y no podía creerse que Tarek hubiera escogido aquel camino. A pesar de que eran muy prudentes en sus declaraciones, respetaban la decisión que había tomado, pero no la entendían. Otro amigo llamado Pavel, de origen rumano, lo recuerda como una persona «enérgica y deportista», y añade: «A veces también era un poco violento, pero en aquella edad la mayoría de los chicos nos peleábamos». La descripción que hace de Tarek no es la de un líder de grupo, sino la de un muchacho más, aunque con algunas particularidades: «A veces era un poco tozudo, cabezota con sus ideas, algo impulsivo, tal vez. Pero también le veo un sentido de justiciero, alguien que realmente quiere obrar bien. Cualquier persona podría ser manipulable, pero... Lo veo con bastante carácter».

Pavel recuerda claramente que Tarek estaba fascinado por la época medieval y que uno de sus temas de conversación en aquel momento ya giraba en torno a la religión, porque era muy creyente. Tarek cuestionaba a los profesores de biología porque

aseguraba que «esto o aquello no era por la biología, sino porque lo había hecho Dios». Y en este sentido invitaba a sus amigos a leer el Corán.

En este proceso, Tarek abandonó los estudios antes de tiempo. Al principio, le hacía ilusión convertirse en *mosso d'esquadra* (la policía autonómica catalana) y quería prepararse para las pruebas. Pero todo dio un giro cuando decidió ir al Reino Unido a aprender inglés. En Londres vivía una de sus hermanas. Se había casado allí y él podía encontrar los contactos necesarios para volver a empezar. Estuvo en Londres dos años. De hecho, fue allí donde consolidó sus ideas y desde donde decidió viajar a Afganistán. Tenía dieciocho años, pero la familia no se lo permitió. Él mismo lo explicaba así:

Periodista: Pero en Londres pasó algo más.

Tarek: Por Alá que en London no pasó nada grave. Lo que ocurre es que viví solo por primera vez en mi vida y trabajé mucho, y sentía que estaba perdiendo mi vida, como la gente que se entretiene intentando conseguir dinero y se olvida de un montón de cosas. Trabajaba en los trenes. Limpiaba. Periódicos y papeles. Ya lo sabes... Tenía un nivel muy bajo del idioma. Si me hubiese quedado allí, habría hecho un curso de segurata para trabajar en la misma estación. Me lo ofrecieron.

Cuando le pido directamente que me explique su vida antes de Siria, me da pocos detalles y sentencia: «Oye, he llevado una vida bastante normal. Y siempre he caído bien a la gente». La normalidad, sin embargo, no casa con dejarlo todo para ir a una guerra en Siria a luchar por Dios. Porque, al fin y al cabo, de momento, solo lo han hecho una minoría.

Periodista: Acabo de leer en el periódico que un profesor universitario de filosofía asegura que si se preguntara a vuestros maestros, probablemente dirían que ya se veía venir que acabaríais traficando o en un grupo neonazi. ¿Crees que tus profesores de secundaria pensarían esto de ti?

Tarek: De ningún modo. No he tenido nunca antecedentes. Todos nos hemos peleado en el insti. Pero no tiene nada que ver con esto. Total, no demostraba nada en religión. Era rapero. Pero no vayas preguntando por mí.

La cláusula que me impone una vez que hemos empezado las conversaciones, que me impide ponerme en contacto con su entorno familiar y con su círculo de amistades, no

me permite hablar con los profesores. No quiere que pregunte a nadie. Ni a la familia, ni a los tutores del instituto ni a los compañeros. Es taxativo y me lo recuerda a menudo durante los meses en que tienen lugar las conversaciones: «No quiero que lo sepan. Soy terrorista. No lo olviden. Se supone. El hecho de estar aquí con islamistas lo dice todo».

Sorprende que, con el convencimiento con el que Tarek ha tomado sus decisiones, prefiera que nadie lo sepa. Al principio, cuando llegó a Siria, se hizo fotografías vestido de militar y con el Kaláshnikov. Las colgó en Facebook, contento de lo que estaba haciendo. Ahora, casi dos años después, ha borrado las fotografías y es consciente de que en Europa está considerado un terrorista. Su hermana, Ikrame, todavía está muy consternada por la decisión que tomó Tarek. Sin embargo, admite: «No sé qué pensar, de verdad, pero gracias a Dios que se fue allí y no hizo nada aquí. No lo habría podido soportar. Nuestra vida nunca más habría vuelto a ser igual. Ahora espero que se centre y deje ese mundo». A pesar de los temores de su hermana, cuando hablo con Tarek de terrorismo, veo que está incómodo y que es consciente de las consecuencias de la decisión que tomó. Siempre me ha dicho que nunca cometería un atentado en Occidente, y ha dejado claro en qué condiciones puede entrar en combate:

Tarek: Si te he dicho que se supone que soy terrorista es porque sabes que para cualquier persona estoy con islamistas armados. Soy visto por la gente de allá como un terrorista, pero no tengo derecho a matar a personas desarmadas, excepto a los hombres que estén luchando. No somos soldados, no somos salvajes como los de Dáesh. Pero me molesta mucho que me preguntes cosas como si sería capaz de cometer un atentado en Europa. Esto demuestra que para ti soy un (?). Si crees que podría ser un tío que explotaría entre mujeres y niños, es mejor que no continuemos hablando.

La última vez que Pavel vio a Tarek fue en el verano del 2012, poco antes de viajar a Siria. Llevaba el pelo largo y se había dejado barba. No recuerda qué ropa llevaba, pero sí que Tarek le habló de su estancia en Londres. Más recientemente ha tenido algún contacto con él a través de Facebook. En su última charla, Tarek le dijo que vivía en Turquía y que había conseguido realizar el sueño de toda su vida haciendo de negociador.

La transformación de Tarek en Abu Tarek

La decapitación del periodista norteamericano James Wright Foley, secuestrado en Siria en noviembre del 2012 por Dáesh y ejecutado en agosto del 2014, conmovió al mundo occidental. Unos días antes del brutal asesinato, el presidente de Estados Unidos, Barak Obama, había anunciado que encabezaba una coalición de países para acabar con Dáesh en el norte de Irak. Desde aquel día se estuvo preparando a la opinión pública internacional para que viese con buenos ojos la intervención bélica occidental.

La puesta en escena de la ejecución, grabada con extrema pulcritud por sus verdugos y difundida ampliamente por las redes, fue el punto de inflexión que no solo certificaba la muerte del periodista, sino que, además, aceleraba la ofensiva militar y evidenciaba la represión terrorífica de Dáesh. Era el tercer periodista decapitado en Siria. Aquel día le dije a Tarek que las noticias eran pésimas. Y él me contestó a los pocos minutos: «Aquí también», a pesar de que ignoraba el asesinato a sangre fría del periodista. Cuando se lo expliqué, me preguntó quién había cometido la decapitación y se sorprendió mucho al saber que habían grabado la escena: «No sé qué decirte». Tenía un mal día. Me dijo que se sentía mal por todo.

Tarek: Ahora que estoy aquí no me siento igual que como me sentía cuando entraron en Irak con la farsa de las armas nucleares que nunca se han encontrado. Ahora no puedo decir que van, sino que vienen, porque ahora estoy en el campo. ¿Cuándo lo entenderá el mundo y reflexionará de una vez? ¿Quieren seguir así? La gente se mata y lo seguirá haciendo hasta que haya paz en el mundo.

Era uno de esos días en que se sentía sobrepasado por los acontecimientos. Uno de esos días más de vida, insoportables, pero que acababa superando, según decía, por la voluntad de Dios. A mí me interesaba saber cómo había llegado a ese punto, cómo había experimentado el proceso de pensar en dejarlo todo para unirse a la que él denominaba «la causa de Alá».

De entrada, mostraba una gran desconfianza hacia los medios de comunicación occidentales, a pesar de que aceptaba hablar conmigo. También desconfiaba de los Gobiernos occidentales, a los que consideraba corruptos, egoístas y prepotentes, hasta el

punto de que aseguraba: «Ellos [los Gobiernos occidentales] no valoran vuestras vidas. Les importa un rábano que alguien atente contra vosotros». Y, a la vez, defendía la decisión de los sabios de Al Qaeda. Decía que en la actualidad no permitían ni atentar en los países ni matar a los civiles, y rápidamente distinguía de nuevo al grupo de Osama bin Laden de Dáesh, del cual aseguraba que hacía lo que quería y no escuchaba a nadie. No servía de nada que yo le pusiera el ejemplo del 11S, con el múltiple atentado en Estados Unidos que acabó con la vida de tres mil personas.

Las conversaciones finalizaron cerca de la medianoche. Lo que me interesaba era saber cómo había llegado a ese punto en que no podía tolerar casi nada de Occidente y abrazaba únicamente el tipo de fe que propugnaba Al Qaeda.

Periodista: ¿Sabes qué significa radicalizarse?

Tarek: Sí.

Periodista: ¿Y tú crees que estás radicalizado?

Tarek: No.

No le interesa hablar de ello. Sin embargo, insisto una y otra vez, porque intuyo que saber cómo ha tenido lugar este proceso puede ser la única manera de evitar que otros chicos se embarquen en una guerra con una muerte segura. Él afirma que debería dedicarse todavía más a la plegaria y a la lectura, que aún «hay muchas cosas» que desconoce, pero también tiene claro que el único lugar donde puede vivir y practicar la religión con su interpretación es en Siria. De nuevo insisto en este proceso que le ha dado un vuelco a su vida y él se excusa justificándose: «Es que tengo un nivel muy bajo. Soy un tío con muy pocos estudios y no tengo ni idea de nada. Tampoco sobre el islam. No soy ningún empresario. Si muero, quiero hacerlo luchando. Por la razón». Lo cierto es que en algunos momentos se define con unas descripciones que podrían evidenciar que se trata de una persona hipersensible y, en el fondo, vulnerable. Él mismo se define como «un tío inocente, siempre me la juegan, soy fácil de engañar». Sin embargo, a pesar de las manipulaciones de las que puede haber sido objeto, ha sido él quien ha tomado las decisiones. En el tercer intento, procuro ser directa y clara:

Periodista: ¿Quién era esa persona que consiguió convencerte? ¿Quién tuvo la capacidad de ejercer más influencia en tu pensamiento que tus propios padres?

Tarek: Buena gente. Por eso Alá me ha recompensado facilitándome el camino de la yihad. Y el del honor y la libertad. Este tío me ha ayudado a conocer bien el islam, la fe y el camino de la yihad correcto.

Periodista: ¿Y él también ha hecho la yihad?

Tarek: ¡No! Es un tío que creo que no vendría nunca a hacer la yihad.

Periodista: Si se lo cree tanto como tú, ¿por qué no puede venir?

Tarek: Es un tío con muchas responsabilidades.

Periodista: ¿Y esto lo exime de viajar a Siria?

Tarek: La yihad no solo consiste en levantar armas. Él ayuda, aunque sea con la lengua o con dinero.

Periodista: Pero ¿no te parece que, aunque él ayude, no se la juega como tú o tus compañeros?

Tarek: Creo que tal vez es más útil en London. No me la juego. Esta es mi decisión. Él no me ha enviado aquí ni me ha comido el tarro.

Periodista: Pero ¡él no está aquí y tú, sí! ¿Crees que quizás él no quiere ir al paraíso? ¿No te das cuenta de que esta persona te prometió cosas que nadie puede prometer? ¿Por qué no fuiste a hablar con un imán para contrastar lo que te decía esta persona?

Tarek: Lo hice.

Periodista: ¿Y qué te dijo el imán?

Tarek: Me dijo que la yihad se había de hacer con lápiz y papel.

Periodista: ¿Y por qué no te lo creíste? ¿Cómo pudiste pasar de lo que te decía un imán?

Tarek: Porque el Corán no dice esto. Sé que era un falso. Tenía miedo. Podría ser un infiltrado. Cualquiera persona a quien le preguntes sobre la yihad te dirá que no. Tienen miedo de que seas un chivato. Hay muchos chivatos.

Tarek experimentó una transformación ideológica desde la primera vez que se sintió atraído por las consignas de Dáesh y Al Qaeda hasta el momento en que decidió añadirse definitivamente a la que él llama la «causa de Alá». No puedo precisar la duración del proceso, pero, en cambio, sí que, probablemente, se aceleró durante su estancia en Londres, y cuando volvió a España ya había tomado la decisión. Acepta hablar de su reclutador, pero sin entrar en detalles. Y, en todo caso, lo considera alguien que lo ayudó

a abrir los ojos y no quien lo manipuló y lo condujo a una situación extrema. Él mismo admite que este proceso culminó cuando conoció «cara a cara» a la persona que lo había adoctrinado a través de las redes. Ahora hay pocos captadores que se atrevan a dar la cara y los procesos de radicalización culminan sin haberse visto nunca. Los reclutadores temen que tras una identidad de la red se escondan confidentes o miembros de los cuerpos policiales.

Si bien la figura del captador fue fundamental en este proceso, existen dos elementos más que llaman la atención. Tarek está fascinado por la época medieval y, específicamente, por el ambiente que se describe en la saga *El Señor de los Anillos*, una trilogía llevada a la pantalla e impregnada de fantasía, acción y aventura. En el fondo, lo que él denomina la yihad es una aventura en la que cree —tal como venden los reclutadores— y la misión de destruir el Anillo, la única para asegurar la aniquilación del Señor Oscuro, Sauron, es una metáfora para acabar con el dictador Bashar al-Ásad y restituir la justicia en un país en guerra. La lucha contra las fuerzas del mal. No es mi conclusión, sino la idea a la que han llegado antropólogos y expertos en la materia. Tarek se ha referido, en nuestras conversaciones, a la fascinación que siente por la trilogía. En una ocasión me explicó que la situación que encontró en Siria era la misma que evocaba *El Señor de los Anillos* y me di cuenta de que él se sentía el protagonista de su misma historia.

Tarek: Hoy he estado pensando en aquella peli. Es un combinado de todo. El momento en que Frodo se cansó, cuando huyó de la tirolina y cayó. Cuando salió de su nido y al caer abrió los ojos y la elfa lo agarró de las manos. ¿Has visto esta parte? Estaba en peligro y en una oscuridad absoluta, y cuando abrió los ojos se encontraba en un jardín.

Además de la película *El Señor de los Anillos*, también hace referencia a un videojuego. Lo hace de pasada y no se entretiene demasiado en ello, pero en un momento dado afirma que ha estado enganchado a un videojuego llamado *Counter Strike*, y que es donde conoció su arma, la AK-47, y lamenta que popularmente se la conozca como «matamoros».

Según los expertos, los videojuegos son una de las armas de captación. Su uso intensivo, en el que la víctima se siente protagonista y se erige en héroe que consigue

combatir a los malos e imponer la justicia en el mundo, se ha convertido en un clásico de reclutamiento.

El cambio de nombre —como ya hemos comentado— es el que denota el paso de la juventud a la vida adulta, del anonimato a la heroicidad. En Siria ya no es el joven Tarek que salió de España, sino Abu Tarek, un combatiente en nombre de Alá.

Al consumo de videojuegos se añade el visionado de decenas, tal vez centenares, de vídeos de propaganda que fácilmente se pueden encontrar en Internet a través de las productoras oficiales de Al Qaeda, y, más recientemente, de Dáesh. Cuando Tarek viajó a Siria, en octubre del 2012, muchos de estos recursos de captación eran totalmente desconocidos por los expertos y, probablemente, ni tan solo podían intuir la influencia que llegarían a ejercer.

Los reclutadores todavía dieron un paso más. Utilizaron las imágenes de injusticias y de la represión del régimen de los al-Ásad que salían en los informativos de todo el mundo para motivar a los musulmanes que creían que tenían que ir a defender a sus hermanos: «Las violaciones de los derechos humanos me han hecho venir aquí». Una idea que repite a menudo.

Un retorno imposible

Aunque hablamos durante horas, es difícil saber en qué punto concreto de Siria está Tarek. Él siempre asegura que se encuentra a las afueras de Latakia, pero ha ido cambiando de destinación, sobre todo a raíz de los conflictos entre los diversos grupos. Y a pesar de que nunca quiere indicar claramente dónde está, se le podría rastrear fácilmente a través de las coordenadas geográficas de Facebook que se envían indistintamente desde Ordu, Hatay, en Turquía, o desde Idlib, en Siria. La razón son los cambios de tarjeta SIM, aunque intenta esconder el rastro, porque asegura que si lo localizaran los radares del régimen o de la coalición occidental, podrían enviarle un misil. Unos meses más tarde, la indicación geográfica cambia. En mayo del 2015 mantiene que se encuentra en un lugar menos peligroso, porque no se dispara con armamento pesado, y, en verano del mismo año, con el Ramadán empezado, se refiere a Aleppo, una zona en la que los enfrentamientos no se detienen, aún menos —dice— cuando hay los hombres de Dáesh por en medio.

Durante todos estos cambios de posición al frente y en la retaguardia, los combatientes tienen la compañía, de manera omnipresente, de un imán que les proporciona apoyo emocional y les hace de guía espiritual: «Anteayer, el imán nos pidió que no olvidáramos en las oraciones a un hermano de Libia que detuvieron en Turquía». Dice que habla a menudo con este imán, que le confía sus sentimientos, pero también me doy cuenta de que le esconde algunas cosas, como estas mismas conversaciones con una periodista cristiana que no se ha convertido y que trabaja para un medio occidental. Son los últimos días del Ramadán del 2015, siempre difíciles, no solo porque no se come durante el día, sino también por el calor: «Estoy bien, aunque débil». Y añade entre silencios: «Ha muerto gente». Cuando me habla de la muerte cercana, no puedo evitarlo y le pregunto:

Periodista: ¿Qué te impide regresar?

Tarek: Nada. Pero quiero que los musulmanes tengan un país como tienen los cristianos y los judíos.

Periodista: Pero los musulmanes no tienen un país, tienen muchos...

Tarek: Y la *sharía* todavía no la practican... No quiero seguir siendo un inmigrante el resto de mi vida. Con todos los respetos, si vuelves a preguntarme por qué no regreso, directamente te eliminaré del Face y no hablaremos nunca más. No quiero regresar.

A veces afirma que se siente engañado y que lo que yo querría es que volviera para realizar un buen reportaje con un combatiente que hubiera regresado. Me dice, molesto: «¿Quién vendrá al frente? ¿Mujeres como tú? Me da igual pasar desapercibido. No he venido a refugiarme. ¡Qué vergüenza!».

Aunque lo niega con rotundidad, sé que se plantea volver al Estado español. Delante de mí prefiere hacer ver que no, pero las rivalidades entre los dos grupos sunitas y el curso de la guerra lo han perjudicado anímicamente y le llevan a planteárselo una y otra vez. Es de los que no entienden que se luche entre musulmanes y aún menos las rivalidades personalistas entre los líderes. Le cuesta hablar abiertamente de su estado anímico, pero, de pronto, afirma: «Por las mañanas, cuando me despierto, digo: ¿todavía no se ha acabado esta pesadilla?». Pero, enseguida, arrepentido por lo que acaba de decir, rechaza este momento de debilidad, rectifica y sentencia: «Quiero ser lo que Alá nos ha enseñado. Luchar como un hombre. Soy un luchador del islam. Es mi trabajo. Plantar cara a la muerte». Insisto y le digo: «Pero ¿es necesario que lo seas siempre?». Y él contesta: «No. Solo en esta vida».

Periodista: Escoges tu camino. Sin embargo, si todas las mañanas es una pesadilla, ¿por qué te quedas?

Tarek: He vivido demasiado todo lo que pasa en el mundo. Me siento muy joven aquí y muy viejo allá.

Periodista: ¿Por qué es una pesadilla?

Tarek: Porque parece imposible que se acabe.

Periodista: Pero si es peligroso, arriesgado y os bombardean, puede acabar en cualquier momento.

Tarek: Aunque bombardeen, pasará lo que Alá ha escrito. Si muero, será lo mejor. Si sigo vivo, es bueno. También quiero volver a ver a mi familia, pero no puedo abandonar esto. Sí, quiero verlos, pero sí, es arriesgado, prefiero no hacerlo.

En ciertos momentos parece que ya no tiene ánimos para continuar, pero aún menos para abandonar. Teme ir a la cárcel y, sobre todo, me habla de las torturas que supuestamente reciben los condenados por terrorismo en países como el Estado español. Las penas por pertenecer a una organización terrorista como Jabhat al-Nusra, considerada por la Organización de las Naciones Unidas una filial de Al Qaeda, son de entre seis y doce años de prisión, pero si se colabora con la justicia, pueden reducirse.

Periodista: Me han dicho que Dáesh no deja volver a nadie.

Tarek: Sí, no deja volver a nadie.

Periodista: ¿En Jabhat al-Nusra, tienes la seguridad de que te dejarían?

Tarek: En cualquier momento, si quiero volver es cosa mía.

Periodista: ¿Hay mucha gente que vuelve?

Tarek: Es como estar en el Ejército Libre. Tengo muchos amigos que se lo están pensando.

En el fondo sabe que no volverá porque nunca renegará de las ideas que lo llevaron a Siria. Se lo ha creído a pies juntillas. Está totalmente convencido. La reflexión final que hace de su estancia en Siria trunca cualquier posibilidad de retorno. Refiriéndose a la guerra, afirma: «Esto es un regalo que Alá me ha hecho. Tengo miedo de volver y perderlo». A pesar del inmenso deseo de volver a ver a su familia, de pasar con ellos una velada tan cotidiana como sea posible, asegura que con una llamada ya tiene suficiente ante las consecuencias que puede sufrir, y sentencia con insistencia: «Mi futuro está aquí. Mi trabajo es este. No quiero regresar y vivir como un cobarde. Aquí todavía hay gente que me necesita. No me verás huyendo o escondiéndome. Y no volveré, excepto sin fronteras».

De pronto me dice: «Oye, hemos hablado demasiado. No quiero volver a las conversaciones».

Quizás se ha dado cuenta de que se ha abierto demasiado. Insiste en mi conversión, aunque tiene dudas sobre ella, y anuncia que tal vez se planteará volver durante un tiempo y vernos, contradiciendo todo lo que ha dicho en otros momentos. Por otra parte, considera que no hay nada a cambio y que, por lo tanto, no encuentra ningún sentido a las charlas que tenemos.

Tras unos momentos de vacilación, me dice que se va y que durante un tiempo no podrá conectarse. Al parecer, hacen relevos en la primera línea del frente. Es contradictorio. Por un lado, me dice que las conversaciones se han acabado, y, por el otro, me comunica que no sabe cuándo podrá volver a establecer comunicación. ¿Es la incertidumbre y el miedo de no saber cuándo será el momento de la muerte? A pesar de las dudas y los temores, me da carta blanca: «Habla de lo que quieras esta noche, porque mañana me marchó».

Pocas semanas después, Tarek volvió a conectarse. Lo noté relajado y pensé que era el momento de explicarle lo que se había publicado sobre él en la prensa. Sabía que no se lo tomaría muy bien, pero pensaba que era mejor que se lo comunicara antes de que lo hiciese otra persona y pensara que yo tenía alguna cosa que ver con ello.

El periódico presentaba una portada con un titular que llamaba bastante la atención, con expresiones que Tarek había escrito en su Facebook. El periodista que firmaba la crónica señalaba que había confirmado la autenticidad, pero admitía que no había contrastado las declaraciones con Tarek y subrayaba, sobre todo, unos comentarios que había escrito en su perfil de Facebook contra el cuerpo de los Mossos d'Esquadra: «Estamos hasta las narices de esconder quiénes somos. Ahora puedo ser un hombre libre. Aquí nadie te para en medio de la calle para pedirte la documentación, aunque lleves barba. Aquí nadie tiene que hacer cola en el INEM porque todo el mundo tiene trabajo. Y esto ocurre porque no hay Gobierno. Es el nuevo Oriente, no Europa». Algunos fragmentos los había publicado, semanas atrás, un blog que difunde noticias sobre extremismo violento.

Los comentarios que Tarek había publicado en su muro de Facebook no habían gustado nada a su hermano mayor, Atman, que le dijo en un mensaje público en Facebook: «¿Qué haces...? Quitá esa fotografía», temiendo preguntas incómodas de la policía hacia la familia, establecida en España. La charla entre los hermanos también estaba publicada en el mismo periódico.

Ver sus fotografías, aunque pixeladas, en la portada y en el interior del periódico no le gustó nada. No entendía por qué lo habían encuadrado en las filas de Dáesh, el rival de Jabhat al-Nusra, del cual renegaba continuamente, ni tampoco cómo los expertos podían hacer análisis tan pretendidamente precisos si nunca habían hablado con él. En todo caso, la publicación le generó un gran desánimo.

Tarek: Esto de la revista ha llegado aquí. He escuchado consejos y advertencias. Y no me lo esperaba. He quedado muy mal. Hay quien ha reconocido las fotografías.

Lo que más le dolió, sin embargo, fueron los comentarios de los lectores. Los repasó todos, uno a uno.

Tarek: ¿Has visto los comentarios racistas y los insultos? Qué vergüenza. ¿Cómo crees que me siento yo? ¿O cualquier musulmán? Psicólogos y especialistas en criminología y terrorismo. Escribí aquello porque mi hermano me dijo que la familia hablaba. No tenía nada que ver con España.

De hecho, alternaba momentos de consternación con otros de furia y rabia contra lo que habían publicado. Y, entre vacilaciones e inseguridades personales, admitía:

Tarek: Siempre he sido un cobarde. Y no me atrevo a representar nada. Esta es mi naturaleza. Aquí nadie me controla. Soy libre. Esto no es Estado Islámico. Cualquier día puedo hacer las maletas y marchar donde quiera, como han hecho otros. ¿Qué? ¿Convenceremos a la gente de que Al Qaeda no es terrorismo?

En el fondo, Tarek es consciente de que el retorno a España, que ocasionalmente considera su país, será realmente difícil para alguien tildado de «terrorista», y que, además, representa una seria amenaza para la seguridad nacional. Por lo tanto, cuando habla de volver a empezar no se refiere a regresar a un país que considera habitado por *kufar*. Para él volver a empezar significa otro reinicio.

Tarek: Me ha hecho rabia que en mi país hayan hablado así de nosotros. Estoy harto de todo esto. Quiero volver a empezar como si hubiese entrado en Siria antes de ayer. Quiero romper con ese mundo y con este. Tengo que corregir lo que he hecho, desmentirlo, y después explicar por qué he venido. No he venido para dejar aquí mi huella. Quiero que me olviden. No he venido para que sepan y mucho menos para que digan todo esto de mí.

Unos meses después todavía insiste en el mal «moral» que le ha causado el contenido del artículo.

Tarek: No sé cómo he podido soportar lo del periódico. Pero si vuelve a suceder o sale publicado algo parecido, no creo que pueda soportarlo. Hay gente que sabe que era yo. No amenazo ni quiero llegar a esto. Los que lo han hecho creo que no los seguirán más por miedo. No quiero daros miedo. ¿Qué daño he hecho a España?

La aparición del reportaje cortó en seco cualquier posibilidad de realizar una entrevista ante la cámara por Skype o FaceTime, aunque él escondiese la identidad. Y, además, lo convenció de que no le permitiría mejorar su imagen. A pesar de este temor, no tuvo inconveniente en participar en un reportaje de autopromoción de Jabhat al-Nusra, aunque nunca he encontrado las imágenes.

Tarek: En Estado Islámico dicen que a Jabhat al-Nusra ya no vienen extranjeros y que todos los que quedan aquí son sirianos del Ejército Libre. Quieren darnos mala fama para que los extranjeros no vengán a Jabhat al-Nusra. ¿Qué te parece? Que Alá los guíe. Envidian mucho a Jabhat al-Nusra.

Tarek explica que todas las semanas hay un equipo de televisión en Jabhat al-Nusra que graba los combates en acción para alimentar los numerosos vídeos que forman parte de su campaña propagandística. Y me advierte —como si yo no fuese consciente de ello—: «Oye, esto es una guerra. Normalmente verás muertos». Añade que su lugar es allí:

Tarek: Con todo el respeto del mundo. Si todos hacen como yo y regresan a su casa, ¿qué será de los inocentes? Nosotros no somos los locos. Los que se quedan en casa de brazos cruzados, estos sí que están locos. Los hombres lo han empezado, y los hombres como yo debemos detenerlo. No me quedaré aquí para siempre. La vida es corta. Si todo el mundo escuchara a sus padres, sus hermanas y sus esposas, no habría nadie.

El afán de justicia, de salvador del mundo, hace que sobrevalore sus capacidades. Este es uno de los argumentos que emplean los reclutadores: sin ellos no se conseguiría reparar la injusticia ni lograr el bien en la Tierra.

La aparición del artículo tuvo otros efectos colaterales: «¿Sabes que mis amigos me sacaron de Facebook? Me lo contó uno de ellos. Me tienen miedo». Entonces, en este

momento, toma otra decisión: desactiva Facebook porque, dice, «no es de fiar. Es como ir desnudo», y ya no le importa perder el contacto con sus amistades.

Tarek: Es mejor que no se acuerden de mí. ¿Qué pensarán si me reconocen en el periódico? Si mañana dicen que Jabhat al-Nusra ha cometido un atentado en Europa o en Turquía, ¿qué dirán de mí? ¿Y mi gente? No controlo Jabhat al-Nusra, pero sé que les está permitido. Aquí estoy lejos de casa y de los amigos. El único amigo con quien hablo eres tú. Hay algo que me mueve a hablar contigo para olvidarme de que estoy lejos de mi pueblo. Me siento como si estuviese en España y al mismo tiempo con la libertad de aquí. He sido un refugiado toda la vida.

Considera la red social la causa de sus problemas y teme que lo identifiquen: «Ya sabes que la gente, cuando está animada, hace muchas animaladas». Pocos minutos después le digo: «Ya no existes». Los lazos con Tarek se van rompiendo de uno en uno. Él ha decidido que su regreso es imposible. Una vez cerrada su página de Facebook, la única vía de comunicación es WhatsApp.

«Alá nos ha escogido. Me caso»

El encuentro con Tarek, que había de tener lugar a pocos kilómetros de la frontera turcosiria, no se llega a producir nunca. Él temía una detención. Yo, un secuestro. Las conversaciones con Tarek han sido intermitentes y condicionadas por su estado emocional y anímico, por los momentos ascendentes y descendentes del grupo que defiende y por una guerra que nadie sabe ni cómo ni cuándo acabará. A pesar de la distancia física, pero también ideológica, que separa nuestros mundos, después de más de un año y medio de relación virtual, ha aceptado que escribiera sobre algunos fragmentos de su vida, aunque con ciertas condiciones. Por un lado, mantener el anonimato —él mismo ha escogido un seudónimo— y no revelar la ciudad de Cataluña donde ha nacido y ha vivido durante casi veinte años, y, por el otro, no ponerme en contacto con su familia, ni con los profesores ni los compañeros de estudios. Los contactos que tuve con algunos familiares y amigos se circunscriben al momento anterior de empezar las conversaciones.

Su temor principal es que la decisión de cumplir lo que él considera que es la yihad afecte a su familia y a su círculo más íntimo de amistades. Tampoco quiere que muchos de los que lo conocieron sepan el camino que ha tomado. No le gustó en absoluto que la prensa extrajese algunos comentarios públicos que había escrito en Facebook y lo calificara de combatiente de Dáesh.

Su balance en Siria tiene altos y bajos. Al parecer, las rivalidades entre los grupos sunitas han pasado factura a su estado anímico. En ciertos momentos todavía denota una aguda crisis de identidad.

Tarek: Los mismos problemas que tenía en España los tengo aquí. Allá los delincuentes magrebíes o árabes ensucian nuestra imagen, la de los musulmanes ciudadanos. Aquí Dáesh ensucia la imagen de los que estamos en este país. ¿Has visto los comentarios en la web del periódico que publicó eso sobre mí? Todos se quejaban porque dijeron que yo era español. Si fuese un auténtico español, no lo dirían. Sabes perfectamente que por mucho que quiera serlo, nunca lo seré. Solo puedo ser de al-Ándalus.

Tarek se refiere al territorio de la península Ibérica que conquistaron y mantuvieron los musulmanes entre los años 711 y 1492. Los grupos que operan en Siria e Irak se han adueñado de la reivindicación y consideran una prioridad reconquistarlo. En contraste con todo lo que preconiza y con la vida que ha dejado atrás, critica la forma de vida occidental: «Siempre me han dado pena las personas que veía todas las mañanas. Gente como tú en los trenes dirigiéndose al trabajo. ¿Qué hacéis con vuestras vidas? Siempre con prisas y con la cabeza a tope y estresada». Sin embargo, creo que lo que lamenta es no haber podido convencerme, porque afirma: «No he tenido suficiente sabiduría para hacértelo entender». En cierto modo, él pensaba que podría conseguir que experimentara el mismo proceso de radicalización. Es lo mismo que piensan todos los que han pasado antes por él. Y, lamentablemente, creo que, aunque parezca imposible desde fuera, este proceso es excesivamente sencillo y algunos consiguen completarlo en solo unas pocas semanas.

Tarek: Creo que, en tus condiciones, necesitas más ayuda que los sirianos. Me haces sufrir de verdad. Me entristeces. Estás tan lejos de la realidad... No creo que me convenga seguir hablando contigo. Debes de pensar que estoy loco. Espero que, si Alá quiere, algún día seas guiada y ayudes a guiar a los que más amas.

Son palabras de despedida que aceleraron el final de las conversaciones. Sin embargo, hubo dos puntos más de inflexión. El primero se produjo a principios de agosto del 2015. Es entonces cuando dice que está absolutamente decepcionado con el grupo y que ha abandonado Jabhat al-Nusra. Asegura que, con una docena de compañeros marroquíes y canadienses, han creado un nuevo grupo. Me quedo muy sorprendida. Todos los argumentos con los que defendía las virtudes de Jabhat al-Nusra se relativizan y reconoce su decepción. No profundiza en las argumentaciones, pero dice que «hay errores. Algunos responsables hacen lo que quieren. Así somos más libres y todo lo que hacemos es por Alá, no por dinero o en nombre del grupo».

El segundo punto de inflexión fue cuando se casó con una joven siriana. Estaba eufórico y no dejaba de repetir: «Alá nos ha escogido». Estaba satisfecho con su nuevo estado civil y la casa que estaba acondicionando para ambos. Yo le dije:

Periodista: ¿Y ahora no sufres por ella, con los bombardeos que hay en esa zona?

Tarek: Sí que sufro por ella. Pero me tranquiliza mucho saber que Alá nos protege a los dos.

Cuando reviso el medio millar de páginas que recogen las conversaciones y los textos que intercambiamos con Tarek, me doy cuenta de que, a pesar de mostrarse confiado y seguro de la «causa de Dios», cuando se puede tocar la realidad con la mano, todo puede cambiar. Desde el anuncio de la boda, no he vuelto a saber nada de él. El número de WhatsApp con el que nos comunicábamos ya no funciona y su Facebook continúa desconectado. No lo sé, tal vez ya esté muerto.

Las viudas de los mártires

El hermetismo con el que la mayoría de las viudas de los mártires españoles mantienen el duelo contrasta con la espontaneidad de Maryam, que me ha permitido que, durante tres días, en sesiones de cuatro horas, conversáramos abiertamente sobre su vida en el último año y medio. Ha aceptado que nos encontremos en una habitación de hotel.

Maryam, de treinta y cinco años, es una española conversa, aunque rápidamente me corrige y dice: «Los musulmanes no tenemos nacionalidad. No somos ni españoles, ni marroquíes, ni argelinos, sino que formamos parte de la *umma*». E insiste: «Me dicen que soy musulmana española convertida, y yo les digo: “¡No! Soy simplemente musulmana”».

Llega vestida con un *jilbab* azul, detrás de unas grandes gafas de sol, y escucha los cánticos llamados *nasheeds* con el *walkman*. Lleva un bolso cruzado, unas zapatillas de bailarina y un móvil que no para de sonar. A las doce en punto, del teléfono sale la voz de un muecín llamando a la plegaria del mediodía, aunque ella no detiene la conversación y asegura que rezará cuando llegue a casa.

Su marido, Talha, subía el 23 de mayo del 2014 a su viejo coche Renault familiar y recorría los más de cuatro mil kilómetros que separan España de Siria. Casi un año después, el 24 de junio del 2015, la suegra recibía una llamada desde Siria en la que se le comunicaba la muerte de Talha. De hecho, había muerto hacía semanas. Todo apunta a que su muerte se produjo el 2 de junio del 2015. Aquel día, sin embargo, ningún miembro de la *katiba* [«brigada»] de la que formaba parte Talha volvió del frente de Hasaka, una ciudad del extremo nordeste de Siria. La desaparición de toda la brigada enlenteció las identificaciones de los caídos en combate y las llamadas a los familiares.

Conocer el momento preciso y las circunstancias concretas de la muerte de sus maridos es una de las obsesiones de estas viudas, que, a menudo, ni tan siquiera saben si se han enterrado los cuerpos enteros siguiendo el rito musulmán. Algunas incluso desconocen si han perdido al esposo en el campo de batalla, en un bombardeo o en una acción de martirio contra el enemigo.

Unos meses antes de este encuentro, había conocido a la viuda de uno de los primeros mártires españoles que había cometido una «acción de martirio» o, paradójicamente, «una muerte heroica». El encuentro fue fugaz. Únicamente accedió a encontrarnos en el interior de su Audi 3 de color oscuro en una calle poco frecuentada de una ciudad autónoma. La mujer, madre de dos hijos, tenía un aspecto joven y frágil. Vestía un hiyab oscuro, un velo que le cubría el cabello y le llegaba al pecho, y una abaya, una especie de túnica larga que le llegaba casi a los pies, dejando al descubierto la cara y las manos. Su marido se había inmolado presuntamente en junio del 2012 en alguna población de Siria.

Después de este encuentro, de poco más de una hora, tuve claro que el viaje de su marido no respondía ni a razones económicas ni sociales, sino que había obedecido estrictamente a una motivación ideológica. Ella insistió en que su esposo había sido un gran mártir y, literalmente, un «padrazo», y lamentaba la reacción de la psicóloga de la Seguridad Social, que se deshizo de ella diciéndole que su duelo no era como el de las viudas «normales» por las circunstancias en las que había muerto su marido. La psicóloga, profesional homologada por la Administración, le dijo simplemente que no tenía recursos para ayudarla a superar el mal momento y la envió para casa.

Dejando de lado el debate que pueda generar la decisión de esos hombres, se ha establecido una especie de solidaridad emocional entre algunas viudas que viven en el Estado español. Aunque no se han visto nunca presencialmente, se dan apoyo a través de las redes sociales y mediante mensajes privados. Dicen, incluso, que lloran juntas a través del WhatsApp y del Messenger de Facebook. Son los canales que utilizan para establecer complicidades y compartir los sentimientos contradictorios que les suscita la acción de sus maridos. La mayoría han pasado por varias etapas que comprenden desde la repulsión a lo que han hecho sus esposos hasta la resignación y, en algunos momentos, la convicción de que actuaron tal como les exigía su fe, a pesar de que, mayoritariamente, no haya sido una decisión consensuada. Los maridos decidieron viajar

unilateralmente, sin tener en cuenta ni la opinión ni la voluntad de sus esposas, de sus padres o de sus hijos.

Esta es la historia que Maryam me ha contado. Prácticamente no ha impuesto ninguna condición para mantener estos encuentros, ni tampoco ha pedido detener la grabadora en ningún momento. Solo ha exigido mantener el anonimato y no revelar su lugar de residencia. Habla sin subterfugios y no rehúye manifestar lo que piensa y siente, ni tampoco lo que, paradójicamente, sueña.

Debo hacer hincapié en que los hechos que siguen se ciñen estrictamente al relato de Maryam y que, en el tramo final, he priorizado la entrevista sobre el ensayo para exponer literalmente su pensamiento.

«¡Estás loco! ¡Te matarán!»

La primera vez que Talha expresó el deseo de hacer lo que él entendía como la yihad fue en septiembre del 2000, coincidiendo con la Segunda Intifada de los territorios palestinos contra Israel.

Talha: Maryam, algún día tendré que ir, porque no es normal lo que están haciendo con los palestinos. No es justo.

Maryam: ¿Tú? ¡Estás loco! ¿Qué se te ha perdido, a ti, allí? ¡Te matarán!

Maryam asegura que no dio demasiada importancia a aquel comentario. En esa época, Talha llevaba un pendiente en la oreja izquierda. Él parecía el «cristiano», y ella, la «mora». Se habían conocido en una discoteca en 1999 y desde entonces ya no se habían separado. Seis meses más tarde, ella pronunciaba la *shahada*, la declaración de fe en un único Dios, de acuerdo con las enseñanzas de Mohamed. Su recitación se considera uno de los cinco pilares del islam según la concepción sunita. Al creyente que la pronuncia en voz alta y de forma sincera ante dos testimonios se lo puede considerar musulmán. Maryam especifica que ella decidió libremente su conversión y, para que no haya lugar a dudas, afirma: «No me enamoré ni de un moro ni de un musulmán, sino de un hombre». La pareja se casó en una ceremonia civil y, con el paso de los años, renovó su unión siguiendo el rito musulmán. Su vida era como la de cualquier otra pareja: iban al cine, a comer al restaurante, a la playa y de vacaciones. Los dos llevaban tejanos gastados y camisetas de tirantes. No vestían con corrección, aunque sí que evitaban comer carne de cerdo y él semanalmente rezaba en la mezquita.

Talha llegó al Estado español en 1998. Su primer trabajo fue recolectar limones y, con el tiempo, se fue profesionalizando en la construcción y obtuvo la categoría oficial de primer estucador. Durante varios años tuvo un negocio que, en ciertos momentos, les hizo ganar tres mil euros limpios al mes. Pronto tuvieron el primer hijo, Ismael, que ahora ya tiene trece años.

El 11 de septiembre del 2001, Talha y Maryam vieron en directo desde su casa los atentados que cometieron los terroristas suicidas de Al Qaeda en Estados Unidos. En aquel momento, a él le pareció bien el atentado ideado por Osama bin Laden en el que

murieron cerca de tres mil personas y seis mil más resultaron heridas. Maryam recuerda que Talha mostró simpatía por los suicidas, como muchos de sus compañeros musulmanes.

En cambio, tres años después, a raíz de los atentados del 11 de marzo del 2004 en Madrid, tanto ella como su marido participaron activamente en las protestas contra el ataque terrorista, junto a sus vecinos musulmanes y no creyentes que también salieron a la calle.

Talha no volvió a hablar sobre estos temas hasta principios del 2011, cuando estalló la guerra en Siria. Entonces dijo que se tenía que ir allí por *fisabilillah*, es decir, por la causa de Dios. Maryam, más preocupada, volvió a decirlo: «¿Tú? ¡Estás loco! ¿Qué pintas tú en Siria? ¡Te matarán!». En ese momento, Maryam ya vestía el *khimar*, un gran pañuelo que cubre las formas del pecho y la cintura y, a veces, llega hasta las rodillas. A pesar de que ella practicaba cada vez más la religión, no dio más importancia a aquellas palabras que, con el tiempo, se convertirían en premonitorias.

La transformación de su marido se había gestado unos años antes: el 2008 fue clave en su cambio de actitud ante la vida y las creencias religiosas. Ese año prometió realizar la *dawa*, la predicación del islam a los no musulmanes a través del proselitismo y la actividad social. El compromiso comportó abandonar los malos hábitos y los excesos mundanos e iniciar una etapa de la vida estrechamente ajustada a lo que dicta el Corán. Pidió perdón a Alá, acto conocido como *tabah*, y se ciñó a lo que consideraba que era un camino correcto. De hecho, en los años inmediatamente anteriores, su comportamiento había tocado fondo. Maryam lo denunció a mediados del 2006 por malos tratos. Ella admite que era violento por el alcohol y las sustancias estupefacientes que consumía, pero lo justifica afirmando que lo habían educado con mano dura. Como consecuencia de la violencia ejercida contra su esposa, Talha estuvo tres días en los calabozos de una comisaría y ella, en un piso de protección con su hijo mayor, el único que tenían en ese momento. Finalmente, él se arrepintió de su actitud y prometió cambiar. Ella retiró la denuncia y volvieron a vivir juntos. Maryam asegura que los malos tratos no volvieron a repetirse.

El cambio de actitud de Talha durante el 2008 fue acompañado de otro cambio de apariencia física. Se dejó crecer la barba espesa y el pelo, tiró los tejanos y la ropa ajustada y pasó a llevar ropa amplia. Ese año fue el primero de los cinco que Talha cumplió con uno de los pilares del islam: el peregrinaje a La Meca, en Arabia Saudí.

Durante cinco años se convirtió en el guía de los peregrinajes en la zona donde vivían: organizaba el itinerario, pactaba las condiciones y los precios con las agencias de viajes y acompañaba a los numerosos grupos de musulmanes de origen marroquí, pero también senegalés y pakistaní.

Esos años fueron de intensa actividad social, como se evidencia en los cargos que asumió dirigiendo algunas entidades musulmanas de la ciudad. Paralelamente, se convirtió en el interlocutor con las instituciones locales, se reunía con los políticos del momento y solicitaba y gestionaba las subvenciones en nombre de la comunidad. Su don de gentes, su amabilidad y su confianza lo ayudaban a liderar los intereses de la entidad. Mientras, Maryam también experimentó algunos cambios. Se vistió con una abaya y se puso un pequeño pañuelo para taparse el pelo. También se dejó de depilar las cejas. Ella asegura que en un hadiz se dice que Dios maldice a las mujeres que se las depilan, porque modifica el rostro que él les ha otorgado. Desde entonces solo se depila el labio superior y se pinta la raya de los ojos de negro, lo que le resalta la mirada. A la apariencia física se le añadió un cambio espiritual: ayuno los lunes y los jueves, plegaria diaria y lectura de libros en los que se detalla el comportamiento de la mujer musulmana. Durante estos años llegaron dos hijos: Salma y Talha, ahora de siete y tres años, respectivamente.

A finales del 2010, el matrimonio pasó por una fuerte crisis. Hasta el punto de que, en una enardecida discusión, él llegó a decirle una vez: «Estás divorciada». Siguiendo la religión musulmana, una pareja puede romper su matrimonio si uno de los dos repite tres veces consecutivas que desea el divorcio. Aquel día, Talha solo lo dijo una vez, pero juró por Alá que se casaría con otra mujer. Aunque regresó al domicilio familiar dos días después y retomó la relación con Maryam, dio voces en la mezquita para que le buscaran a una segunda mujer para casarse con ella. Y no fue la única. A finales del 2011, Talha tenía tres esposas: Maryam, con quien compartía tres hijos y que estaba casada legalmente con él, según el ordenamiento jurídico español; Aixa, con quien se casó siguiendo el rito musulmán y tuvo una niña, Nadia, y Karima, que tenía dos hijos de otro hombre y con quien se casó siguiendo la legislación marroquí, que permite haber contraído matrimonio en otro país.

Periodista: La pregunta es obligada. ¿Cómo te tomaste, Maryam, que tu marido tuviese otras mujeres?

Maryam: Él ya sabía que yo explotaría como una bomba atómica. Estuve muy muy enfadada durante días y semanas. Pero, al final, me dijo: «Tenemos tres hijos. Me divorciaré de la mujer de España. A la de Marruecos no puedo dejarla. Se le ha muerto el marido y es un deber musulmán cuidar de la viuda y de los huérfanos». Al final, acepté que tuviese una segunda esposa, porque, en aquel momento, ya leía más libros del islam y la religión lo permite. Me dolía que se dedicara más a aquella mujer y a sus hijos que a nosotros. En el verano del 2013, me instalé en casa de la suegra, en Marruecos, y, finalmente, conseguí que se divorciara de la otra.

Según Maryam ese verano fue decisivo: empezó a hablar del viaje que decenas de marroquíes habían realizado a Siria para cumplir con lo que consideraban que era la yihad. Un día de septiembre, Hassan —el socio con quien compraban y vendían mercancía entre España y Marruecos— no le envió el dinero para adquirir género, y Talha le dijo a Maryam: «Este se ha ido a Siria».

Maryam: ¿Cómo quieres que Hassan se vaya a Siria si tiene esposa y cuatro hijos?
¿Estás loco?

Talha: Te digo que se ha ido a Siria porque ya hace tiempo que la idea le ronda por la cabeza.

En ese momento, Hassan no viajó a Siria, pero a principios de octubre emprendió el viaje con su mujer, de origen marroquí, y sus cuatro hijos, nacidos en el Estado español, que tenían entre tres y doce años. En España dejó la segunda esposa, embarazada, que, además, ya tenía un bebé de pocos meses. También quería llevársela, pero ella se negó. De hecho, Hassan seguía los pasos de un primo suyo que frecuentaba la misma mezquita y que había decidido viajar a Siria hacía unos meses. Cuando Maryam lo supo, asegura que se llevó las manos a la cabeza. Dice literalmente: «Me quedé flipando».

El viaje de Hassan precipitó el fin del negocio de compra-venta y Talha empezó a trabajar en una empresa de un amigo como contable. De hecho, Talha había tenido una mínima formación académica. Había cursado hasta segundo de la licenciatura de Derecho en la Universidad de Rabat, pero había abandonado los estudios para probar

suerte en el litoral español. A pesar de ello, seguía teniendo facilidad para los números y le gustaba leer.

El viaje de su amigo Hassan hizo que en la mente de Talha empezara a madurar la idea de viajar a Siria, también con la familia. Desde finales de Navidad hasta el 23 de mayo, fecha en la que emprendió el viaje, estuvo insistiendo a Maryam para que lo aceptara: «Ven conmigo, ven conmigo. Cogemos a los niños y nos vamos. Ahora estamos bien. Vayamos juntos. No voy a luchar. Lo que quiero hacer es la hégira (migración). ¿Qué te ocurre? ¿Tienes miedo de no tener nevera ni horno? La mujer de Hassan tiene nevera, horno y una casa. Mira, mira qué casa...». Él le enseñaba las fotografías de un barrio acomodado supuestamente de alguna ciudad de Siria.

Los combatientes aseguran que, cuando se proclama un califato «legítimo», la obligación de los musulmanes es hacer lo que se conoce como la hégira, es decir, la emigración para repoblar aquel territorio y vivir según las leyes de la *sharía*. Maryam explica que, en aquel momento, no entendía aquella obligación y, todavía menos, cómo una mujer con cuatro niños podía ir a un país en guerra.

Maryam, cuando había conocido a Talha, se había convertido, pero había prestado poca atención a ese sexto *pilar* que los combatientes han convertido en una obligación: la emigración y la lucha desde un supuesto califato donde impere la *sharía* o ley islámica. Tanto algunos canales extranjeros de televisión como los contenidos de las redes sociales difundían continuamente esta necesidad que ella definía en aquel momento como «obsesiva». A pesar de su desinterés inicial, Talha insistía con vehemencia: «No hagas caso de lo que dicen por televisión. Todo es manipulación. Han dicho esto, pero mira qué han colgado desde Siria...». Mientras, Maryam pensaba: «Uf, a este hombre le han metido todas estas ideas en la cabeza y no sé cómo lo haré para sacárselas». Estaba abrumada y pensaba: «¿Será verdad que se va o solo pretende ponerme a prueba?». Entre los niños, el día a día y un sinfín de pequeños problemas, no quería darle importancia, intentaba relativizarlo y se negaba a creerlo. Pensaba que, del mismo modo que había llegado, se iría.

Sin embargo, en contra de lo que pensaba Maryam, Talha consolidó sus ideas durante los siete meses siguientes al viaje de Hassan. Tomaba como referentes a algunas figuras que han defendido lo que llamaban la yihad como Ibn Taymiyya y Muhammad ibn Abd al-Wahhab, y releía todo lo que habían escrito. Maryam no sabe de dónde sacaba los libros, pero asegura que llegaba todos los días a casa con un nuevo volumen. Él los leía

de arriba abajo e, inmediatamente, los analizaba y los contraponía con los contenidos que circulaban por la red. Por la noche se conectaba a Internet, al menos durante cuatro horas. Mientras ella miraba la televisión, él se conectaba a las redes, en las que compartía contenidos y se escribía mensajes con los que estaban luchando en Siria. Le decía, entusiasmado: «Mira, mira...». Y le enseñaba un montón de vídeos que justificaban el viaje familiar que pretendía que hicieran. «Un día incluso me dijo: “Maryam, algún día mi Renault familiar estará allí con la bandera de Estado Islámico”.» Ella dice que se reía de estas salidas y que a veces a medianoche se lo encontraba durmiendo sobre el ordenador.

Talha tenía un perfil en Facebook con su nombre, pero se lo cerraron porque ponía en él contenidos y era un nido de polémicas. Entonces se creó nuevos perfiles con identidades falsas, porque consideraba un deber combatir los contenidos que colgaban los musulmanes chiitas en la red. Maryam explica que, cuando leía algo que consideraba incorrecto, tomaba su libro y decía: «¡Trágate esta!», y el chiita le ponía otra cosa... y así iba haciendo. «Los fines de semana los dedicaba a matarse con la gente del Face. Yo reía porque veía que él se lo tomaba muy en serio, y le decía: “Que son la gente del Face, que dicen cosas que son mentira y si no es verdad, no es verdad”. Estaba muy obsesionado en contrastar y verificar todo lo que se decía.»

Maryam cree que su marido aceleró la decisión de viajar a Siria. Lo atribuye, sobre todo, al avance de Dáesh —que en aquellos momentos estaba consiguiendo importantes conquistas territoriales—, a la inminente proclamación del califato, que, a su vez, favoreció el desplazamiento de miles de musulmanes de todo el mundo para añadirse a la lucha y, sentenciamos, a un intenso deseo de estar allí y formar parte de ello.

La decisión está tomada

El 23 de mayo del 2014 marcaría la vida familiar de Maryam. Aquel día, que no tenía ninguna otra particularidad que el hecho de ser viernes, él ya había tomado la decisión. Maryam dejó los niños en la escuela, hizo algunos encargos y volvió a casa sobre las dos del mediodía. Él ya había llegado. Se duchó y se vistió la kandora con la que iba a la mezquita. Cuando Maryam regresó a las cinco de la tarde, después de haber ido a buscar a los niños a la escuela, volvió a encontrárselo en casa. Normalmente, Talha llegaba a las seis, pero aquella tarde no había vuelto al trabajo. Estaba sentado en el sofá con actitud seria, rígido, con una expresión que imponía.

Maryam: ¿Qué te pasa?

Talha: ¿Por qué no vienes a Siria?

Maryam: Ya volvemos otra vez con la misma tontería. ¡Que no! Si quieres irte, vete solo.

Según Maryam, había estado «siete meses con la misma tontería». Asegura que le había dicho: «Si quieres morir, vete a morir tú solo». «Se lo dije un día de aquellos en que no paraba de calentarme la cabeza y de decirme: “Ven conmigo”.» Pero ese viernes fue la última vez que se lo dijo. «No me había pasado por la cabeza que, en aquel momento, él se levantaría y se iría a la habitación a recoger su ropa», añade.

Talha: Ven a ayudarme a preparar la ropa.

Maryam: ¡Tú estás loco! Crees que encima voy a ayudarte a hacer las maletas, que no, que no, que estás loco...

Él empezó a preparar el equipaje con la ropa de invierno y de verano. La extendió sobre la cama de la habitación de matrimonio. Y, de pronto, Maryam lo escuchó llorando a lágrima viva. Ella estaba en el comedor, sentada en el sofá delante del televisor, y todavía recuerda que en aquel momento estaban dando *Dora, la exploradora*. Las lágrimas le caían por las mejillas y ella no sabía si al final él tendría el valor de marcharse o no. En su vida conyugal se habían peleado a menudo, pero él siempre acababa volviendo. Maryam afirma que no podía creerse que estuviera preparando las

maletas para realizar el viaje definitivo. Dejó todo el equipaje ante la puerta. El relato de Maryam continúa sin interrumpirse:

Vino a mi lado. Me abrazó y me dijo: «Ven conmigo». Y le dije: «¡Que no!». Una y otra vez. Después ya callé, no decía nada. Él empezó a recoger sus cosas y a bajarlas hasta el coche. Al cabo de un rato subió y me dio un abrazo muy fuerte, y me dijo: «No he rezado». Se fue a la habitación y empezó a rezar. Pero no lo oía rezar, sino solo su llanto. He visto a mi marido llorando otras veces, pero nunca lo había visto hacerlo con aquel sentimiento.

Después fue a despedirse de los compañeros de la mezquita, pero sin explicar sus intenciones a nadie.

Eran las diez y media de la noche cuando regresó. Los niños dormían. Pensaba: «No lo tiene claro». Pero, de pronto, me dijo: «Ya estoy. No vienes, ¿verdad?». Su obsesión era que viajara con él hasta el último momento. Ya no me salían las palabras, solo lágrimas, y me dijo: «Va, dame un beso».

El dolor que siento ahora, que me ha quedado profundo como una roca clavada, es que no le di ni siquiera un beso. ¿Cómo podía dejarme sola con nuestros tres hijos y aún tener ganas de darle un beso? El corazón me decía que volvería, que no tendría el valor de iniciar el camino y no mirar atrás. Le dije que me dejara, que no tenía fuerzas en aquel momento ni para dormir con él, ni para darle un beso, y aquello fue el detonante para que se levantara, recogiese la chaqueta, las llaves y se marchara. En el umbral, todavía me dijo: «No existe más fuerza ni poder que el de Alá», y añadió: «Te dejo en manos de Alá, que con Alá nunca se pierde nada». Me dio un beso en la frente y salió por la puerta.

Al día siguiente, Talha llamó desde un número de teléfono español. Maryam, que afirma ser muy orgullosa, pensó que estaba cerca de casa. Tenía sentimientos muy contradictorios: «¿Era un gamberro o un héroe? Me estaba dejando tirada con tres hijos. ¿Qué marido te deja tirada sin saber cómo vivirás ni si podrás salir adelante con los niños? Yo no me veía con un pequeño de tres años, que era la edad de mi hijo menor, en Siria; ni tampoco con la niña y el hijo mayor».

Talha: *Salam walaikum*.

Maryam: *Walaikum salam.*

Talha: ¿Cómo estás? ¿Y los niños?

Maryam: Bien, gracias a Dios. ¿Y tú? ¿Dónde estás?

Talha: Ya estoy saliendo de Francia.

Maryam: No hay marcha atrás, ¿verdad?

Talha: Solo Alá lo sabe.

Era el 24 de mayo del 2014. Por aquel entonces, Maryam tenía un grupo de WhatsApp con una veintena de chicas en el que discutían sobre el islam. Con la mayoría de ellas no se habían visto nunca y solo se conocían a través del teléfono. Ni tan siquiera sabían los nombres ni desde dónde se conectaban. Con el tiempo fue ampliando sus conocimientos a todo tipo de redes sociales: Facebook, Twitter, Instagram, Telegram, Line o Tango.

«Me cerraban algunos perfiles —al menos cinco en Facebook y dos en Instagram—, y yo volvía a abrirlos con otros nombres. Quería saberlo todo, tenía la ilusión de conocer dónde había ido mi marido y si veía alguna posibilidad de añadirme a esa causa. Conocí a mucha gente que me hablaba de Estado Islámico. Siempre que salían a colación las vacaciones, nos referíamos a ir a hacer la yihad. Con el tiempo me di cuenta de que Talha tenía razón. Ya sabía que mi marido iba por el camino correcto. Había hecho el *fisabilillah* [«por la causa de Dios»], porque este es el camino correcto.»

Mientras tanto, Talha consiguió que su Renault, que ya tenía diez años, llegara entero a Turquía. El viaje de los cuatro mil kilómetros que separan el Estado español de Turquía le costó los ochocientos euros que llevaba para gastar en gasolina, peajes y comida. Todos los días se ponía en contacto con la familia, bien a través de llamadas telefónicas o bien por Messenger, hasta que, el fin de semana, le dijo que ya había llegado a Turquía.

Talha esperaba el momento en que su contacto debía ir a recogerlo para cruzar la frontera.

Maryam: ¿Por qué no vuelves?

Talha: He estado pensando mucho si debía volver o no. Te añoro mucho, a ti y a los niños. Si me envías dinero, volveré. Mañana te escribiré en el Messenger y te diré dónde debes enviar el dinero.

Maryam se dio cuenta de que tenía el corazón en un puño porque sabía que en pocas horas entraría en Siria y se sentía atrapado entre regresar o seguir adelante sin mirar atrás. Llamó a su suegra, a su madre, a los amigos más cercanos, para reunir el dinero y pagar el viaje de vuelta de Talha. Pero cuando ya casi lo tenía todo a punto, recibió un mensaje de texto de su marido: «Gracias a Dios, he podido entrar. Todo está bien. Estaré un mes desconectado. Cuídate y cuida de los niños. Intentaré volver a conectarme lo antes posible. No te preocupes». Fue un golpe muy duro. Maryam pasó de la esperanza de recuperarlo a perderlo definitivamente. Ya había entrado en Siria. Formaba parte de un grupo considerado terrorista, y esto significaba que no había marcha atrás.

Talha: Buscaré trabajo y te traeré aquí con los niños.

Maryam: ¿Trabajo? ¿Qué trabajo quieres encontrar en una guerra?

Él no contestó. El mensaje ni tan siquiera le llegó, porque ya había cruzado la frontera.

En el país de los *kufar* [«infieles»]

Mientras Talha empezó las tres semanas de entrenamiento desconectado del mundo exterior, Maryam tuvo que buscarse la vida para poder sobrevivir con los trescientos euros que él le había dejado. La casa familiar estaba a punto de ser embargada por una entidad bancaria y la única previsión de ingresos eran los quinientos ochenta euros de subvención del Gobierno que cobraba por los niños. Eran dos pagos al año: uno, en junio, y el otro, en enero. Por lo tanto, tendría que estirar los trescientos euros dos meses más.

Durante aquellas semanas nadie llamó a su casa. El jefe de la oficina donde trabajaba Talha no quiso saber nada de su situación, temiendo que la policía pensara que él había financiado el viaje.

«Se lavó las manos, como muchos otros», dice Maryam. Talha se había imaginado que la gente se sentiría orgullosa de su decisión, y que tanto desde la mezquita como desde la entidad de la comunidad se ayudaría a su familia. Sin embargo, la realidad fue muy distinta.

Cuando la comunidad musulmana de la población donde vivía se enteró de que Talha estaba en Siria, Maryam asegura que la miraban de reojo los mismos amigos a los que su marido, dice, había ayudado tantas veces. Entonces decidió que a partir de aquel momento vestiría una ropa más de acuerdo con la interpretación estricta del Corán que hacía su marido: «Me sentía una mujer feliz con mi *jilbab*».

Maryam tiene el título de auxiliar de enfermería, aunque nunca ha ejercido. Es consciente, dice, de que con el *jilbab* no encontrará trabajo. Por eso admite que tiene decidido quitárselo para trabajar si en la vida privada puede seguir llevándolo cuando quiera. A pesar de ello, sabe que las madres del colegio murmuran cuando ella pasa por su lado. Antes vestía muy moderna, llevaba el pelo teñido, extensiones de colores y ropa ajustada. Ahora va tapada de la cabeza a los pies. Sin embargo, lo que más le preocupa es la economía doméstica.

Desde que el marido se fue a Siria, estira los trescientos euros como puede. Recibe cien euros mensuales de un amigo de Talha, cincuenta euros que su madre separa de la paga de viudedad y algunas pequeñas cantidades que la suegra le hace llegar cuando puede. Uno de los gastos fijos son los diez euros que utiliza para tener tarifa de Internet

en el móvil y estar conectada permanentemente a las redes sociales. El resto es para la comida. Los niños comen en el comedor de la escuela, aunque, por cuestiones de burocracia, de momento, no se les ha otorgado la beca. Ella va una vez al mes a la iglesia evangelista, donde le dan un kilo de arroz, un paquete de garbanzos, una lata de tomate frito, leche y pasta. Como cada vez le cuesta más estirar los ciento cincuenta euros, ha pensado trasladarse al domicilio de su madre. Sin embargo, cree que con treinta y cinco años y siendo una familia musulmana no puede ir a vivir a una «casa cristiana con crucifijos y santos». Dice que ella no estaría cómoda, y su madre tampoco.

Maryam: No puedo estar donde hay alcohol y jamón. Ni quiero que mis hijos crezcan en ese entorno. Por ejemplo, no saben qué es un chorizo. En cambio, sí que saben qué es un jamón y que es *haram* [«prohibido»].

Tres semanas después de haber entrado en Siria, Talha se puso en contacto con Maryam. Ella recuerda que se oía de fondo el murmullo de la gente que cantaba el *Ghuraba*, uno de los himnos que Dáesh se ha apropiado, mientras él intentaba hacerse entender. Afirma que lo notó exultante.

Talha: ¿Me has echado de menos? Te quiero, Maryam. ¿Vendrás?

Maryam: Solo Alá lo sabe.

Talha: ¡Piénsalo! Y reza para que Dios te envíe la señal y sepas qué debes hacer.

Desde que él entró en Siria, la oposición frontal de Maryam a esa decisión se iba matizando. A pesar de la situación personal y económica en que la había dejado, parecía que ahora ya perdonaba a su marido lo que había decidido de manera unilateral.

A los pocos días, Maryam afirma: «Hice un clic. Mi cabeza cambió de la noche a la mañana. Le dije a mi suegra: “Me voy”. Y ella me dijo: “¿Qué dices? ¿Qué quieres hacer?”. Yo le contesté: “He rezado y me he dado cuenta de que debo estar donde está el camino de mi marido. Él ha encontrado su camino y yo debo seguirlo porque es el camino correcto. Mi esposo es justo. Cuando algo no está bien, lo dice, sin tener en cuenta las consecuencias. Además, él no lo dejaría todo por algo que no estuviese bien”».

Maryam compartió su decisión con su marido.

Maryam: Vengo. Cojo a los niños y me planto en Siria.

Talha: ¡Gracias a Dios! Ahora mismo te envío a un hombre para que te lleve los billetes.

Maryam: No puedo venir tan deprisa porque el pequeño tiene el pasaporte caducado.

Talha: ¡Pues se lo renuevas y te vienes!

Al día siguiente, los suegros, que vivían en Marruecos, recibieron la llamada de un hombre que no conocían y que citó al padre de Talha en la puerta de la mezquita. Ese desconocido les llevaba mil doscientos euros para financiar el viaje de Maryam y los tres hijos. Se despidió con un «Nos volveremos a ver *insha'allah* [«si Dios quiere»]». Aquel hombre no sabía nada de la vida de Talha en Siria, ni tan siquiera se conocían. Únicamente era un intermediario que hacía llegar el dinero a la familia. Talha o alguien de la organización de la que formaba parte todavía harían dos envíos más durante su estancia en Siria. La última vez que recibieron dinero fue un envío de quinientos euros a través de una de esas empresas que se dedican a enviar dinero por todo el mundo. En esa ocasión, también llamaron a casa de los suegros, y una voz de hombre que mezclaba el árabe y el francés les dio el código para que pudiesen recoger el dinero. El remitente era un apellido árabe que realizaba el envío desde París.

A pesar del peligro y del riesgo que suponía para su integridad física y la de sus hijos, Maryam estaba dispuesta a viajar a Siria en medio de una guerra, con bombardeos indiscriminados sobre la población civil y numerosas razias que llevaban a cabo grupos descontrolados. Lo que había pensado inicialmente sobre la actitud de su marido —que estaba loco por embarcarse en un país en guerra— ahora lo había relativizado y solo pensaba en el momento de volver a verlo. Sus planes, sin embargo, se torcieron. La renovación del pasaporte del hijo pequeño le supuso más contratiempos de los que se había imaginado. En junio del 2014 se había promulgado una ley según la cual la renovación de la documentación de un menor exigía la autorización del padre y de la madre. Esta ley pretendía evitar la sustracción de los hijos pequeños del país por parte de uno de los progenitores. En aquel momento, una entidad bancaria ya se había apropiado del domicilio familiar, y Maryam había decidido viajar a Marruecos para pasar una temporada con los suegros. El 25 de agosto viajó a Ceuta para renovar la documentación con el pretexto de que el padre de sus hijos trabajaba en el extranjero. Ella, sin embargo, desconocía el nuevo procedimiento. La legislación española señalaba que el padre tenía

que enviar desde el fax de una comisaría del Cuerpo Nacional de Policía su autorización a su homóloga de Ceuta, o bien un poder notarial en el que diese permiso para tramitar el pasaporte.

Maryam fue a la comisaría de Ceuta con los pasaportes de los niños para renovarlos. Cuando el funcionario empezó a introducir su nombre en el ordenador, se oyó un pip, pip, pip, pip, pip, pip, pip. A continuación, el funcionario introdujo el nombre de los niños, y el sonido se volvió insoportable. Inmediatamente, el comisario salió del despacho, y con cuatro o cinco funcionarios más, intentaron esclarecer qué ocurría. A Maryam, mientras, le iban subiendo los colores. Finalmente, el comisario se la quedó mirando unos segundos y le dijo: «Usted sabrá qué ha hecho, pero hay una orden de la Audiencia Nacional que dice que, tan pronto como usted pise una comisaría para renovar los pasaportes, se requise toda la documentación de sus hijos».

Al conocer los impedimentos legales para conseguir la renovación de los pasaportes, Talha le dijo a Maryam: «Denúnciame por abandono del hogar. Haz lo que debas hacer, aunque el islam no permita denunciar en un país que no sea musulmán». Maryam no se lo pensó dos veces y denunció la desaparición de su marido, pero, de momento, no ha conseguido ni la custodia de los hijos ni tampoco el divorcio. Aunque ella mantiene la libertad de movimientos, a sus hijos se les ha retirado el pasaporte. En el juicio para pedir la custodia de los niños, le notificaron que su marido tenía una orden de búsqueda y captura internacional por integración en una organización terrorista.

Durante el primer año en que Talha estuvo en Siria, Maryam hizo todo lo que estuvo en sus manos para conseguir renovar la documentación, pero sin éxito. La retirada de los pasaportes de los niños se alargaría hasta no sabía cuándo. Él le respondió: «No hay más fuerza ni poder que Alá, y si así está escrito, así será». En aquel momento, ella ya notó que estaba apagado cuando le dijo: «Cuida de los niños, lucha por sus derechos e instálate en Marruecos. Siempre estarás mejor allí, porque recibirán una educación musulmana y podrán vivir y vestir según los preceptos del Corán».

El 26 de mayo del 2015 sería la última vez que hablarían.

Talha: No estés triste, porque en el momento en que menos te lo esperes, estaré contigo.

Maryam: ¿Cómo? Si a la que intentes pasar la frontera turca te detendrán.

Talha: No he matado a nadie. Solo te digo que el día en que menos te lo esperes, me reuniré contigo. Tú no sufras.

Talha murió el 2 de junio, justo quince días antes del Ramadán. La familia lo supo mucho más tarde, entre el 23 y el 24 de junio. La suegra recibió la llamada de un hombre que hablaba en árabe y que le dijo: «Que Dios tenga en su misericordia el alma de tu hijo, que ya está en el paraíso. Mucha paciencia para ti, para su mujer y para sus hijos».

Aquel día de la llamada, Maryam estaba contenta, haciendo magdalenas, confiando en que tal vez su marido regresaría. Únicamente recordaba que él le había dicho que en el momento menos pensado se reuniría con ella. No hablaban desde hacía quince días por culpa de los problemas de conexión en la red; una oleada de bombardeos afectaba violentamente a la zona donde Talha combatía. Maryam explica el relato de aquella tarde con algunas lagunas. Recuerda que estaba en la cocina y que cayó desplomada al suelo. Tardó un rato en volver a incorporarse y en hacer de tripas corazón para sus hijos.

Entonces removió cielo y tierra y no paró hasta tener una segunda confirmación de la muerte de Talha. La necesitaba para no alimentar falsas esperanzas. La consiguió el 12 de octubre. Durante semanas se sumergió en las redes sociales buscando a algún combatiente o a alguna esposa que le diese un pequeño indicio, una pista, de lo que había sucedido, y si, realmente, Talha había podido morir en aquel combate en Hasaka. Finalmente, conoció por Facebook a un chico marroquí del mismo pueblo que su marido que estaba combatiendo con Dáesh en una zona cercana al frente de Kasaba.

De hecho, se habían cumplido cuatro meses y diez días de duelo. Durante ese tiempo casi no había salido de su casa, no se había puesto joyas ni se había maquillado, tal como prescribe la ley musulmana. Transcurrido este período, colgó una foto en su perfil de Facebook: con unas alianzas y la bandera de Dáesh de fondo. El chico aceptó la amistad a través de la red social. Hablaba español, pero solo escribía en árabe, y con pocas palabras le confirmó la muerte de su marido en la tarde del 2 de junio. También le ratificó las circunstancias de la muerte, provocada, probablemente, por las bombas de los ataques de los aviones de Bashar al-Ásad.

Ahora ya podía despedirse completamente y para siempre de Talha. La familia de Marruecos lo había hecho así que había recibido la llamada de Siria. La suegra había decidido preparar un funeral, invitar a los miembros de la familia —algunos incluso ignoraban que Talha estuviese en Siria desde hacía un año— y mantener los tres días

preceptivos de duelo. Todavía recibieron otra llamada de Siria pidiendo permiso para repartir la ropa y los objetos de valor de Talha entre los compañeros. Nadie mencionó el Renault ni tampoco ninguna gratificación económica para compensar a la viuda y a los hijos. No recibieron nunca más ni un céntimo.

Los últimos días en Siria

Ahora bien, ¿a qué se dedicó Talha durante los trece meses en los que vivió en Siria? Maryam asegura que cuando su marido se «graduó» —llama así a su paso por el entrenamiento—, ella entendió su decisión de viajar a Siria y, en pocos días, aceptó llevarse a los niños e ir con él.

Cuando finalizó la etapa de preparación física y militar, Talha pudo llamar a su mujer. Ese día lo notó «contento» y «efusivo». Lo habían nombrado policía militar de Dáesh. Su función era vigilar que la población cumpliera con las leyes islámicas que establece la *sharía* según la estricta interpretación del Corán que propugna este grupo: tiendas cerradas a la hora de la plegaria, apariencia física de los hombres con barba larga y espesa, vestimenta adecuada en las mujeres. Maryam afirma que su marido «estaba feliz», su voz «no era la de una persona oprimida, aunque también dejaba entrever tristeza porque no estábamos con él. Me hablaba y yo oía al fondo el himno de Dáesh, y me decía: “Mira, mira la canción que tienes en el móvil. ¿La recuerdas? Estamos cantando *nasheeds*”. Estaba feliz».

Maryam ha interiorizado que la vida de su marido en Dáesh fue feliz porque él no expresó nunca ninguna duda. La verdad es que tampoco podía hacerlo. Los que deciden dar el paso saben que no hay viaje de retorno, que difícilmente podrán regresar a su país de origen, donde los consideran terroristas y, por lo tanto, representan una amenaza para la seguridad nacional. Además, Talha deseaba que su mujer y sus hijos lo siguieran, lo que significa que la realidad que tenía que mostrar pasaba forzosamente por un retrato feliz de la vida en el califato.

Todo esto lo estoy pensando cuando Maryam insiste en mostrarme unas cuantas imágenes de Al Raqa, la capital de Dáesh. Las fotografías con el logotipo de la organización muestran un parque de atracciones con el barco pirata en movimiento en el centro, niños tomando helados, hombres riendo en una cafetería y mercados rebosantes de comida. Detengo un momento la conversación y le digo:

Periodista: ¿No te parece extraño que en Al Raqa haya un parque de atracciones que funcione de noche en un momento en que los aviones sobrevuelan la zona para bombardearla?

Maryam: La verdad, no creo que puedan manipularlo tanto. De hecho, ellos también te muestran el momento del combate, la destrucción de las ciudades y los bombardeos.

Me percaté de que no se lo cuestiona y de que tiene más credibilidad lo que le ha explicado su marido y lo que ha localizado en las redes sociales que lo que pueda sugerirle el sentido común. Asegura que los diecisiete años de matrimonio le permiten determinar si él estaba fingiendo. Como Talha nunca le habló mal de lo que veía y sentía en Siria, ni tampoco de las personas que conoció allí, mantiene el deseo ferviente de viajar allá y vivir lo que ella denomina «la verdadera *umma*».

Hablamos de los actos suicidas de algunos españoles en Siria y en Irak, aunque ella me rectifica y los denomina «acciones de martirio».

Periodista: ¿Qué opinión tienes de los que se han inmolado?

Maryam: Si mi marido lo hubiera hecho porque con esa acción acababa con gente que hace daño al islam y maltrata la sunna, me habría parecido bien. Es por la causa de Alá.

A través de los pocos datos que Talha facilitaba sobre su posición geográfica en Siria, Maryam afirma que vivió y combatió sobre todo en la zona norte del país. Fue en ese punto donde abandonó sus ocupaciones como policía militar para asumir responsabilidades al frente de un centro penitenciario. Una vez más, sorprende la manera que Talha tenía de calificar su trabajo. Decía que el edificio estaba limpio y que no se producían demasiados altercados porque tenían pocos internos y a los que había se los acusaba únicamente de cargos menores. Durante esos meses, en las fotografías enviadas por Talha, a él siempre se lo veía sonriente. Aunque Maryam pronto se dio cuenta de que la funda de una muela le había caído y que su semblante mostraba el cansancio. Al cabo de pocos meses lo destinaron a una zona de combate con poca cobertura telefónica y, por lo tanto, las comunicaciones empezaron a ser más restringidas. Solo podían hablar dos veces por semana. Maryam lo atribuye a que Talha tuvo un enfrentamiento con un cargo superior y que, como era una persona muy justa, decía las cosas tal como las veía, aunque eso pudiera comprometerlo y, a la larga, perjudicarlo. Según lo que Talha le explicó, lo destinaron como responsable de suministros, aunque Maryam ignora de qué

suministros se trataba. Ella asegura que la intención de su marido no era luchar, pero admite que, en un momento dado, todos los combatientes deben ir a primera línea.

Maryam ha aceptado con resignación el destino de su marido. Según las leyes del islam, todo lo que ocurre está escrito. Por lo tanto, está dictado por Dios y no se puede contradecir. A pesar de esta resignación, ha decidido mantener oculta la muerte del padre a los hijos pequeños. Lo justifica por la edad, pero también porque todavía no se siente con suficiente energía para contestar preguntas. Sin embargo, no ha podido eludir las preguntas de Ismael. Ahora tiene trece años. Es consciente del viaje de su padre, aunque no entiende la decisión y está terriblemente enfadado porque ha muerto.

Cuando Ismael vio a su padre en una fotografía con el Kaláshnikov, le dijo a su madre: «Papá está loco». Un comentario que la madre atribuye al hecho de que está muy occidentalizado. «Él no ha conocido a su padre así, sino yendo al cine o a la mezquita o jugando con la PlayStation. Siempre estaban juntos, aunque también le había pegado más de una vez. De hecho, Ismael no ha querido aprender el Corán, aunque se sabe la mitad.» La visión de Maryam respecto al adolescente es opuesta y me temo que la lectura que pueda hacer a la larga también sea sesgada. Los diálogos entre la madre y el hijo pueden suscitar un largo debate:

Maryam: Tu padre no ha hecho nada, no ha venido y ha puesto una bomba, no lo has visto con una cabeza cortada en la mano. Tú conocías a tu padre y sabes cómo era.

Ismael: Pero los de Estado Islámico han quemado a un piloto en Jordania. Y este piloto tenía una madre. ¿Por qué lo han hecho?

Maryam: ¿Y tú te has parado a pensar en los musulmanes que ha matado con las bombas que ha tirado desde su avión?

Maryam le enseña imágenes de bebés difuntos amontonados en una sala de un hospital siriano y algunas de las atrocidades del dictador que se han difundido ampliamente a través de las redes sociales, como las conocidas imágenes en las que el régimen presuntamente gaseó a la población civil. La ONU certificó que se habían utilizado armas químicas, pero no apuntó hacia ningún responsable, amparándose en que no tenía el mandato de hacerlo. A continuación, admite que Ismael no irá nunca a lo que ellos denominan la yihad, que no llegará a tener jamás la fe de su padre, porque tiene otro carácter. A pesar de ello, inmediatamente añade que se le ha de hacer entender que su

padre no es un asesino y que no ha hecho nada malo, sino que siempre ha seguido la dirección correcta. Pasan unos minutos y añade: «Poco a poco lo va aceptando». Maryam admite, sin embargo, que el niño ha tenido algunas peleas en el colegio. Ella asegura que explicará que el padre del niño ha muerto, pero que en ningún caso se referirá a las circunstancias de su muerte. «No colgaré una pancarta para explicar cómo ha muerto.»

La niña de cinco años todavía es muy pequeña, pero ya está notando algunos efectos colaterales. Los compañeros de la escuela la llaman «la pequeña terrorista», a pesar de no conocer ningún detalle de la vida del padre. Lo dicen porque la niña llega a la escuela acompañada de su madre, que viste el *jilbab* (es decir, va tapada de la cabeza a los pies, mostrando únicamente la forma oval de la cara). Salma se presenta a sus compañeros de clase como una pequeña española musulmana y algunos niños se refieren a ella como «la mora», porque han relacionado la forma de vestir de la madre con la cultura marroquí, y eso que la pequeña tiene el cabello rubio y rizado. Pregunto a Maryam si los conflictos de su hija en la escuela no le hacen replantearse su forma de vestir, pero me contesta con contundencia: «No cambiaré mi ropa por cuatro analfabetos que no tienen ni idea de nada y que creen que todos somos terroristas».

Bajo la sombra de la policía

Mientras que la policía de Marruecos interrogó a la familia después de la celebración del funeral de Talha, en España, Maryam no ha recibido nunca la visita de los cuerpos policiales. Ahora bien, algunos de los musulmanes que rezan en la mezquita y que son confidentes de la policía le han hecho llegar un mensaje claro. La policía española no va a permitirle dar ningún paso con los niños. Si lo intenta, perderá la custodia de sus hijos, que ingresarán en un centro de menores, y ella acabará detenida en una prisión española acusada de querer integrarse a una organización terrorista. Maryam se resigna, pero añade con cierta ironía: «Bueno, algún día se olvidarán de mí. O eso creo».

Maryam admite que la comunidad musulmana del pueblo donde vive la deja de lado, pero lo atribuye al hecho de que la gente teme hablar con ella. En general, dice, simplemente, «los otros musulmanes tienen miedo de hablar conmigo. Creen que si me dirigen la palabra, los confidentes alertarán a la policía de alguna vinculación imaginaria». Cuando lleva a los niños a las clases del Corán que se imparten en la mezquita, afirma que le rehúyen la mirada y bajan la cabeza. De hecho, desde que se conoció la muerte de su marido, casi nadie le ha dado el pésame. A pesar de las circunstancias excepcionales en las que Talha ha muerto, Maryam lo lamenta y se justifica: «Es que soy humana. No se ha de mirar cómo ha muerto, sino que ha dejado huérfanos y una viuda, y que yo soy la víctima. No podrían hacerme más daño. Yo soy quien se ha quedado sola con tres niños, y sin un duro. Decir un “lo lamento” no te compromete a nada. ¡Por favor, no puedo contagiar el gen terrorista!».

De hecho, Maryam admite que su marido conversaba habitualmente con los servicios secretos de algún cuerpo policial, aunque no sabe de cuál. Dice que a veces iban a buscarlo para ir a tomar un café y hablar de Hassan, el amigo que meses atrás había viajado a Siria con la familia. Supongo que ahora deben maldecirse por no haberlo detenido en la frontera.

La vida de Maryam, ahora

Durante el tercer encuentro, Maryam me enseña algunas de las cinco mil fotografías que tiene grabadas en la memoria del móvil. Me explica que al menos el 70 % están vinculadas a Dáesh. Y, a continuación, toma con sumo cuidado el monedero donde tiene guardadas siete fotografías de tamaño carnet de su marido en diferentes momentos de la vida. Las imágenes muestran la evolución física de Talha: un adolescente de trece años con acné en la cara, un joven guapetón de veinte años, un novio flamante, y un hombre de treinta y cinco años con barba y mirada confiada antes de viajar a la Siria. Al lado guarda celosamente las imágenes que él le envió desde Siria con el uniforme y el arma de combate. Ha elaborado una especie de *collage* entre estas fotos y las de ella, y aparecen en medio de un corazón rojo. Se las mira con nostalgia. Se detiene en la última y comenta que Talha parece como si hubiera envejecido diez años. Aunque el hombre sonríe, ella repite, con la mirada perdida, que en esta imagen ya le faltaba la funda de uno de los dientes. Su aspecto, sin embargo, también ha experimentado otros cambios: ha perdido parte del cabello, tiene muchas más arrugas y los pelos de la barba son blancos. En la cara quemada por el sol se notan los meses de guerra, y ella misma admite que la guerra lo envejeció.

Periodista: Verlo tan deteriorado físicamente, ¿no te lleva a pensar que la realidad allí es muy dura?

Maryam: Ya sé que es una guerra, pero, aun así, quiero ir y que mis hijos vivan allí.

Periodista: ¿Por qué?

Maryam: Es el único camino. Ahora mismo los territorios en los que gobierna Estado Islámico son las únicas zonas donde se aplica la *sharía* estrictamente. No se puede vivir con los *kufar* [«infieles»]. Marruecos, Argelia o Arabia Saudí no son países islámicos.

Periodista: ¿Qué significa para ti ser una persona radicalizada?

Maryam: No creo que haya personas radicalizadas. Cada uno está concentrado en su lucha. A una persona que lucha más que otra siempre la llamarán «radical». Creo que todas las causas son lícitas, y si estás luchando por una cosa que crees que es lícita, ¿por qué te has de llamar «radical»?

Periodista: ¿Tú crees que estás radicalizada?

Maryam: No es radicalización, sino que cada vez más la gente abre los ojos ante la verdad. Muchos musulmanes que estaban adormecidos viviendo en Europa una vida de Europa se dan cuenta de que esa no es la vida de un musulmán. Se dan cuenta de que Alá dice qué se ha de hacer. Si los hermanos musulmanes te están pidiendo ayuda, debes ir a ayudarlos.

Periodista: Deja que insista en ello. En el momento en que tu marido viajó a Siria, ¿crees que se convirtió en un radical?

Maryam: No, no veo que los de Dáesh sean radicales.

Periodista: Pero van hasta el final con la violencia, ¿no te parece?

Maryam: No van hasta el final con la violencia. Es ojo por ojo, diente por diente. Según lo que haces, recibes tu castigo.

Periodista: Cuando ves esos vídeos en los que miembros de Al Qaeda o de Dáesh decapitan y queman a personas, ¿qué piensas? ¿No crees que eso es deshumanizar al ser humano?

Maryam: Prefiero que les corten la cabeza y después entierren el cuerpo junto con la cabeza. Estado Islámico no los dejaría allí, a diferencia de los soldados de Bashar al-Ásad, que no tienen manías. Por ejemplo, es verdad que decapitan, pero existe una aleya del Corán que dice: «Atacadlos del mismo modo en que ellos os han atacado». Por lo tanto, si tú vienes, me tiras una bomba y quemas a mis hijos, yo te haré lo mismo. Se trata de la ley del ojo por ojo, diente por diente.

Periodista: Pero ¿crees que la violencia puede justificarse?

Maryam: Sí. Los de Estado Islámico cortan cabezas, pero lo hacen porque la gente ha hecho alguna cosa. Antes de cada ejecución, los de Estado Islámico graban un vídeo en el que explican los motivos. Si una persona es culpable, merece morir. A mí, la cadena perpetua no me sirve de nada.

Periodista: ¿Tu marido es un referente en la comunidad?

Maryam: Sí que lo es, pero la gente tiene miedo de expresarlo.

Periodista: Si crees que tu marido es un héroe, ¿tus hijos también lo creerán?

Maryam: De eso se trata. Esa es mi función.

Periodista: ¿No tienes miedo de que, cuando tus hijos crezcan, quieran ir a luchar?

Maryam: Alá te otorga a los hijos como un regalo que has de cuidar como si fuesen tus ojos, pero no lo son. Es como si te dijera: «Te los dejo para que los cuides como

si fueran tuyos, pero no te pertenecen». Si los hijos deciden hacer la yihad, únicamente puedo decirles: «¡Adelante!».

Periodista: Eres muy rotunda en tus afirmaciones y entiendo que eres plenamente consciente de las consecuencias si tus hijos, cuando sean mayores, deciden viajar a un lugar en conflicto como la actual Siria o Irak.

Maryam: Es lo que pienso en estos momentos, gracias a los conocimientos que estoy adquiriendo. A partir de Facebook y del grupo de WhatsApp, he aprendido mucho sobre el islam y, sobre todo, me he dado cuenta de que ese es el camino, la verdad.

Periodista: ¿Eres consciente de que la decisión de tu marido de integrarse en un grupo de este tipo significa que es un terrorista ante la justicia española?

Maryam: Nunca pensé que se convertiría en un terrorista. Era un hombre justo y, cuando tomaba una decisión, estaba convencido de que lo que hacía era lo bueno. En ningún caso mató a inocentes ni se le puede considerar un terrorista como los de ETA, que han asesinado a quien sea por lo que sea. Él solo ha ido a la guerra. Me da mucha rabia cuando dicen que es un terrorista. Bashar al-Ásad, ¿no es un terrorista? Barack Obama, ¿no lo es? Y lo que hace Israel con Palestina, ¿qué? ¡O los llaman a todos terroristas o a ninguno!

Periodista: ¿Y si hay un atentado en España? ¿No te da miedo que uno de tus hijos, tu madre o tú misma podáis ser las víctimas?

Maryam: Si está escrito que mi hijo muera mañana, está escrito. Nosotros sabemos que, cuando morimos, resucitamos en el paraíso.

Periodista: Todo lo que piensas, ¿puedes compartirlo con otras personas?

Maryam: Únicamente con personas muy escogidas. Por ejemplo, la familia de mi marido me ha obligado a suprimir la fotografía del perfil que contenía dos anillos y la bandera de Dáesh.

Cuando Maryam contesta estas preguntas, han pasado cuatro meses y diez días desde que Talha murió. Es el tiempo de duelo que establece el islam para las viudas. Cuando ella lo desee, puede volver a contraer matrimonio. De momento, continúa durante horas conectada a los grupos de WhatsApp, Facebook y a las redes sociales. De hecho, ha pensado en volver a casarse después de haber conocido a un hombre árabe de treinta y tres años por Internet. Es de fuera del Estado español, pero prefiere no revelar su país de procedencia. Una de las primeras condiciones que él le ha impuesto es que le facilite la

contraseña de Facebook para controlar sus comunicaciones y, sobre todo, que no acepte ningún perfil de hombres como amistad. No pueden oírse la voz porque deben evitar cualquier tipo de seducción.

Maryam: Este chico publica muchas cosas de Estado Islámico y yo le decía que me gustaba. Me confesó que quería casarse conmigo y hacer la yihad. Si podía casarse con la viuda de un muyahidín, cumpliría aún más como buen musulmán.

En este momento, Maryam todavía no se siente preparada para volver a casarse y quedar viuda otra vez. Sin embargo, ahora se lo está planteando en serio. Solo se conocen a través de los mensajes privados de Messenger. No se han visto nunca y tampoco han hablado. Únicamente podrían hacerlo si se casaran por Skype o con poderes notariales. De momento, sin embargo, Maryam prefiere esperar a que se resuelva la situación legal de los niños. El chico apuesta por que ella se traslade a su país, ya que es un país musulmán, y ambos descartan frontalmente vivir en España, un país que consideran de *kufar* [«infiel»]. La familia de Talha no se lo ha tomado demasiado bien.

A pesar de estos planes de futuro, de la incertidumbre de la economía familiar y del temor de que la policía algún día vaya a su casa y le tire la puerta abajo, asegura que lleva una vida muy tranquila: de casa a la escuela pasando regularmente por los Servicios Sociales, a la espera de alguna ayuda económica.

Antes decía a los técnicos que no sabía dónde estaba su marido. Ahora relata su biografía. A pesar de ello, no cobra ninguna pensión de viudedad ni sus hijos, de orfandad. Es lo mismo que les ocurre a todas las viudas. Aunque saben a ciencia cierta que sus maridos están muertos, no pueden demostrarlo ante la justicia española.

Cuando insisto en si ha recorrido a ayuda psicológica tanto para ella como para sus hijos, me asegura que no le hace ninguna falta. Considera que, en el caso de los niños, hay que esperar a que conozcan más y mejor la religión para que puedan entenderla. De momento, intenta explicar a su hijo mayor que su padre luchó contra un dictador. Esto enorgullece al niño, pero, al mismo tiempo, continúa enfadado con él porque se fue.

Talha dejó grabaciones para cuando los hijos se hicieran mayores. En una de ellas se dirige directamente a Ismael y le dice: «Tú ahora eres el hombre de la casa. Estudia el Corán. Cuida de tu madre y de tus hermanos pequeños como lo habría hecho yo. Sobre todo, protégelos de los infieles y de aquellos que pueden lastimarlos».

Heroínas, confidentes y policías

Me sentía como William Boot en *Ishmaelia*. El editor del *Daily Beast* de Londres había confundido al humilde columnista especializado en historia natural con un novelista con el mismo apellido, a quien envió a una guerra civil en un país imaginario de África. El personaje está extraído del libro *¡Noticia bomba!*, la novela del escritor británico Evelyn Waugh, publicada en 1938, que se convirtió en una sátira sobre el periodismo. El nombre de William Boot me pasó por la cabeza esa mañana de detenciones en distintos puntos del Estado español.

A las seis de la madrugada se habían escrito los primeros tuits que hacían referencia a la detención de una decena de miembros de una red de adoctrinamiento y captación de Dáesh. Se habían realizado registros en domicilios particulares y en establecimientos comerciales donde los detenidos trabajaban en distintas comunidades autónomas. Hacía escasamente dos meses que había conocido a una chica, que no superaba los veinte años, que me había hablado con detalle de algunas operaciones antiterroristas y, un rato después, me había confesado que era confidente de la policía. Me sorprendió su sinceridad, si tenemos en cuenta que un confidente es aquel que confiesa alguna cosa que no se ha de difundir y que, por descontado, no habla nunca con periodistas. Sin embargo, a pesar de las dudas que me suscitaba, le di credibilidad. Más adelante explicaré por qué.

En cuanto conocí las direcciones de los registros y las detenciones, no albergué ninguna duda. Al cabo de poco rato, podía verla ante las cámaras de televisión. La misma estatura, la cabeza gacha, señalando la timidez del momento, y una ropa que le oculta el rostro. Tenía las manos esposadas y dos agentes de la policía, uno en cada lado, la acompañaban al interior de un vehículo. La política del gabinete de comunicación del

Ministerio del Interior para difundir las numerosas operaciones policiales antiterroristas que se estaban produciendo desde principios del año 2014 siempre obedecía al mismo patrón: tuits a primerísima hora de la mañana, cámaras a punto para grabar ante los domicilios de los detenidos, primera nota de prensa a las nueve de la mañana, anunciando una ampliación posterior, declaración antes de la una del mediodía y poco rato antes de la hora del *Telediario* llegaban las imágenes registradas por los mismos agentes que permitían ilustrar el contenido del comunicado de prensa.

Cuando me percaté de que el cuerpo policial que la había detenido no coincidía, supuestamente, con el cuerpo policial al cual informaba regularmente, la detención me generó muchas dudas. Esa situación paradójica me obligó a cuestionarme cosas y, sobre todo, a evitar dar nada por hecho. ¿Y si el cuerpo policial que la había detenido desconocía que ella estaba ayudando a otro cuerpo policial? ¿Y si aquella chica no había entendido cuál era su papel? La verdad es que en aquel momento yo no entendía nada. De hecho, las malas relaciones entre cuerpos policiales en materia antiterrorista ya eran de sobra conocidas.

Antes de esa detención nos habíamos visto algunas veces y habíamos establecido una serie de pactos no escritos. Si bien no accedía a una entrevista ante la cámara, a pesar de tener asegurado el anonimato, aceptaba explicarme su sorprendente doble reclutamiento. Primero, Dáesh, al que calificaba de oportunista y apóstata, y, posteriormente, por los cuerpos policiales, hacia los que profesaba en ese momento una fidelidad y una fe ciegas.

Las detenciones se olvidaron pronto. Al día siguiente ya solo interesaba saber si los detenidos estaban en prisión. De hecho, los que nos dedicamos a llevar noticias a la redacción (si es que podemos llamarlo así, ya que la mayoría de las noticias nos llegan) tenemos clara una de las primeras lecciones que aprendió William Boot: «Una noticia es solo noticia hasta el momento en que ha sido leída. Si un colega ha enviado la noticia antes que nosotros, la nuestra ya no lo es». Por eso me sentí tan William Boot cuando analizaba la mañana de las detenciones: la nota de prensa del Ministerio del Interior era suficientemente explícita sobre las responsabilidades «terroristas» de los acusados, así como las imágenes de la detención, repetidas hasta la saciedad por los canales informativos de veinticuatro horas. La lección a Boot se había publicado en 1938, pero todavía tenía plena vigencia. Y es que las rutinas periodísticas se mantienen tan implacables como en el primer tercio del siglo XX: la inmediatez y la dictadura del

tiempo entre el momento en que se produce un hecho y el momento en que se informa sobre él. Todo ello en una época en la que se sentencian públicamente a los detenidos antes de que puedan defenderse ante el juez. Por eso, la detención me generaba todavía más dudas y me abocaba a serios dilemas morales. Si había la posibilidad de que no jugaran limpio con ella, ¿tenía que explicar a la familia o a su abogado que aquella chica de dieciocho o diecinueve años era supuestamente una confidente? ¿Tenía que explicar que, a pesar de la inconsciencia de decírmelo, me lo había creído porque me había mostrado unas cuantas pruebas?

El doble reclutamiento

Pasó las casi siete horas del viaje terrestre entre Tánger-Algeciras-Cataluña enganchada a las redes sociales. Hacía pocas semanas que Abu Bakr al-Baghdadi se había autonombrado «el califa de todos los musulmanes» desde Siria e Irak, reivindicaba ser la autoridad religiosa del islam en el mundo y proclamaba que todos los fieles tenían que emigrar a su califato. Era difícil ser musulmana e ignorar los debates de las redes sociales. A ella le interesaba la atracción que muchos jóvenes musulmanes, nacidos y crecidos en Europa, sentían por Dáesh. Terminaba el verano del 2014. Volvía de pasar las vacaciones en Marruecos. Otro año.

Su padre había llegado hacía décadas a la península y, poco a poco, se había ido abriendo camino en una ciudad comercial. Ella llegó con la madre y sus hermanos, cuando todavía no andaba, para completar el proceso migratorio familiar.

Tenía claro que Marruecos era el país de sus padres y el Estado español, su país de acogida, y que ninguno de los dos era el suyo. La tradición cultural y religiosa del islam pesaba mucho más en el sentimiento de pertenencia. De hecho, solo se identificaba con la *umma*, una comunidad musulmana internacional sin fronteras geográficas ni mentales.

Desde los seis años había asistido dos días a la semana, en sesiones de dos horas, a la mezquita, donde aprendía los conceptos básicos del Corán y el alfabeto árabe. A pesar de ello, admitía de mala gana que no sabía hablar el árabe con fluidez. Con dieciocho años cumplidos, creía que debía aprender por su cuenta, de manera autodidacta, a base de lecturas, la memorización del Corán y lo que decían los sabios. Pero no tenía interés en rezar en la mezquita ni tampoco entendía la idolatría que muchos profesaban hacia Dáesh, y no se cortaba un pelo a la hora de denunciar públicamente, en su perfil de Facebook, que estos grupos manipulaban a los jóvenes.

Se creó un perfil nuevo en la red con un nombre ficticio, pero ahora ya no quería oponerse al discurso de Dáesh, sino que se haría pasar por una hermana interesada en «la verdad», que interactuaría con cierta afinidad con sus postulados.

El nuevo perfil le permitió establecer pequeños encuentros virtuales con otras chicas a través de mensajes de texto en los que se contaban las bondades de Dáesh y se referían eufemísticamente a Al-Baghdadi como su califa. Sin saber explicar cómo lo había hecho, acabó participando en un foro privado de mujeres, sobre todo adolescentes y niñas. Del

foro privado pasó a un grupo de WhatsApp en el que se hablaba sobre Dáesh y se compartían textos aparentemente vinculados al islam, pero que, en realidad, no tenían nada que ver con él.

En el grupo de WhatsApp había otras chicas, pero desconocía cualquier detalle con el que pudiera identificarlas. Sospechaba que eran de Ceuta, Melilla, Andalucía y Cataluña. Las imágenes de los perfiles de los móviles eran fotografías genéricas con leones o bien mujeres con nicab. La figura del león era habitual porque recordaba a Hamza, un tío del profeta que había luchado con coraje por Dios. Se le llamaba el «león de Alá», de aquí que muchos y muchas aspirasen a emularlo y se identificasen con la imagen del animal. Una de las chicas planteaba las cuestiones, argumentaba las respuestas y moderaba los debates. Para reforzar las opiniones, la responsable del grupo compartía vídeos propagandísticos, aparentemente basados en el islam y la sunna, la mayoría muy detallados y muy bien hechos desde un punto de vista técnico. Muchos, sin embargo, no eran vídeos violentos, sino de temas bonitos, que ilustraban el deseo de ir al Bilad al-Sham (el país del sol), las obligaciones de una virtuosa esposa musulmana o bien la celebración de la fiesta del cordero en Al Raqa.

En aquellas conversaciones, que se alargaban durante todo el día y que, en algunos momentos, se intensificaban porque todo el mundo quería intervenir y expresar su opinión, se dio cuenta de que lo que ella consideraba las sagradas escrituras se había manipulado para adoctrinar erróneamente a musulmanes con pocos conocimientos. La idea principal que afloraba en todos los mensajes era combatir la falta de valores de la sociedad occidental, un sistema que calificaban de corrupto e involucionista. «Querían cambiar por completo mi mentalidad. Algunos de los comentarios del grupo se dirigían a mí cuando me atrevía a cuestionar alguna afirmación que consideraba demasiado atrevida, y no les gustaba nada. Estaban conectadas casi todo el día y también durante la noche. El móvil casi quemaba. ¡En ese momento no me daba cuenta de que todo era una pura estrategia para que fuese una de ellas!»

Cada vez que participaba activamente en esas conversaciones de WhatsApp, su confusión era absoluta. El bombardeo de propaganda era tan pautado que ella misma dudaba de sus propios conocimientos: vídeos propagandísticos, publicaciones escritas y *nasheeds* que acrecentaban todavía más su confusión. La culminación de ese proceso fue el debate que generó la muerte del piloto jordano, enjaulado y quemado entre rejas a

manos de Dáesh. En una escena insólita, se exhibía públicamente la muerte, y la productora Al-Furqan, del Dáesh, la difundía ampliamente en febrero del 2015.

La administradora del grupo justificaba la muerte como una estrategia para intimidar a Occidente. Ella pensó que la exhibición pública de la tortura sería el detonante para que una parte de los seguidores de Dáesh pusieran en cuestión su manera de actuar. Pero no fue así. La mayoría de las chicas dijeron que el piloto se había ganado a pulso ese tipo de muerte, porque él hacía lo mismo cuando lanzaba bombas desde su avión dirigidas a hermanos musulmanes. Ella les contestó: «No estoy discutiendo sobre la bondad o la maldad del piloto. Lo que pregunto es si Alá permite quemarlo. Ya sabéis que prohíbe rotundamente castigar con fuego y, por lo tanto, están desobedeciendo a Alá».

La contrarréplica de la administradora no se hizo esperar. Decía así: «Lo que ocurre es que todos los ataques se dirigen en contra del islam y nuestros hermanos. El piloto no era musulmán, sino un infiel que se había aliado con los norteamericanos para destruir a Dáesh. Por lo tanto, estaba en contra de la *sharía* y no pertenecía al islam».

Tras este encontronazo dialéctico, las chicas que formaban el grupo lo fueron abandonando progresivamente.

Semanas después de haberse posicionado públicamente, intentó pasar página a aquel asunto. Tenía que concentrarse en los estudios si quería acabar el módulo que había empezado un año antes. Por eso, ese día, cuando sonó el timbre de su casa, no le dio demasiada importancia. Eran las cinco de la tarde. A esa hora siempre estaba encerrada en su habitación preparando las asignaturas del día siguiente. Tenía una rutina marcada por las clases en el instituto, las horas en las que navegaba por Internet y los pequeños ratos domésticos que pasaba con los de su casa. Abrió la puerta y se encontró a una pareja de unos treinta años muy bien vestidos y de buena presencia, que, rápidamente, le aclararon que no vendían enciclopedias. Se presentaron como responsables de la Fundación Estudios Interculturales de Europa y le explicaron que investigaban la influencia de las redes sociales en el continente europeo. Empezaron hablando de la pederastia y, al cabo de un rato, ella misma sacó a colación Dáesh. Desde hacía meses había observado que muchos perfiles que tenía agregados en Facebook y a los que a veces ni tan solo conocía personalmente, se estaban radicalizando. De hecho, les explicó que se había creado tres cuentas en Facebook. Una con su identidad real y dos más con identidades ficticias: una para dirigirse a los hombres, y otra, a las mujeres.

En ningún momento pensó que aquella visita pudiese tener otro motivo que la simple información. En realidad, ni tan solo desconfió y se limitó a seguirles la corriente hasta que la invitaron a continuar la conversación en una cafetería de delante de su casa. A corta distancia, les explicó su experiencia personal en las redes sociales sin rehuir ninguna cuestión: la constatación de un movimiento de reclutamiento por parte de miembros de Dáesh entre las jóvenes que, como ella, se interesaban por estos temas. La pareja se quedó sorprendida de la franqueza de la chica y, más tarde, le enviaron un mensaje en el que la invitaban a conocer a un agente de la policía especializado en esos temas. La citaban para un encuentro al día siguiente. La pareja fue a buscarla a la puerta del instituto y la acompañó a una cafetería. Le presentaron al agente de información y se sentaron en otra mesa. De hecho, era funcionario de un cuerpo policial que no llevaba uniforme y que se presentó sin ninguna credencial. El aspecto era el de un hombre entrado en la cuarentena, que inspiraba respeto, pero sin llegar a intimidarla. El único detalle que no le pasó desapercibido fue que le hizo saber que venía de Madrid. Ella le explicó su experiencia en Facebook y en un fórum privado que pretendía radicalizarla. La confesión llevaba implícita su oposición a los postulados de Dáesh y la voluntad de frenar el discurso de los reclutadores, que, según aseguraba, pervertían la voluntad de Alá y el sentido de los libros sagrados. Al agente de información le sorprendió su habilidad para introducirse en el grupo, las charlas que mantenía en él con cierta agilidad y, sobre todo, su capacidad argumentativa para defender su posicionamiento.

Ella consiguió mantenerse serena y que su respiración no se acelerase, pero, en realidad, a medida que avanzaba la conversación, se sentía cada vez más nerviosa y preocupada. La situación la superaba, aunque hacía esfuerzos por disimularlo. Aquel encuentro, que había sido presentado como casual, a la hora de la verdad, no tenía nada de fortuito. Se habían tomado la molestia de ir a buscarla en un vehículo no logotipado a la puerta del instituto y, además, le ofrecían la mejor de sus sonrisas, para generarle confianza. En realidad, la estaban reclutando para formar parte de la intensa red de confidentes que los cuerpos policiales intentaban establecer en el Estado español. El detonante había sido su perfil de mujer que reivindicaba públicamente y con contundencia su oposición a los postulados de Dáesh y la manipulación que algunos hacían de los versículos del Corán y la sunna.

Hablaron de la influencia de las redes sociales y de las últimas detenciones. Las cifras se mezclaban con los nombres de víctimas que habían sido reclutadas y habían

trascendido a la opinión pública. Durante la hora larga en la que estuvieron hablando, la charla giró en torno a los mismos temas, pero estaba claro que el agente tenía un objetivo: pedir su colaboración para combatir las redes de Dáesh de captación, adoctrinamiento y reclutamiento.

El agente de información no utilizó nunca la palabra *confidente*. Cuando se refería a la labor que ella debería cumplir, vestía sus argumentos con eufemismos: colaboración, ayuda, complicidad. Tampoco le habló de la seguridad del Estado, aunque era obvio que esa «colaboración» tenía que enmarcarse en la lucha contra el terrorismo. Tampoco le dio ningún tipo de indicación, ni la previno de los riesgos que supondría asumir esa colaboración, ni siquiera le habló de los dilemas morales que implicaba delatar a alguien. Simplemente intentó no darle una excesiva importancia. Se trataba de una ayuda no remunerada pero interesada, y sus encuentros no tendrían el nombre de «contacto». De hecho, a ella, en aquel momento, le importaban poco el dinero y las compensaciones. No les dio demasiado trabajo convencerla. Aunque fuese una neófita total en temas de geoestrategia política, estaba decidida a «colaborar».

El agente la acompañó con el vehículo no logotipado hasta cerca de su casa. Era una manera de favorecer el acercamiento entre ellos. Ese trayecto en coche permitió empezar a establecer vínculos entre ambos, hablar de todo y de nada, conocerse en la corta distancia y ver de qué pie calzaba cada uno. Aunque, en aquel momento, ella estaba lejos de tener los pies en el suelo. Su vida rutinaria de ir de casa al instituto tenía un objetivo: mostrar que valía para aquel trabajo.

Las primeras complicidades

En el viaje de retorno a casa, el agente le habló de la posibilidad de hacer una declaración sobre el grupo de WhatsApp y el perfil de las chicas en el que había participado unas semanas atrás. El agente estaba especialmente interesado por la descripción de las mujeres: quiénes eran, cómo era su perfil, qué números de teléfono utilizaban, las opiniones que formulaban y, sobre todo, cómo demostrar lo que habían expresado para que el juez diese la autorización para realizar una investigación completa.

Solo cuando el vehículo aparcó en el interior del edificio policial, supo con qué cuerpo colaboraría. Dos agentes uniformados la acompañaron hasta la sala de declaraciones. Le ofrecieron una silla que estaba situada en el centro de la habitación. Delante de ella, un hombre muy joven, con cara de niño, pero uniformado, era el que tenía más galones. Hablaba con autoconfianza y parecía acabado de salir de la academia. Le explicaron el protocolo y el funcionamiento ordinario de la declaración. El tono era cordial y cercano. A su lado, el secretario judicial, que no levantaba los ojos de un ordenador desde el que tomaba nota de preguntas, respuestas y aclaraciones. Y, al otro lado, una mujer de mediana edad que no dijo nada en toda la declaración, pero que parecía que estuviera estudiando exhaustivamente su gestualidad. Esa mujer se encargaba de facilitar la logística de la declaración: el portátil, los botellines de agua, las infusiones... y todo lo que hiciera falta.

En la misma sala había dos técnicos informáticos y, en la habitación anexa, con la puerta abierta, otro agente seguía la declaración. De hecho, pensaba que todos eran agentes, aunque únicamente hacía las preguntas el que iba uniformado.

Eran las dos de la tarde. Se hacía tarde para coger el transporte público para regresar a casa. El joven que explicaba el protocolo abrevió los prolegómenos y empezó con el cuestionario, que ya traía preparado: ¿Quién la invitó a formar parte del grupo? ¿Desde cuándo formaba parte de él? ¿Cuántas chicas se añadieron al grupo? ¿Acaso guardaba todavía sus números de teléfono? ¿Cuántas horas se conectaban diariamente? ¿Qué tipo de contenidos se distribuían? Cada una de esas preguntas ya se la había planteado antes el agente de información. Volvía a contestarlas, aunque con menos interés a medida que pasaba el tiempo y se iba agotando mentalmente. Por el contrario, el secretario judicial le repitió todo lo que había ido copiando para ver si coincidía exactamente con lo que había

declarado. Mientras, ella, con la ayuda de un portátil, navegaba por la red para mostrarles los perfiles con los que se comunicaba y que podían ser útiles para la investigación. Recogían capturas de conversaciones, grababan imágenes y, finalmente, le enseñaron un dossier con una treintena de fotografías de mujeres para comprobar si conocía a alguna de ellas. Solo una le era familiar. Había dado autorización para que le intervinieran las cuentas de las redes sociales y estaban haciendo copias de seguridad para borrar los comentarios que ella había escrito en sus perfiles. Eran casi las cuatro de la tarde y todavía no había comido nada. Debería estar en casa, pero la declaración continuaba.

Cuando, al cabo de una hora, acabó la declaración, se sintió mucho más tranquila. Firmó los papeles con su nombre y apellidos y estrechó la mano a todos los agentes, que le dijeron: «Ojalá hubiera más gente como tú. Eres muy valiente». Ella les contestó: «El silencio te hace cómplice».

En el viaje de regreso, el agente todavía le agradeció una vez más la declaración y, en medio de elogios y comentarios favorables, le hizo el primer encargo de una larga lista. La puso en alerta de que un cuerpo policial detendría en unas pocas horas a algunas chicas conectadas a través de WhatsApp que supuestamente habían sido reclutadas para viajar e integrarse a Dáesh. Tenía que estar atenta a las redes sociales y a las reacciones suscitadas a raíz de esas detenciones.

Tal como le había dicho el agente, un cuerpo policial desarticuló aquella madrugada una red de captación de «guerreras» en España, según anunciaron los titulares de la prensa. Por primera vez, la policía podía describir el sistema de captación de las mujeres a través de la red para adoctrinarlas, reclutarlas y enviarlas a Siria e Irak, aunque todavía no iban allí a guerrear, sino a convertirse en las futuras esposas de los combatientes.

Su declaración no tenía valor por sí sola, pero, junto con las pruebas que habían acumulado los cuerpos policiales, las declaraciones de otros testimonios y una intensa investigación, permitía desarticular una red con ramificaciones en varios puntos del Estado español. Precisamente, cuando la conocí, le pregunté por qué había hecho aquella declaración ante un cuerpo policial. Y me respondió: «Tenía ganas de hacer algo. Aporté mi testimonio porque iba de incógnito y me sentía un poco como una espía, como los que vemos en las pelis. Me gustaba tener esa doble cara, de adolescente y estudiante, pero, a la vez, de infiltrada. Era emocionante». Además, añadía que en ese momento

tenía el apoyo incondicional de la policía, se sentía protegida y no tenía miedo de la justicia.

Cuando le pedí si tenía una copia del acta de declaración, me miró extrañada y se puso colorada. No tenía ninguna copia, ningún documento de lo que había firmado. No solo porque ni tan siquiera se le había pasado por la cabeza, sino para evitar, me dijo, que sus padres localizaran el documento entre sus pertenencias.

El precio de colaborar

Tras esa declaración firmada y jurada, volvió a sumergirse en las redes sociales. Tenía tres perfiles de Facebook que había prediseñado para jugar con diferentes identidades. Uno de ellos, sin embargo, era el personal, con su nombre y apellidos, en el que no le importaba conectarse con combatientes y otras mujeres como ella. Agregaba perfiles que parecía que estuvieran en la guerra y otros que supuestamente eran simpatizantes. Por fuerza, esa lluvia de contactos la obligó a ampliar las horas que dedicaba a la tarea de «infiltración», como la llama ella.

No era consciente de eso, pero estaba asumiendo un gran peligro. La interacción con perfiles de combatientes o simpatizantes con la causa y el intercambio de mensajes podían situarla en la cuerda floja si no tenía un amparo legal. Nunca había firmado ningún documento de «colaboración» ni tampoco tenía pruebas de ello. La mayoría de los perfiles le pedían que contribuyera a la causa elaborando vídeos de propaganda desde el Estado español y haciendo proselitismo a través de la red. Ella lo recordaba claramente: «No me decían: “Te estamos reclutando”, sino: “Debes llevar la verdad a los otros musulmanes, que también merecen conocerla”». De hecho, los perfiles de las redes sociales afines a Dáesh la consideraban una buena candidata, y así se lo hacían saber reiteradamente.

En ese momento, los perfiles con los que se conectaba reivindicaban claramente su afinidad con Dáesh y, en pocos días, se cumplió lo que andaba buscando: ya no era ella quien se acercaba, sino que eran los perfiles más implicados los que querían contactar con ella. No le costó demasiado iniciar amistades fingidas que, a la larga, le proporcionarían datos y referencias para el agente. El mismo agente se quedó atónito cuando ella fue a dar con el «cerebro» de una presunta célula dirigida desde la frontera turcosiria. Consiguió contactos que le prestaban todo tipo de ayuda para que se desplazara hasta allí e, incluso, le financiaban el viaje.

Ante cualquier duda, siempre se ponía en contacto con el agente para saber cómo tenía que gestionar las conversaciones escritas. Él le daba los detalles más básicos, aunque sin demasiadas concreciones. Muy pronto el cuerpo policial le proporcionó un móvil para que, a través de ese aparato, canalizara todos los contactos. A cambio, ella elaboraba amplios dossieres de cada uno de los perfiles con los que hablaba. Algunos me los mostró

y puedo avalar que estaban elaborados exhaustivamente y que incluían las conversaciones mantenidas, las fotografías y los contenidos más ilustrativos que los extremistas publicaban. Eran dossieres que podían tener más de cien páginas. Le habían presentado aquella «operación de infiltración» como una especie de aventura. A pesar de que no había decidido colaborar por dinero, estaba convencida de que era una manera de luchar contra el terrorismo y que tarde o temprano la compensarían con unas buenas credenciales para conseguir un trabajo para ella o para algún miembro de su familia.

Desde el año 2014, los cuerpos policiales habían intensificado las operaciones contra el terrorismo. A medida que pasaba el tiempo y se producían las primeras detenciones, el mundo virtual se fue estrechando. Inicialmente, todo el mundo se sentía muy libre para expresar abiertamente sus opiniones y sentimientos, pero, ahora, ese despliegue de palabras y la franqueza inicial habían derivado en una enorme desconfianza de los que circulaban por la red. De la noche a la mañana, nadie se atrevía a elogiar ni al califato ni a sus combatientes. Buena parte del trabajo que había hecho ya no era demasiado útil. Las formas habían cambiado y los simpatizantes de Dáesh actuaban discretamente, con métodos mucho más sofisticados.

Los encuentros con el agente también se habían espaciado más en el tiempo. Ella enviaba los informes del trabajo que hacía ante el ordenador. Un día, sin embargo, empezó a sentirse observada. Eso la intimidó hasta el extremo de llegar a obsesionarla. Le parecía que aquella técnica de mirar continuamente hacia atrás, de pararse de repente en los escaparates de las tiendas para utilizarlos de espejo e intentar descubrir si alguien la estaba siguiendo le servía para acumular nerviosismo y temor.

Salía a la calle y veía a una patrulla logotipada que parecía que la seguía y, pocos metros más allá, el mismo vehículo continuaba observándola. Empezó a intuir que eso se salía de la normalidad y forzó un encuentro con el agente. Él la tranquilizó. Le explicó que un equipo de su cuerpo policial llevaría a cabo tareas de contravigilancia para comprobar que nadie la estuviese siguiendo. Supuestamente, la contravigilancia duró dos días, hasta que su contacto le aseguró que no se había detectado ningún seguimiento. Ella se sintió aliviada. Y continuó indagando en el entorno de la red de propaganda dáesh con el que estaba trabajando.

Aquella noche se acostó tarde. Había creado otro perfil ficticio con el que había accedido a varios fórums sobre el islam. Además, el agente le facilitó otro móvil para

continuar la infiltración. Había transcurrido un mes desde la primera vez que se había sentido observada.

«Policía, policía...»

A primera hora de la madrugada, tiraron abajo la puerta de la casa de sus padres con gritos de «¡Policía, policía, al suelo!». La despertaron los gritos de su hermana y el golpe en la puerta. Quiso salir de la cama de un salto, pero no tuvo tiempo. Cuatro metralletas de no sabe cuántos centímetros la estaban apuntando a bocajarro. Se quedó paralizada. Mientras una voz le decía: «¡Al suelo, al suelo!», alguien la estaba esposando. Solo podía intuir las sombras que dejaban percibir las luces que llevaban incorporadas las armas. Uno de los que la sujetaban le preguntó si en el interior del domicilio había armas o algún elemento contundente que se pudiera utilizar contra los agentes. Mientras ella lo negaba con la cabeza, un agente la registraba y otro encendía la luz.

Justo al lado de uno de los agentes que la estaba apuntando vio a un hombre mayor, alto, delgado y canoso. Tenía la cara alargada y llevaba barba y gafas. Debía de tener unos sesenta años. Pronunció su nombre y ella solo pudo afirmar con la cabeza. El viejo le levantó la cara para comprobar que era ella y, una vez identificada, la hicieron sentar en el borde de la cama. Durante aquellos minutos de desconcierto, al menos contó veinte agentes que iban arriba y abajo del domicilio familiar, de poco más de setenta metros cuadrados. Mientras, los padres y los hermanos, que no entendían nada de lo que estaba pasando, estaban confinados en el comedor.

El mandato del juez exigía el registro de todas las habitaciones, de los balcones, de las cajas fuertes, de los armarios. El objetivo era asegurar e intervenir —cito literalmente la orden judicial— «todas las evidencias materiales que pudieran existir, como ordenadores, teléfonos, móviles, USB, así como material en soporte físico, tales como panfletos, libros, archivos, vídeos, misivas, instrucciones en cualquiera de los formatos, cánticos Dáesh o de otra naturaleza, material antisemita, así como detalles de rutas establecidas de envío de muyahidines o dinero a zonas en conflicto, de tráfico de armas o explosivos o de contactos de personas con organizaciones terroristas afines, que hayan podido utilizarse para el adoctrinamiento, la radicalización y el envío de personas a favor de la organización Estado Islámico y para la comisión de atentados terroristas dentro o fuera de España».

Entonces ella preguntó si habían reventado la puerta completamente. El agente se lo confirmó sin vacilar. Pensó de dónde sacarían el dinero para repararla y, a continuación,

se fijó en un detalle que no le pasó desapercibido: el escudo de las solapas de los agentes. La estaba deteniendo un cuerpo policial diferente de aquel al cual ella había facilitado la información ininterrumpidamente durante los seis meses anteriores. Sus temores de que estaba siendo objeto de un seguimiento policial se habían confirmado de una manera precipitada y abrupta, y con un desenlace que podría ser traumático.

No dejaba de pensarlo. La cabeza le hervía de pensamientos de todo tipo. Cuando salió de aquella nebulosa, intentó tranquilizarse y analizar detenidamente lo que ocurría en su entorno. Se fijó mejor en el hombre corpulento y viejo, que no iba uniformado y que continuamente atendía llamadas desde el móvil. Los otros agentes se dirigían a él como Juan Ramón. Después de atender la enésima llamada, apagó el teléfono y se le plantó delante, tieso, inmóvil, como si hubiera hecho eso miles de veces.

Al lado de la secretaria judicial, le leyó los cargos de los que se la acusaba y le enumeró los derechos que tenía: solo podía acceder a un abogado de turno de oficio, tenía la opción de realizar una llamada al consulado marroquí, ya que todavía no disponía de la nacionalidad española, y podía comunicar a una persona su detención. A continuación, la secretaria judicial le anunció que se haría un registro del piso y que tenía derecho a seguirlo habitación por habitación o quedarse en el dormitorio.

En este momento detengo la grabadora y le pregunto:

Periodista: ¿Por qué no les decías que estabas ayudando a otro cuerpo policial?

Ella: Les decía: «Esto no puede pasar, me dijeron que no pasaría», pero ellos no me respondían, hasta que un agente, que me custodiaba, me dijo: «Ya sé por dónde vas. ¿Cuál de los cuerpos ha sido?». Se lo dije sin vacilar y le pedí si podía ir a hablar con el juez y que después ya harían el registro. Ilusa de mí, pensaba que tendría que ir ante el juez de la población donde residía. En ningún caso me había pasado por la cabeza que el juzgado competente era la Audiencia Nacional de Madrid.

Los delitos de terrorismo no son competencia de los juzgados de instrucción de cada partido judicial, sino que lo son únicamente de la Audiencia Nacional, ubicada en Madrid y creada en 1977, cuando se asumieron competencias que hasta ese momento correspondían a los tribunales militares. Al cabo de un rato empezó el registro de las habitaciones. Le vaciaron la mochila del instituto y repasaron minuciosamente todo lo que llevaba dentro, los cajones, donde había la tarjeta de la pareja que se había

presentado en su casa como miembros de la Fundación Estudios Interculturales de Europa. Le decomisaron el ordenador, los móviles de cada uno de los miembros de la familia y todo aquello que pudiera ser una prueba ante el juez y apuntara a su vinculación con Dáesh. El registro se alargó hasta las diez de la mañana.

Durante todo ese rato decidió permanecer inmóvil en su habitación. No quería tener clavados en ella los ojos de sus padres ni de sus hermanos, aunque no pudo ahorrarse las reprimendas de su hermana mayor cuando entró en su habitación para coger unas pastillas y le espetó, indignada: «¡Burra!».

Todavía recuerda dolida aquellas horas porque no podía creerse que aquello le estuviera pasando realmente. «Cuando me notificaron que el registro había finalizado y que me llevarían a Madrid, volví la vista atrás antes de cruzar la puerta. La mirada de mi padre clavada en mí, esposado, en silencio, pero con la mirada me lo decía todo.»

Dio unos pasos al frente. Y le permitieron despedirse de la madre, que lloraba desconsoladamente. Se le acercó intentando esconder sus inseguridades y esforzándose por no vacilar: «Mamá, voy a Madrid, pero no te preocupes. Hablaré con el juez y me dejarán ir».

De camino al coche, en el rellano de la escalera, volvieron a leerle sus derechos. De hecho, durante el período de incomunicación, que empieza con la detención en el domicilio, los detenidos acusados de formar parte de una organización terrorista no tienen derecho, inicialmente, a contratar a un abogado privado y su defensa siempre ha de recaer en un abogado de turno de oficio. La justicia quiere evitar que la organización terrorista tenga cualquier posibilidad de transmitir un mensaje al detenido.

La salida de la casa a la calle no fue fácil. Preguntó si había periodistas. Los agentes le contestaron que no había medios de comunicación, pero que grabarían la salida. Aquello la atemorizó y optó por taparse la cara: «Me avergonzaba salir esposada y que me vieran los vecinos que saludaba todos los días cuando iba y volvía del instituto. Escondida detrás de la ropa, no veía nada, pero podía sentir la presencia de los agentes que me bloqueaban y me marcaban la dirección y las miradas desde los balcones que esperaban la salida inminente de la vecina *terrorista*».

Se descubrió la cabeza cuando dejó de oír las sirenas que habían empezado a sonar nada más poner el coche en marcha. El vehículo no iba logotipado ni tampoco llevaba matrículas. Una vez que salieron del entramado de calles del barrio, se detuvieron y pusieron las matrículas. La comitiva estaba formada por dos vehículos. Delante iba el

jefe de la operación. Y, detrás, ella, flanqueada por un agente. Otro agente sin uniforme conducía y aún otro iba de copiloto. En ningún momento le sacaron las esposas.

Ya en las dependencias policiales de Barcelona, el médico forense se la miró fijamente y le leyó un documento en el que se le comunicaba que tenía que pasar un examen físico para determinar que no había sufrido ninguna agresión durante la detención. Ella lo firmó sin querer pasar por ningún control médico. Entonces empezó el ritual que se ve en las películas. Le tomaron medidas, le cogieron las huellas dactilares y la hicieron sentarse en una silla móvil. Primero, la fotografiaron de frente, y, después, de perfil.

Al cabo de veinte minutos, volvían a subir al mismo vehículo para dirigirse a Madrid. Con el añadido del resto de detenciones, el convoy estaba formado por más vehículos. Un furgón policial con agentes colgados de las puertas laterales fuertemente armados flanqueaba el primer y el último vehículo, aunque al llegar a la autopista no continuaron con el convoy y se volvieron para atrás. Eran tan solo una escenificación para que los fotoperiodistas y las cámaras tuvieran otra imagen de las detenciones. Una vez en el interior del coche, los agentes volvieron a leerle sus derechos.

Durante el trayecto realizaron una única parada de unos veinte minutos en una gasolinera. Se comieron unas chocolatinas que pagó el jefe del operativo, Juan Ramón. Todos los detenidos bajaron del coche y conversaron con los agentes que los custodiaban. A lo largo del viaje se adormeció. Al despertar, el jefe le dijo:

Juan Ramón, jefe del operativo: Me parece que eres más de nuestro bando que del otro.

Ella: No soy de ningún bando. Se pusieron en contacto conmigo y yo los ayudé como pude. ¡Ya ves dónde me encuentro ahora!

Él no respondió. Al llegar a Madrid ya había oscurecido. Era la primera vez que pisaba la capital de España. Las luces de un gran edificio con una marca conocida de telefonía móvil le hicieron abrir los ojos.

Se detuvieron en una clínica que estaba justo al lado de la comisaría para realizar el reconocimiento físico obligatorio. A la salida, el jefe del operativo la esperaba dentro del vehículo para acompañarla al lugar donde pasaría la noche.

Juan Ramón, jefe del operativo: ¿Qué vas a hacer ahora? La lástima es que la gente ya sabe quién eres y puedes sentirte humillada por lo que dirán. Pero, en cambio, los otros te verán como una heroína.

Ella se quedó pensativa, dando vueltas a la última palabra: heroína. Le pareció que el tono era sarcástico y no le contestó. A continuación, los agentes la acompañaron a los calabozos de las dependencias policiales. En la entrada, sin embargo, había tres funcionarios que se encargaban de elaborar una lista de todo lo que llevaba y le pidieron que se sacara los cordones de los zapatos, los pendientes y los anillos. Allí firmó la documentación y otro funcionario la acompañó al calabozo. Entonces empezó la soledad absoluta. Tras unas rejas muy gruesas y sin poder comunicarse con nadie. La celda era cuadrada, de pocos metros y con una puerta de hierro que tenía una diminuta ventana desde donde únicamente se podía ver el interior desde fuera. La descripción que hace de aquella celda es exhaustiva: «Dentro del cubo solo había un colchón, dos mantas usadas y un váter que era mejor pensar que no existía. Todo estaba sucio, de aquella suciedad que no se va por mucho que friegues». La detención podía durar setenta y dos horas, aunque en casos de terrorismo podía ampliarse a cinco días. Ese tiempo tenía que servir para esclarecer los hechos y para que la policía ratificara o no sus investigaciones, aunque, a menudo, la mayoría de los detenidos no prestaban declaración ante los cuerpos policiales, sino que se esperaban a hacerlo ante el juez instructor.

Se colocó como buenamente pudo. Tenía que dormir unas cuantas horas para tener la cabeza despejada antes de la declaración ante el juez. Se quitó los zapatos y el jersey grueso y se quedó con la camiseta y los pantalones, llevando cuidado de no ensuciarse. Y, de repente, empezó a llorar. No pudo evitarlo. Se sentía herida, enfadada, engañada, triste. No había previsto esa posibilidad ni remotamente. Había sido una ingenua al pensar que las fuerzas policiales en las que había confiado iban a protegerla. Al cabo de un rato, un agente accedía a la celda para llevarle la cena. Reprimió las lágrimas todo lo que pudo. Quería evitar como fuera que alguien la viese llorar. Era una cena terriblemente escasa: una paella de sobre con pollo, que no se comió porque no se fio de que fuese *halal*, y un zumo.

El sueño acabó por vencerla. Cuando habían transcurrido casi ocho horas, el agente volvió a acceder a la celda con el desayuno. El tiempo parecía estancado en aquel cubículo cuadrado, hasta que la llevaron a una habitación con dos sillas. Una era para el

abogado y la otra para la policía. Allí le preguntaron si quería declarar ante los agentes. Ella tenía claro que solo lo haría ante el juez y declinó la propuesta.

En algún momento del mediodía le permitieron salir un rato para hablar otra vez con la abogada de turno de oficio que le habían asignado. Entonces, lo explicó todo. No se ahorró ningún detalle de su relación con el cuerpo policial diferente del que había efectuado la detención.

La abogada le preguntó si pensaba que era una trampa. Ella no sabía qué pensar. El encuentro duró poco más de una hora y la devolvieron a la celda cuarenta y ocho horas más, momento en que la trasladarían para declarar ante el juez.

Al día siguiente la trasladaron a la Audiencia con un furgón policial. En el interior del vehículo la esperaban los otros detenidos, con quienes pudo identificarse. Aún hoy se pregunta: «¿Era necesario que me vieran? Había pasado información de cada uno de ellos y, ahora, ¿era una más del grupo? Me estaban poniendo en un compromiso si esos conflictos llegaban a trascender algún día. ¿Dónde estaba mi contacto? Iba pensando todo eso mientras empezaba una conversación animada con el resto de los detenidos». De hecho, todos se conocían de haberse conectado a través de las redes sociales.

El poco tiempo que duró el trayecto entre las dependencias policiales y el edificio de la Audiencia Nacional estuvieron charlando, ajenos a lo que se les venía encima. Probablemente, no eran conscientes de que aquella declaración determinaría su ingreso en prisión y marcaría los siguientes meses y, tal vez, años de su vida.

Salieron del furgón en fila india. Todos llevaban las manos esposadas detrás. Había muchos agentes que no se podían identificar porque iban tapados con pasamontañas. Eran los que se encargaban de realizar el traslado. Primero, los pusieron contra la pared para registrarlos y, a continuación, en las celdas. Una para las mujeres y otra para los hombres.

Todos sabían que un tal Ahmed los había traicionado, aunque, de entrada, solamente mostraban sorpresa ante la situación en la que se encontraban. De hecho, lo sospechaban porque era el único que no estaba con ellos. Se percató de que, en aquella red de propaganda de Dáesh, ella no había sido la única colaboradora. El cuerpo policial que había llevado a cabo la operación tenía a su propio confidente, que había abandonado las comunicaciones una semana antes de las detenciones.

Al poco rato el funcionario llamó uno por uno a los detenidos, a medida que en el piso de arriba continuaban las supuestas declaraciones ante el juez. En realidad, nadie

declaraba. Los trayectos para llegar a la oficina del juez y volver a bajar al calabozo duraban una media de siete minutos.

Ella todavía tuvo tiempo para reunirse con la abogada en una especie de cabina locutorio antes de la declaración ante el juez. Estaban de pie, una delante de la otra, separadas por un cristal que no permitía ningún contacto físico. En esa reunión, la abogada insistió en que la causa estaba bajo secreto de sumario y le anunció secamente que la cosa no pintaba nada bien: «Todos iréis a prisión y, sobre todo, si no declaráis».

Ella, en cambio, quería explicar toda la verdad y dar todos los detalles: «Estoy segura de que saldré. No he hecho nada. Puedo justificarlo todo». Por el contrario, la abogada le comunicó que ningún miembro del cuerpo policial con quienes presuntamente colaboraba se había presentado ante el juez. Por lo tanto, y teniendo en cuenta que el caso estaba bajo secreto de sumario, le aconsejaba que no declarase para evitar comprometerse o para que no hubiese nada que pudiera utilizarse en su contra durante el juicio. Ella, sin embargo, insistía: «Tengo que declarar. No puedo ir a prisión».

El instructor de la causa puede declarar el secreto de sumario para todas las partes excepto para el Ministerio Fiscal. Esto significa que los abogados no tienen a su disposición los resultados de las investigaciones que se realizan en la fase instructora hasta que el caso es levantado por el instructor. Durante este período, las normas son estrictas. Los detenidos en situación de incomunicación no tienen derecho a informar a familiares o a una tercera persona de su detención ni del lugar donde se ha efectuado, tampoco a recibir o enviar correspondencia ni a mantener otras comunicaciones, recibir visitas de religiosos, de un médico privado, de familiares, de amigos o de cualquier otra persona.

La abogada le comunicó que ninguno de los acusados había declarado porque desconocían de qué se los acusaba. Por lo tanto, todos ingresarían en prisión. Esas palabras le dieron mucho miedo. Podía pasar cualquier cosa. Volvió a la celda desconcertada. Se sentía en medio de una nebulosa y dudaba de lo que tenía que hacer. Ella se declaraba inocente. ¿Cómo podía ser que el agente de información que la había reclutado no estuviera presente?

Finalmente, la acompañaron a tomar declaración ante el magistrado. Entró en la sala casi temblando, aunque evitaba que se le notara. No supo identificar si se trataba de la oficina del juez. En la sala había dos mujeres, dos agentes, un intérprete y la abogada a

su lado. También había el fiscal, de edad más avanzada, que se hallaba a la izquierda del juez y le leía las preguntas.

Había intentado entrar con paso firme y con el convencimiento de que lo diría todo para esclarecer lo antes posible aquel malentendido. La declaración fue dura. El juez, que le inspiraba un enorme respeto, era más cercano de lo que se hubiera imaginado nunca. La mayoría de las preguntas las formuló el fiscal, que la miraba de manera intimidatoria. El juez solo intervenía para poner énfasis en algunas respuestas que consideraba que no había contestado con suficiente amplitud.

Fiscal: ¿De qué rama del islam es seguidora?

Ella: De la sunna.

Fiscal: ¿Se conecta con regularidad a Internet?

Ella: Una media entre seis y siete horas diarias.

Fiscal: ¿Conoce a los otros detenidos?

Ella: No conocía a ninguno personalmente hasta hoy. Antes los conocía de las comunicaciones que teníamos a través de las redes.

Fiscal: ¿Ha formulado a X el deseo de viajar a Siria y a Irak para unirse a Estado Islámico?

Ella: Sí, es cierto. A lo largo de los últimos meses he mantenido una estrecha y querida relación con él a través de las redes sociales. Le facilité perfiles de Facebook con la ayuda de mi contacto policial. Y también le había dicho que no me importaría integrarme a Estado Islámico.

Juez: Ha clicado «me gusta» en sus publicaciones y, repito, le ha dicho que quería añadirse a Estado Islámico. ¿Con qué finalidad lo ha hecho y por qué?

Ella: Mi voluntad era atraer al presunto yihadista y al resto de los simpatizantes que se conectaban a estas redes sociales para identificarlos y pasar la información a un cuerpo policial que me reclutó para que colaborara con ellos. Intentaba que los yihadistas me tuvieran confianza para que me explicaran cosas y, después, pasar la información a mi contacto.

Juez: En esta labor que afirma que ha cumplido, ¿elaboró vídeos y propaganda yihadista?

Ella: No, pero iba guardando todo lo que me enviaban. Tenía una tarjeta que contenía mucho material yihadista.

Juez: ¿Es consciente de que si no puede demostrar todo lo que está diciendo estará acusada de pertenecer a una organización terrorista?

Ella: Ahora me he dado cuenta.

Juez: ¿Puede explicarme los motivos de sus viajes a Marruecos?

Ella: Fui a Marruecos mucho antes de empezar a colaborar con este cuerpo policial. Hace más de un año. No he vuelto a ir.

Juez: ¿Puso en contacto a X con X?

Ella: Sí, lo hice por indicación de mi contacto de la policía. Fue él quien me lo sugirió.

Juez: ¿Dio indicaciones y ciertas estrategias a X para llegar a Siria? (Le repitieron la pregunta tres veces.)

Ella: Sí, formaba parte de mi trabajo.

Juez: ¿Facilitó a X medios para viajar a Siria?

Ella: No. No tengo dinero. Solo le dije que haría lo que pudiera.

Juez: Afirma que tenía contacto con un miembro de un cuerpo policial. ¿Desde cuándo?

Ella: Sí, desde hace más o menos un año.

Juez: ¿Le informa de todos sus movimientos en la red?

Ella: Sí.

Juez: ¿Está segura de ello?

Ella: Sí. Completamente.

Juez: ¿Cómo se comunicaban?

Ella: Tenía un correo electrónico exclusivo para comunicarme con él. (Ella misma abrió el correo con la ayuda de un portátil. Ella le había enviado treinta mensajes y había recibido unos doscientos del agente de información. Les dio la contraseña para que pudieran acceder a él.)

Y continúa con su relato:

Ella: A veces también utilizábamos Telegram. (Ella les decía que lo comprobaran una y otra vez.)

Juez: ¿Con qué frecuencia se citaba con el agente?

Ella: Cada tres o cuatro semanas. A veces pasaba más tiempo.

Juez: ¿Ha enviado conversaciones mantenidas con el agente a personas de Marruecos?

Ella: No, nunca he enviado capturas a Marruecos. Antes de que empezara a trabajar para la policía conocí a unos marroquíes a través de Internet que no tenían nada que ver con el yihadismo. Era gente muy cercana con quienes mantenía una relación de confianza. Ellos sabían que colaboraba con el cuerpo policial. Sin embargo, nunca les envié ninguna captura.

Juez: ¿Ni por equivocación?

Ella: ¡No! Tal vez me he tomado demasiado en serio mi papel, pero, de verdad, no creo en Estado Islámico ni nunca he tenido intención de formar parte de él.

A continuación, su abogada también le formuló unas cuantas preguntas. Sobre todo, ponía énfasis en cómo la habían reclutado y en el interés del cuerpo policial para que colaborara en el trabajo de campo de las investigaciones.

Una vez finalizada la declaración y a la espera de las comprobaciones, el fiscal solicitó prisión incondicional comunicada y sin fianza. Ella empezó a llorar. El juez le dijo que tomara un poco de agua y dejase hablar a la abogada: «Mi defendida no tiene nada que ver con ninguna célula yihadista. Todas sus comunicaciones estaban subyugadas a las colaboraciones circunscritas con el cuerpo policial. Además, todo lo tenía intervenido. No hay ningún motivo para la acusación ni para que ingrese en prisión».

Durante media hora, la abogada intentó defenderla, justificar sus navegaciones por la red y mantener la veracidad de sus colaboraciones con el cuerpo policial. La presión de la abogada consiguió, finalmente, que el juez aceptara solicitar un informe al cuerpo policial al cual ella se había referido durante la declaración. No hubo más preguntas. Un silencio largo y la condujeron afuera mientras el juez deliberaba.

La abogada se le acercó y le dijo: «No es definitivo, no te hagas ilusiones». Ella se estaba hundiendo. Entre las nueve y las diez de la noche volvió al calabozo. A pesar de la inquietud, consiguió dormirse. No sabía qué pensar, pero ir a prisión le daba pánico. ¿Cómo se lo tomarían sus padres? Les daría un buen disgusto. A medianoche, la abogada le comunicó que, a la espera de los informes policiales que acreditaran su colaboración, tendría que ingresar en prisión. El juez abrió diligencias y dio un plazo de veinticuatro horas al cuerpo policial con el que presuntamente colaboraba para que ratificara lo que ella había dicho. Al mismo tiempo, solicitó al cuerpo policial que la había detenido la

documentación digitalizada y todo lo que se localizara en el material informático decomisado. Les daba un plazo de cuatro días, prorrogable a cinco.

Durante cuatro horas la trasladaron al Centro Penitenciario de Soto del Real, en Madrid. A las nueve de la mañana volvieron a trasladarla a la Audiencia. Allí estuvieron inspeccionando con la abogada todo el material que la policía había decomisado del domicilio y gastaron más de mil folios y un cartucho de tinta imprimiendo los informes que había pasado al cuerpo policial.

Prisión incondicional comunicada y sin fianza

A pesar de los esfuerzos de la abogada, el juez ratificó prisión incondicional comunicada sin fianza. Su mundo se hundió en aquel momento. Todo lo que había pensado y creído se quedaba allí. La familia intentó contactar con el agente de información, pero el teléfono móvil ya no daba señal.

Pasó el umbral de la puerta de la prisión y le dieron el lote de ingreso que le correspondía como interna: seis rollos de papel higiénico, un vaso de plástico, un peine, un cepillo de dientes, pasta de dientes, una esponja, una toalla, unas sábanas, el cojín, anticonceptivos, lubricantes y compresas.

Uno de los primeros trámites fue obtener la documentación propia de interna: la tarjeta NIS, el número de identificación y una tarjeta para comprar en el economato.

Desde la primera noche que pasó en el calabozo había tomado ansiolíticos. No quería quitarse la vida, pero se sentía tan decepcionada que el afán por demostrar su inocencia le producía un malestar insoportable.

Esa misma noche la informaron de que al día siguiente la trasladarían a otro centro penitenciario. Alejarse de Madrid y, por lo tanto, del juzgado le pareció que dinamitaba las opciones de una salida inmediata de la prisión.

Llegó al centro penitenciario que la acogería definitivamente, que estaba a más de mil kilómetros de su casa. A los acusados de terrorismo se les aplica el artículo 10, que consiste en tener una reclusión casi incomunicada: veintiuna horas de aislamiento en la celda y tres horas de paseo en el patio.

La impresión más fuerte en el interior de la prisión se produjo un momento antes de bajar al patio. El educador le dio las instrucciones precisas de sociabilidad dentro del centro penitenciario, es decir, con qué internas tenía que relacionarse y con cuáles debía evitar el contacto. La que podía ejercer peor influencia era una mujer vinculada con organizaciones criminales mafiosas, acusada de asesinato. Acumulaba todo tipo de antecedentes penales y había pasado por otras prisiones con anterioridad. Las otras mujeres eran toxicómanas y bastante conflictivas.

Ese mismo sábado, la familia la visitó en la prisión, aunque ella no quiere dar ningún detalle de esos encuentros. Durante el tiempo en que estuvo en prisión, de manera sorprendente, el agente de la unidad de información fue a verla tres veces. La primera

visita se produjo un mes después. Lo esperaba porque tuvo que autorizarlo. Lo primero que pensó fue: «Como mínimo viene. Existe. Todo quedará acreditado». Tenía ganas de dejarle ir toda su rabia, de mostrarle el drama que estaba viviendo. En un primer momento, ni tan siquiera quiso mirarlo. Él, vacilando y con cierta inseguridad, le preguntó: «¿Cómo estás?». Ella le contestó secamente: «Obviamente, mal».

Durante los dos meses que pasó en prisión, el agente volvió a visitarla dos veces más y fue él quien se encargó de ir a recogerla el día de su salida, conducir los más de mil kilómetros que la separaban de su casa y dejarla con la familia. Ignoro si este es un trámite regular o excepcional. El agente siempre le ha asegurado que lamenta profundamente la acusación del otro cuerpo policial, pero le asegura que no pudo hacer nada para evitarlo. Ella todavía mantiene sentimientos contradictorios hacia una persona en quien confió plenamente, pero que considera que, en ese momento, la abandonó a su suerte.

Las relaciones con el cuerpo policial no terminaron aquí. Una vez liberada, le ofrecieron introducirse en una nueva operación y viajar a Turquía, supuestamente como simpatizante de Dáesh, con la intención de unirse a Dáesh. El cuerpo policial quería conocer de cerca cómo actuaban estas redes durante el trayecto y cuáles eran los contactos que facilitaban el viaje en territorio turco. Ella se negó rotundamente. Su inmersión frustrada en un cuerpo policial había ido demasiado lejos.

De hecho, aquellas semanas que pasó en prisión la habían cambiado. Ya no era la chica inocente de dieciocho años. Tenía claro que no volverían a enredarla y que tenía que centrarse en sus estudios. Mientras la abogada conseguía archivar la causa —el cuerpo policial con el que colaboraba acreditó su declaración con una extensa documentación—, el curso académico ya había empezado. El paso por prisión interrumpió sus estudios y, sobre todo, su vida.

Periodista: ¿Qué balance haces de todo lo que ha ocurrido?

Ella: Me pidieron que colaborara con ellos, ¿y qué me encontré? Me utilizaron y acabé en prisión. Después de vivir un año intensamente, luchando al lado de las fuerzas de seguridad del Estado contra el terrorismo, no solo no he obtenido ningún beneficio —tampoco lo esperaba—, sino que, además, he salido perjudicada.

Periodista: Ahora, volviendo la vista atrás, ¿por qué crees que colaboraste con la policía?

Ella: Me sentía diferente. Por primera vez creí en mí misma. Dejé atrás mis inseguridades y conocí un nuevo «yo» que quise explotar al máximo. Hasta que la fiscalía cuestionó mi buena fe.

Periodista: ¿Volverías a colaborar con un cuerpo policial?

Ella: Si hubiera sabido todo esto, nunca habría colaborado, sobre todo pensando en mi familia, que ha sufrido mucho. Sin embargo, tengo sentimientos encontrados. Por un lado, pienso que el cuerpo policial que me detuvo se portó muy mal, a pesar de saber que estaba ayudando al otro cuerpo. Pero, por otro lado, lo cierto es que me planteo opositar como agente de policía. Tal vez desde dentro, con mis habilidades y mis conocimientos, podré ayudar a combatir el terrorismo.

La familia que se fue al Califato

Cualquier periodista lo sabe: la primera norma de la profesión es preguntar. Es una actitud casi innata pero que se agudiza con el tiempo, aunque a veces te convierta en injustamente impertinente.

En febrero del 2016 estaba absolutamente inmersa en las redes sociales, contrastando los datos que recogíamos en el trabajo de campo: hablar con los combatientes y con sus simpatizantes, contrastar sus versiones con las de sus familias y caminar por algunos barrios especialmente vulnerables al reclutamiento de toda la geografía española. Parecía que la movilización de aquellos que habían decidido desplazarse desde España al califato junto con sus familias era sobre todo un fenómeno urbano, aunque ya se era consciente del poder de las redes sociales. Las por lo menos 218 personas que había supuesto la movilización en España, según cifras oficiales, estaba lejos del más de un millar de franceses, de los 760 ingleses, de los 760 alemanes e incluso de los más de 516 de Bélgica.¹¹ Se trata de cifras probablemente ya superadas. Por eso, aquel día en que me proponía desconectar, decidimos con mi compañero visitar un pequeño pueblo de montaña y turístico de tan solo seis mil habitantes.

En una de las pequeñas cafeterías del pueblo, que se concentran en la plaza Mayor, nos encontramos a un aldeano que parecía saberlo todo. Sentado en la barra, con un tono simpático y descaradamente curioso, nos preguntó quiénes éramos y a qué nos dedicábamos. En medio de la charla se me pasó por la cabeza preguntar: «¡Vecino, una pregunta para nota! ¿Hay alguien del pueblo que se haya ido a Siria?». Ya sabía que en ese pueblecito un 15 % de la población era musulmana, pero en ningún momento me imaginé que sonreiría tan abiertamente y que pondría aquella mirada pícaro del que sabe la respuesta: «Pues sí. Y nada menos que una familia entera. La de Jamal». Aquella

revelación nos dejó estupefactos. En ningún caso habría esperado una respuesta tan contundente, con nombre y apellidos. El vecino, según decía, tenía amigos en la policía que le habían confirmado de primera mano que Jamal y su familia habían cruzado la frontera que separa Turquía de Siria.

¿Quiénes eran? ¿Cuándo habían marchado? ¿Se trataba de un caso aislado o en la población vivían otras familias que habían tomado la misma decisión? ¿Y, sobre todo, por qué una familia aparentemente integrada lo había dejado todo para ir a un país en guerra? En ese momento, y es algo que sigue pasando, las fuentes de la lucha antiterrorista informan raramente de estos viajes, ni tan solo cifran públicamente las unidades familiares ni mucho menos el número de menores.

No volvimos a ver al vecino, consciente de que quizás había hablado demasiado. A pesar de ello, teníamos suficiente información para tirar del hilo. Lo primero era descubrir si había algún miembro de la familia de Jamal que viviera en España. Los parientes podían darnos el primer relato, el más cercano, y a partir de allí contextualizar su vida y, solo quizás, contactar directamente con Jamal. Lo primero que se nos ocurrió fue ir a tomar otro café al casino, punto de encuentro de los extranjeros que vivían en el pueblo, para obtener más datos.

Era intimidatorio acercarnos a aquellas mesas donde una docena de hombres jugaban al dominó y empezar a preguntar. Optamos por charlar con el patrón. Solo dejamos caer el nombre Jamal. Si lo conocía. Y, si era así, cómo podíamos encontrarlo. Sin ningún otro comentario. El patrón llamó a un paisano, que, a su vez, llamó a otro, que parecía confundido. «¡Jamal no está aquí. Se fue a Suiza!» Insistimos: «¿Suiza?». El hombre volvió a inclinar la cabeza con gesto afirmativo. Aún nos quedamos más asombrados. En pocos minutos, todos los jugadores hablaban de Jamal. Aseguraban no haberlo visto desde hacía tiempo y la mayoría desconocía que estuviera supuestamente en Suiza. No era prudente preguntar nada más. Así que, aunque no sabíamos si tenía familia allí, insistimos: «¿Y su hermano?». «¡Ah! —nos dijeron—. Uno vive al final de la calle.»

Pronto supimos que Jamal tenía dos hermanos más que vivían en el pueblo, un tercero en otra ciudad a unos treinta kilómetros de distancia y aún una cuarta hermana en la costa. Tendríamos que volver varios días si queríamos hablar con ellos, confirmar si realmente la familia había partido y si aún seguían con vida.

No fue fácil encontrar a Hakim, el hermano menor que compartía padre con Jamal. Aunque nos habían dicho que vivía al final de la calle y que trabajaba en las paradas

ambulantes del mercado, resultó complicado dar con él. Finalmente, optamos por llamar al timbre de su casa y esperar que aceptara tomar un café con nosotros. Aceptó tres cafés en ocasiones distintas y en las tres negó tajantemente que su hermano, su cuñada y sus dos sobrinos se hubieran ido a Siria. Hablaba también de Suiza, pero nos decía que estaban pasando unas vacaciones en Marruecos, aunque inexplicablemente no tenía ningún contacto con ellos. Cuando le dijimos que iríamos a visitar a Jamal en su población natal, cerca de Tánger, volvía el olvido.

Unos días más tarde, logramos dar con Zakaria. Casado con una española, era padre de dos niñas, trabajaba en una fábrica y le gustaba el boxeo. Era la escasa información que él mismo dejaba ver en su Facebook. No dudamos en llamar al timbre del cuarto piso de una vivienda de las afueras del pueblo. Salió él mismo a abrir la puerta y nos espetó que no tenía nada que decirnos y que nos fuéramos. Los dos hermanos ya habían hablado entre ellos y, por lo visto, Zakaria creía que estábamos haciendo demasiadas preguntas. Ni uno ni el otro nos confirmaban el destino de Jamal ni de su familia, y aquello nos generaba dudas.

A través de Facebook, localizamos a un tercer hermano. Karim era el mayor de los cinco. Pintor de profesión, había llegado veinte años atrás y también se había establecido con su mujer en una pequeña ciudad de interior. Allí habían nacido sus dos hijos. Con una simple búsqueda en Google pudimos conocer la empresa donde trabajaba e incluso descubrimos el número de un teléfono móvil que había colgado en sus redes sociales cuando se ofrecía como trabajador autónomo. Hicimos guardia un par de días ante el negocio para dar con él y finalmente, a la salida del trabajo, aceptó hablar con nosotros, aunque sirvió de poco. Lo negó todo tajantemente. Aquella negación nos generó tantas dudas que pensamos que todo el trabajo que habíamos hecho quizás era erróneo, aunque había un indicio que, si bien no era definitivo, sí que era indicativo. El perfil de Facebook de Jamal mostraba claramente sus simpatías por Dáesh. Había colgado un mapa del califato, algunas banderas del grupo y las caricaturas de líderes occidentales. En el mismo perfil veíamos por primera vez la cara de Jamal, que se parecía mucho al resto de sus hermanos. Le enviamos algunos mensajes explicando claramente quiénes éramos y qué queríamos. No solo confirmar el viaje a Siria como un proyecto familiar, sino que nos explicara cuál era su motivación y por qué se había llevado a sus hijos de siete y doce años a un país en guerra. Nunca nos contestó ninguno de los mensajes. De hecho, desde septiembre del 2015 no había vuelto a conectarse.

Durante esas semanas de indagaciones encontramos a algunas personas, pocas, que los conocían y que quisieron hablar de ello, aunque muy discretamente. Son personas de quienes no podemos revelar más datos, aunque las informaciones que nos dieron ayudan más a entender el relato de su vida que el posible proceso de radicalización que llevó el matrimonio, si se confirmaba, a tomar la decisión de partir. A pesar de los múltiples indicios, no teníamos ninguna prueba de su estancia en el califato. Lo que se escribe a continuación es lo que pudimos saber unas semanas después de empezar a trabajar en las calles de la población.

Cuando Btisam se casó con Jamal estaba profundamente enamorada. Se habían conocido en una tienda de pinturas que compartían sus padres en Tánger. Él pronto renunciaría a trabajar en el negocio familiar. Tenía claro que su futuro pasaba por prosperar en Europa. A principios del año 2000 llegó a España y se instaló en el citado pequeño pueblo de montaña.

En poco tiempo consiguió suficiente dinero para regresar a Marruecos, casarse con Btisam y volver con ella. Jamal hablaba perfectamente la lengua, era conocido por todos los vecinos y destacaba por su simpatía y amabilidad. Incluso fue el portavoz de la asociación cultural que encabezaba la mezquita cuando los musulmanes de la población decidieron tramitar los permisos para habilitar un local. En el plano profesional, pudimos hablar con uno de los primeros empresarios que lo contrató. Recuerda de él que era un buen trabajador, responsable y serio. Por eso, le sorprendió la reacción de Jamal cuando se produjo en Estados Unidos el múltiple atentado de las Torres Gemelas, el 11 de septiembre del 2001. Jamal estaba desbordante de alegría. No podía reprimir su felicidad ante la gente que entraba en el local y seguía por televisión las mismas imágenes que medio mundo. Estaba satisfecho del golpe que se le había asestado a la entonces primera potencia mundial.

Poco después nacería su primogénito, Mounir, que ahora debe tener unos trece años, y la niña de sus ojos, Chaimae, que tiene ocho. Los niños nacieron y crecieron en España. Sus padres los llevaron a la escuela concertada. Eran unos niños alegres que cuando iban a Marruecos a visitar a los abuelos se sentían en un país extranjero. Les gustaba ir de visita, pero siempre pedían volver pronto a su casa, en España. Jamal llevaba cada semana al pequeño Mounir a jugar al fútbol, pagaba las cuotas deportivas y se quedaba a

ver todos los partidos. Era un padre implicado que disfrutaba del juego de su hijo y se relacionaba con las otras familias.

Cuando, en junio del 2015, el curso terminó, Jamal decidió que los niños pasarían una temporada en Marruecos para mejorar su árabe y para conocer mejor su religión y sus tradiciones culturales. En septiembre ya no volvieron y siguieron sus estudios en Marruecos con la supervisión de su madre. Btismam era una mujer hermosa, que siempre había llevado pañuelo. Nunca se le había visto ni un cabello. Gastaba en moda e iba a la peluquería de vez en cuando. Era una familia inmigrante como cualquiera otra, pero estaba consiguiendo una posición acomodada. Jamal había montado una carnicería, pero no le fue bien y la traspasó. Compró un piso, un coche y se sacó todos los carnets de conductor: desde el de autobús hasta los de camión. Poco después, era el chófer responsable de la línea escolar que unía los institutos de la zona. Podía ganar más de mil quinientos euros mensuales, una cantidad que aumentaba si aceptaba hacer horas extras.

A finales de enero del 2017, Jamal se ausentó algunos días de la empresa de transporte y lo despidieron. Probablemente lo hizo aposta para que le tramitaran la prestación de desempleo. A sus compañeros de trabajo no les comentó que quería ir a Suiza por una nueva oferta de trabajo, sino que volvía a Marruecos porque era su tierra y echaba en falta a la familia. Había pasado los últimos meses solo en casa porque la mujer y los niños continuaban en el país de origen para que los muchachos siguieran las clases en árabe y mejoraran sus conocimientos de religión. Por eso a los chóferes con quienes se relacionaba no les pareció extraño que se despidiera del trabajo. Dicho literalmente por ellos: «Era una buena persona que siempre que podía ayudaba en todo, cambiaba turnos, echaba una mano de mecánica si hacía falta. Un tipo como cualquiera de nosotros».

Durante las semanas siguientes nos dedicamos a reconstruir su partida con los pocos indicios que teníamos de la vida de Jamal, Btismam y de sus hijos, pero aún con la incertidumbre de saber si, definitivamente, estaban en Siria. Si bien la mayoría de las pistas apuntaban en la misma dirección, no podíamos publicarlo sin contrastarlo con la máxima seguridad.

La confirmación de que la familia estaba en Siria llegó de un mazazo. Estaba echando un vistazo a los perfiles de Facebook de los hermanos cuando vi que uno de ellos publicaba lo que parecía una oración en árabe y, al lado, una mujer llorando. Los comentarios de los amigos que podían leerse en abierto daban el pésame a la familia. Jamal había muerto

en combate. No había ninguna duda. Hablaban del dolor que sentían y lo expresaban públicamente. Sin ningún pudor.

Hakim ya no contestaba a nuestras llamadas y Zakaria nos había dejado claro que no quería hablar con nosotros. La única opción era intentarlo con Karim. Nos presentamos en su casa para darle el pésame, pero hicimos una llamada previa. Entendíamos que debía de ser un momento difícil y, por tanto, que nuestra intromisión solo podía llegar hasta donde él permitiese.

Cuando accedimos a la plaza donde se encuentra su domicilio, Karim ya nos estaba esperando, ansioso y dispuesto a hablar con nosotros. Aún estaba afectado por la muerte de su hermano menor, aunque les habían comunicado la noticia unas semanas atrás. Acababa de llegar de Marruecos. Tanto él como su hermana decidieron viajar a Tánger para contarle personalmente a su madre que Jamal había fallecido. Aquella tarde pudimos hacerle casi todas las preguntas que quisimos.

Jamal había muerto en junio del 2016 cuando Dáesh estaba luchando para mantener su posición en la histórica ciudad de Palmira. Según el relato contado a la familia, un misil lo había alcanzado durante los combates. La fecha coincidía con la derrota militar de Dáesh y con la conquista del codiciado feudo por las tropas del dictador Bashar al-Ásad.

Con Jamal fallecido, nuestro interés se centraba en la mujer y los hijos, que se habían quedado viviendo en el califato. Karim había podido hablar con el niño, Mounir, aunque brevemente. En cambio, ya no estaba permitido, según sus rigoristas normas, que hablara con su cuñada viuda. Por tanto, teníamos que localizar a alguien del entorno de Btisam con quien aún pudiera relacionarse para intentar contactar con ella y saber cómo encaraba su futuro y el de los niños. ¿Quería quedarse en el califato? ¿Regresar y huir de la locura de la guerra?

La persona clave para conseguir un relato en primera persona solo podía ser una: Sara, la hermana de Btisam, que vivía en la misma población. Nos enteramos mucho más tarde y por casualidad. Sara trabajaba en un restaurante de la zona donde fuimos a comer esperando reconocerla gracias a las fotografías que habíamos visto en las redes sociales. Cuando nos servían los postres, pedimos saludar a Sara. Una chica alta, esbelta y tan hermosa como Btisam se quitaba el delantal y venía a saludarnos, intrigada por saber quiénes éramos y qué queríamos. Decidimos no andarnos con rodeos y contarle lo poco que sabíamos. La primera reacción de Sara fue mantener una cierta distancia. No le

había gustado esa intromisión en su lugar de trabajo, pero nos emplazó a hablar sobre ello cuando saliera.

Alrededor de las seis, pudimos sentarnos ante un café y hablar largo y tendido con ella. De entrada, no se sentía cohibida para contarnos su propio relato de lo que había sucedido porque ella estaba tan sorprendida de la decisión de su cuñado como muchos de sus vecinos. A aquella primera charla le siguieron otras, necesarias para que Sara accediera a hablarnos de lo poco que sabía.

Sara había llegado a España en el año 2004 con la intención de trabajar y de vivir con su hermana y con su cuñado. La relación con el matrimonio era estrecha a pesar de que no se llevaba demasiado bien con Jamal. Recuerda que a veces él quería controlar excesivamente sus salidas o el tipo de ropa con que vestía.

Vio nacer y crecer a sus sobrinos y fue un apoyo para Btism los primeros años. Mientras Mounir y Chaimae crecían, ella trabajaba y conocía a un español, con quien se casaría y tendría un hijo.

Cuando en enero del 2016 los niños volvieron a España, Sara se los quedó en su casa mientras los padres regresaban una semana a Marruecos con el deseo de visitar a los parientes y hacer algunas gestiones. Aquello no extrañó a Sara. Tampoco que, cuando volvieron, Btism le explicara que dejaban España y se mudaban a Suiza porque su marido había logrado una oferta de trabajo inigualable como conductor de camiones. La propuesta era tentadora y parecía que lo tenían clarísimo. A Sara le disgustó porque vivirían lejos de ella, pero le pareció legítimo que quisieran emprender una nueva vida aparentemente mejor en otro país. En ningún momento la sorprendió aquella decisión. Tampoco le pareció raro que su hermana le pidiera discreción y que no le contara a nadie que emprendían el viaje. Btism había insistido bajo el pretexto de que no quería ni despedidas ni ser la comidilla del pueblo. Y Sara dice que simplemente pensó: «Si no quieren que se sepa, pues ya está».

Era febrero y en Suiza el invierno era muy frío y las temperaturas llegaban bajo cero. Sara recuerda aquellos días previos al viaje muy frenéticos. Toda la familia se equipó con ropa de abrigo nueva, como si tuvieran que ir a esquiar. Lo cierto es que los inviernos en Siria son terriblemente gélidos, con temperaturas bajo cero y mucha nieve. Ella misma los ayudó a preparar las maletas. Tanto Mounir como Chaimae estaban emocionados por conocer un nuevo país. «Son muy simpáticos, pero también son tremendamente tímidos. En realidad, ahora creo que los niños ya sabían adónde iban.»

Aquella tarde de finales de febrero se despidieron a pie de calle a pesar de las bajísimas temperaturas. Lo único que puede recordar Sara de aquellas horas fue que su hermana la abrazó de una manera muy especial. Un abrazo más largo de lo que era habitual. Añadió algunos besos, cosa extraña en ella, y le dijo que la echaría de menos.

Un día después de su marcha, Sara recibió mensajes alarmantes de la hermana de Jamal, que quería saber adónde habían ido. Sara no entendió nada, pero pensó que si su cuñado no quería explicarle a su hermana adónde iban, ella no era nadie para revelar que se trasladaban a Suiza. De hecho, Jamal había vendido su coche a esta hermana, que vivía en una población de la costa.

Btisam y Sara son hermanastras. Comparten la madre y desde pequeñas habían vivido en la misma casa. Btisam era mayor, fruto de la primera unión matrimonial de su madre, que también tenía otro hijo. Sara es hija de un segundo matrimonio y es la mayor de cinco hermanos. Aunque se trata de una familia amplia, Btisam y Sara siempre han estado unidas porque se llevan pocos años y, aunque no tienen el mismo padre, se han querido siempre.

A pesar de estar en países distintos, las dos hermanas mantienen el contacto a través de WhatsApp. Normalmente no se escriben, sino que se mandan audios. Así se oyen la voz, pueden notar el estado anímico de la otra y parece que haya menos distancia entre ellas. Estas charlas son muy vivas: la niña canta e incluso se la puede escuchar hablando perfectamente el español; a veces lloran, pero también ríen.

Sara asegura que las primeras semanas desconocía por completo que se habían ido a un país en guerra. Las conversaciones consistían en relatos triviales de cómo era el país, el clima o la comida. Pero, a las pocas semanas, Sara empezó a escuchar rumores. No tardó en preguntar a Btisam, quien le confirmó su decisión: «Me hizo mucho daño. Ella justificaba su silencio porque no quería preocuparnos, pero llevarse a los niños a un país en guerra es imperdonable». Pasó un mes desde el momento en que Sara envió el mensaje y Btisam respondió, no porque no quisiera, sino por los problemas de conexión. Allí empezaron los reproches, especialmente uno: «¿Por qué te has llevado a los niños contigo? Yo me los habría quedado, los habría cuidado como a mis propios hijos». Btisam respondió secamente: «Los niños están bien. *Alhamdulillah* [“Gracias a Alá”]».

Desde ese momento, Sara cambió la opinión que tenía de su cuñado. El éxito que había logrado en España con un buen trabajo y comprando su propia casa le había hecho pensar que era un tipo inteligente, avisado. Pero arrastrar a su familia entera al califato

les había arruinado la vida: «Si empezó callado, ¿por qué no se iba solo y sin decirle nada a nadie? Sin mi hermana ni los niños. Lo cierto es que mi hermana estaba locamente enamorada de él y habría hecho todo lo que Jamal le hubiera pedido». A pesar de ello, Sara añade una reflexión: «Querer a una persona no es una excusa para seguirla. Su primera obligación era pensar en el futuro de sus hijos».

Las nuevas revelaciones cambiaron radicalmente los contactos a través de WhatsApp, que dejaron de ser frecuentes. Nunca le contó en qué zona del califato se encontraban, aunque pudimos saber que habían estado en la provincia de Aleppo y también en la capital, Al Raqa. En una ocasión, Sara le dijo que estaba cocinando merluza y Btisam contestó que estaban lejos del mar y cerca de un río de caudal importante, pero que el pescado no estaba en buenas condiciones para consumir.

Desde que se fueron, han pasado ya casi dos años. Durante este tiempo, Btisam ha enviado algunas fotografías, aunque Sara no puede precisar cuántas. Asegura que cuando recibe una, se la mira durante un buen rato, los recuerda intensamente y la borra para evitar problemas con cualquier cuerpo policial. No se atreve a guardarlas por temor a que piensen que está en connivencia con la decisión tomada por su hermana y su cuñado o a que crean que simpatiza con alguno de esos grupos que combaten en Siria y en Irak a quienes tanto teme, como cualquier otro español.

La mayoría de las fotografías que le ha enviado se han tomado en el interior del supuesto domicilio familiar, amueblado paradójicamente al más puro estilo occidental. Siempre ha sido el mismo, y ha podido identificarlo por el tipo de color blanco de las paredes. Se trata siempre de fotografías cotidianas: cocinando, poniendo la mesa, haciendo las camas... De algún modo, parece que Btisam se empeña en mostrarle la normalidad de sus vidas a pesar de la guerra. La fotografía que quizás le impactó más fue la de su hermana y su sobrina vestidas con el riguroso nicab y levantando el dedo índice, y la de su cuñado con el arma AK-47. Incluso hay una del matrimonio con posado oficial: él con barba y ella con el niqab. Con el tiempo, envió algunas fotografías en las que se puede apreciar a un Jamal que parece que tenga diez años más, muy moreno de piel, con barba espesa y aspecto cansado.

Cuando Sara vio a su hermana vestida con el nicab solo se le pasó por la cabeza decirle: «Mujer, qué cambio, ¿no?», pues estaba poco acostumbrada a verla vestida tan rigurosamente.

En las charlas entre las dos hermanas hay dos puntos de inflexión que no se han repetido. En una ocasión, pocos meses después de haber llegado, Btisam le hizo una proposición a Sara: «Si quisieras, podrías venir. Aquí estarías muy bien».

Y, en otra ocasión, le pidió que recogiera unos dos mil euros que le debían a Jamal y que se los enviara. A Sara no le gustó nada esa petición, pues pensó que podía perjudicarla seriamente. A pesar de no hacerlo, la relación con la hermana se mantuvo. En ese momento en España ya se habían producido muchas detenciones de personas que simpatizaban con la causa y no le hacía ninguna gracia que la acusaran de nada relacionado con el terrorismo.

Fue una hermana de Jamal quien la llamó para comunicarle la defunción. En cambio, Btisam nunca le dijo nada. Cuando consiguió el nuevo número de Btisam —por lo menos lo ha cambiado tres veces— y le dio el pésame, esta le contestó de manera muy serena, como si no hubiera pasado nada: «Era su sueño. Quería hacerlo y ya está. Él ha cumplido su yihad». Sara intentó dialogar con ella: «Pero si se están matando y matan indiscriminadamente». Btisam le respondió con monosílabos y con evasivas: «Él no era ningún terrorista. Lo ha hecho por el islam». En algunos momentos, Sara incluso tiene la sensación de que quien contesta los mensajes quizás no sea ni siquiera su hermana. En otros momentos piensa que quizás cuando escribe alguien la vigila.

En los últimos meses las comunicaciones han sido muy intermitentes. Su hermana lo atribuye a los problemas de conexión a Internet por culpa de los bombardeos. Sara prefiere no escuchar ninguna información del transcurso de la guerra ni nada relacionado con el terrorismo. A veces se pregunta si seguirán con vida, pero prefiere pensar en otra cosa, aunque el sufrimiento va por dentro, sobre todo, por los niños.

Le pregunto a Sara si cree que hay alguna posibilidad, por remota que sea, de que vuelvan, y ella contesta: «Cuando le hemos insistido para que volviera, siempre ha asegurado que estaban bien». Btisam reafirma ante su familia que se mantiene viuda y que nadie la obliga a nada. Lo cierto es que el califato sugiere, si no obliga, y dicta lo que es más bueno para la mujer y para la organización, y dudo que haya espacio para la decisión personal. Las informaciones que llegan del califato son que las viudas deben volver a casarse rápidamente. Hay pocas mujeres y muchos hombres, y es la manera más eficaz de contribuir al futuro del califato: el nacimiento de nuevas generaciones.

En una ocasión, Btisam le confesó a su madre que quería volver, pero que necesitaba dinero. Muy a su pesar, la madre le dijo que no podía enviarle nada porque, en realidad,

no sabía ni a quién ni a qué se destinaría el dinero.

Unos meses después de la emisión del reportaje «Desarmar Estat Islàmic» en el programa *30 minuts* de Televisió de Catalunya, donde contábamos parte de esta historia, aparecía sobreimpresionado en los tiques del canal de noticias 3/24 —como se llaman las alertas informativas que aparecen en la parte inferior de la pantalla— que se habían detenido a dos hermanos en una pequeña población de montaña. Se los acusaba de financiar Dáesh, y la investigación policial, iniciada a principios del 2016, pasaba por ser la primera que desarticulaba una célula encargada de recoger dinero y enviarlo a Siria. Pronto supimos que la Guardia Civil había detenido a Hakim y a Zakaria, los dos hermanos de Jamal. Las acusaciones de pertenencia a organización terrorista eran muy graves.

En la nota de prensa que publicó el Ministerio del Interior a raíz de las detenciones se señala que los hermanos habían formado una «red de apoyo financiero» que permitía «el mantenimiento de estructuras en Europa» y que «hacían llegar los fondos a los administradores económicos de Dáesh utilizando la intermediación de identidades falsas atribuidas a los gestores de la organización terrorista». En la misma nota se apuntaba a que se «espera que en el material informático intervenido se encuentren datos relevantes sobre las redes de financiación y apoyo financiero a Dáesh desde España que permitan un mayor conocimiento de las vinculaciones de los detenidos con los administradores financieros de Dáesh y sus supuestas identidades. Estas supuestas identidades formarían parte del centro de captación económica de Dáesh a nivel internacional». Me sorprendió que el Ministerio utilizara el verbo «esperar», pero, en todo caso, la causa estaba bajo secreto de sumario.

Esa tarde llamamos a Karim y concretamos vernos en unos días. Al otro lado del teléfono, lo escuchaba abatido, igual que después de la muerte de su hermano Jamal. Quedamos en su domicilio y nos invitó a entrar. En el comedor de su casa nos relató que Jamal había pedido dinero a los hermanos. En realidad, era el dinero que recibían de las prestaciones de desempleo. Aunque, si nos ceñimos a la ley, cualquier persona que está fuera de España debe comunicarlo y si no lo hace así, no tiene derecho a cobrar estas mensualidades. Por lo visto, Jamal la estuvo cobrando irregularmente. El mismo Karim nos explicaba que sus hermanos, Hakim y Zakaria, habían enviado el dinero de Jamal, además de algunas deudas que le habían devuelto. De hecho, no lo habían enviado

directamente a su hermano en Siria, sino a un intermediario, perteneciente probablemente a Dáesh, que tenía sede en Turquía, y de allí se tramitaba a Siria e Irak. Siguieron al pie de la letra las instrucciones que Jamal les había dado. Entendían que no podían enviarle las cantidades directamente a él y que tenía que haber intermediarios.

La decisión de realizar estos envíos, nos cuenta Karim, fue tomada en familia. Ninguno de los hermanos lo veía claro, pero su madre les dijo que su deber era ayudar a su hermano y que no podían mirar a otro lado. Les hizo jurar que le enviarían el dinero y, añade Karim, «la palabra dada a una madre no se puede traicionar».

No puedo evitar decirle a Karim: «Pero ¿le estabais enviando el dinero del paro cuando no tenía derecho a percibirlo y desconocíais en qué manos terminaría ni si serviría para financiar un atentado?». Ante mi insistencia, solo dijo: «La verdad es que no nos hicimos tantas preguntas».

Unos meses después, la Guardia Civil organizaba otro operativo para detener a Karim en el mismo domicilio familiar donde habíamos tomado el té. Se lo acusaba de los mismos hechos que a sus hermanos. Él siempre nos dijo que había quedado al margen de los envíos.

En el momento en que estoy escribiendo estas líneas, Hakim y Karim están en libertad condicional después de haber pasado encarcelados casi un año, el primero, y medio año, el segundo. Zakaria continúa en la cárcel pendiente de recursos que autorizen su salida. Aún no está claro si se fijará juicio o se archivará la causa.

La gran preocupación de Sara es el futuro de los niños. En las charlas que ha mantenido con Btisam ha escuchado contadas veces la voz de Chaimae, pero, nunca la de Mounir. Y eso la preocupa. A las preguntas de Sara, su hermana es poco concreta y, ante la insistencia, contesta que está en la escuela. Aunque Btisam asegura que Mounir vive con ellos, ella no sabe qué pensar.

Lo primero que a uno le viene a la cabeza cuando piensa en estos niños es la experiencia física y emocional que están viviendo o padeciendo. Los bombardeos sin previo aviso, la violencia indiscriminada o la muerte de los seres que los rodean pueden ser —apuntan los psicólogos— extremadamente difíciles y traumáticos. Pueden sufrir una gran variedad de tipos de estrés y traumas, como ya ha evidenciado la entidad Save the Children en un informe de los efectos de la guerra de Siria e Irak en los menores: la pérdida repentina de la voz, el carácter agresivo, miedos intensos y claros síntomas

postraumáticos. La experiencia de haber vivido en una zona en guerra puede incluso afectar su desarrollo mental y físico durante mucho tiempo.

Más allá de esta situación, existe la propia vivencia en el califato, con una normas estrictamente rígidas, propias de un régimen totalitario comparable al del nazismo.

Por lo que ha trascendido de este sistema, las familias, y especialmente los niños, son parte importante del engranaje ideológico. De ahí que se los adoctrine tanto ideológica como físicamente para ocupar las funciones que el califato tiene previstas para ellos y ellas.

Lo poco que sabemos es que los menores de dieciséis años y los mayores de diez dejan de vivir con sus padres y van a las escuelas del califato. Son los llamados «cachorros» destinados a convertirse en «leones», según la terminología propia de Dáesh. En algunos informes se remarca el papel de los campos de entrenamiento, diferentes de los de la escuela, como el de Al Tabqa, a cincuenta y cinco kilómetros al oeste de Al Raqa. Puede ser que Mounir esté en estas mismas instalaciones o en otras parecidas, porque sabemos que durante algún tiempo la familia ha permanecido en la capital del califato. No solo memorizan el Corán, sino que también aprenden a manipular armas con el objetivo de alcanzar una formación militar. Se les asignan especialidades con programas específicos: el propio de los combatientes, el de los francotiradores, los que fabrican bombas y manipulan explosivos y los atacantes. Este tipo de entrenamiento fomenta el espíritu de grupo y el alejamiento familiar, puesto que el único modelo que tienen es el del combatiente. Todo ello les permite moldear y manipular mejor a los niños.

Así mismo, son utilizados para delatar a sus propias familias, vecinos o amigos si no están obedeciendo estrictamente las normas. Una actitud propia de un estado totalitario que ejerce el control sobre todos los ámbitos de sus ciudadanos. Sea como fuere, algunas informaciones contrastadas apuntan a que por lo menos un centenar de niños han muerto en combate, en operaciones suicidas o colocando explosivos fallidos. De hecho, una prueba de la instrumentalización de estos niños es la publicación de Dáesh de más de una veintena de vídeos en los que aparecen setenta y tres menores de edad asesinando a rehenes.¹²

El Gobierno neerlandés es el único que ha redactado un informe público, titulado *The Children of ISIS. The indoctrination of minors in ISIS-held territory*, en el que relata el

tipo de formación que reciben los menores en las escuelas del califato y algunas propuestas para gestionar su retorno al país de origen.

El libro de lectura obligatorio de primaria en estas escuelas se titula *Soy musulmán* y es una justificación para legitimar los actos del grupo con ilustraciones de armas de todo tipo y para enlazar la educación de los niños con la estrategia militar del grupo. La historia que se presenta está focalizada exclusivamente en la vida del profeta Mahoma. Materias como la filosofía se han suprimido del currículum y se han reforzado las clases extras de árabe para los hijos de los combatientes extranjeros. Algunas escuelas incluso ofrecen conocimientos de idiomas específicos como el inglés, el uigur o las lenguas propias del Cáucaso.

En sus páginas, se señala que el enemigo es la denominada coalición de cruzados, la relación de 68 países que forman la alianza anti-Dáesh, entre los cuales está España.

Mientras que Sara desconoce completamente en qué situación se encuentra Mounir, ha podido hablar algunas pocas veces con Chaimae. Tiene la certeza de que por lo menos Btissam vive con su hija. Por las fotografías corresponde al mismo domicilio en que vivían con Jamal cuando llegaron a Siria. En las pocas imágenes en las que sale Chaimae, va vestida con el *jilbab* de negro riguroso. Se le ve tímidamente el óvulo de la cara con una gran sonrisa. El futuro que le espera a Chaimae en esta sociedad es convertirse en la mujer de un combatiente y en madre de las nuevas generaciones. Se prepara a las chicas para las tareas domésticas: cocinar, coser y cuidar a los niños. Cuando llegan a la pubertad, se considerará que ya están preparadas para casarse. Un imán local o una agencia de servicios matrimoniales se encargarán de concertar los miembros de la pareja. Algunos testimonios que han relatado su experiencia han explicado la violencia sexual a la que son sometidas estas niñas.

En el inicio de la propaganda de Dáesh, las mujeres ejercían un papel fundamental en los procesos de captación y radicalización de otras mujeres. Muy activas en las redes sociales, reclutaban a familiares, amigos o conocidos. Las interrupciones de Internet a lo largo del 2015 por los bombardeos hicieron que dejaran de dedicarse a tareas propagandísticas y de captación y, de este modo, su papel quedó relegado al hogar doméstico.

A través del citado informe del Gobierno neerlandés, se plantea si la rehabilitación de los menores es posible. Estos niños son víctimas, aseguran, pero también se consideran amenazas potenciales. No hay duda de que el abanico es muy amplio: desde los

adolescentes que se dejaron llevar por las redes sociales y se han hecho hombres y mujeres en el califato a los que han viajado en plena pubertad y han recibido formación ideológica y militar. Para el citado informe, estos son los que plantean una amenaza más seria para la sociedad neerlandesa.

Así mismo, se desconoce el número de mujeres que han quedado embarazadas y los bebés que han nacido desde que existe el califato.

Hay quien apunta a que tendrán que hacerse pruebas de ADN para verificar si son verdaderamente hijos de europeos porque los documentos del califato no serán reconocidos por ningún Gobierno.

Sara aún reprocha a su hermana que haya sentenciado el porvenir de los niños. «En un país en guerra nunca hay futuro. Y en diez años quién sabe qué habrá pasado: cómo crecerán y con qué traumas. Esto no es vida. Estos niños aún estaban en edad de jugar.»

¿Es posible que Btismam y los niños vuelvan? ¿Pueden tener otra oportunidad aquí? Sara cree que en España es imposible porque se juzga mucho. En cambio, cree que en Marruecos quizás lo tendrían más fácil porque han viajado centenares de personas a Siria e incluso puede estar socialmente bien visto. Aquí ningún padre querría que estos niños se relacionaran con sus hijos por temor a una mala influencia y, sobre todo, porque dependiendo de la formación que haya tenido Mounir puede ser considerado un peligro potencial. Hay otra circunstancia que les impide volver a España: Btismam solo tenía permiso de residencia y los niños, a pesar de haber nacido en España, no habían tramitado la nacionalidad. Solo Jamal contaba con ella.

En realidad, Sara es muy pesimista. Ni tan solo cree que pueda volver a verlos. «No todo el mundo se salva en un país en guerra. Hoy te toca a ti y mañana a otro. Yo no he estado nunca en un país con bombardeos y violencia, pero me imagino que no debe ser fácil sobrevivir.» Otra de las personas que más está sufriendo en silencio es la madre de Sara y Btismam. Externamente lo disimula y hace como si no pasara nada, pero Sara dice que lo tiene todo acumulado en el corazón.

La última vez que hablaron con Btismam fue unos días después de la detención de sus dos cuñados. Hace por lo menos nueve meses. Ella ya conocía la operación policial antes de hablar con Sara. Lamentaba profundamente que la decisión de Jamal hubiera afectado a sus hermanos y no entendía por qué estaban en la cárcel. Quizás esta circunstancia es

clave para entender por qué, de momento, no ha vuelto a ponerse en contacto con la familia.

No hay una actuación conjunta de la Unión Europea para decidir cómo gestionar el retorno de combatientes, mujeres y menores. Cada país está trabajando a su manera, dependiendo de la magnitud del fenómeno en su territorio. El único país que conozcamos que haya publicado un informe sobre esta cuestión es, como decíamos, los Países Bajos, donde esperan la llegada progresiva de por lo menos ochenta menores que han nacido o crecido en el califato. Les preocupan específicamente aquellos que han recibido entrenamiento militar o que incluso ya tienen experiencia en el combate.

No se puede olvidar, apunta el informe, la forma en que Dáesh intenta radicalizar, adoctrinar y utilizar activamente a los menores para su agenda. Según el informe, esto exige una gran preocupación, vigilancia y, en algunos casos, pasar a la acción si los niños regresan o se establecen en los Países Bajos. Se debe tener claro que los menores son principalmente víctimas, pero en ningún caso pueden ignorarse los riesgos potenciales para la sociedad ni que la vulnerabilidad con la que los vemos sea utilizada por Dáesh para buscar nuevas posibilidades de atentar contra Europa.

Por eso, el informe plantea la necesidad de que los menores pasen por un programa. A su llegada a los Países Bajos, los menores que regresen del califato son evaluados individualmente para determinar su cuidado, las medidas de seguridad y las intervenciones necesarias. Al igual que con los adultos, no hay un enfoque de talla única para todos.

En otros países europeos donde el reclutamiento de los grupos ha alcanzado casi las dos mil personas, como en Francia, se espera la llegada de cuatrocientos menores. Allí se los llama los «bebés del califato». Pero ¿de dónde son estos bebés? ¿Son en realidad apátridas únicamente registrados en la administración del califato o bien se trata de bebés europeos sin documentación? Incluso algunas abuelas están luchando para poder obtener su tutela legal. De hecho, el regreso de estos menores se está proyectando como «uno de los grandes rompecabezas administrativos a los que el Estado deberá enfrentarse a medida que la pérdida de territorio de Dáesh empuje a sus combatientes a la deserción».¹³

En España se conoce cuando menos el retorno, en el verano del 2017, de dos mujeres que iban acompañadas de sus tres hijos.¹⁴ Las detenidas, sobre las que pesaba una orden

internacional de detención, son mujeres españolas viudas de combatientes de Dáesh supuestamente muertos. El juez decretó su ingreso en prisión, acusadas de pertenencia a una organización terrorista, y que los niños quedaran al cargo de los abuelos. Por lo menos hay otro caso anterior, del 2014, cuando Fátima Shora, a quien conocimos en Ceuta, regresó del califato con su marido marroquí y su hijo de corta edad. Ella pudo demostrar que se había desplazado a Siria para hacer volver al padre de su hijo. Lo consiguió y siempre ha estado en libertad, pero él permanece en la cárcel de Marruecos. En ese momento ella ya explicaba las dificultades que tuvieron para escapar del califato y el riesgo que asumieron con su deserción.

En cuanto a los menores detenidos por haber pasado, supuestamente, por procesos de radicalización en España, han trascendido públicamente los casos de siete jóvenes que, en su mayoría, querían viajar a Siria e Irak e integrarse a uno de los grupos que operan allí, ya fuera para convertirse en soldado o en esposa. En todos los casos se decretaron medidas cautelares de internamiento. Me consta que la Fiscalía de Menores ha estado trabajando con determinación en este tema. Como es habitual, prima el interés del menor. El Juzgado Central de Menores puede imponer algunas medidas: si el menor tiene entre catorce y quince años, se interna en régimen cerrado de uno a cinco años con revisión anual; si el menor tiene entre dieciséis y diecisiete años, puede estar en régimen cerrado entre uno y ocho años, una situación que puede revisarse cuando han cumplido la mitad de la condena.

En los citados casos españoles, no existe aún un programa específico que permita una actuación conjunta para este tipo de delito en el territorio nacional. Estamos a la espera de un necesario programa de desradicalización o de «desconexión», como ya apuntan algunos expertos, que tendría que establecerse sin perjuicio del programa individualizado que debe seguir cada uno de los menores. Está claro, pues, que tienen que tomarse medidas específicas tanto para aquellos menores que retornen como para aquellos que hayan pasado procesos de radicalización en España.

Algunos países han implantado ambiciosos programas de desradicalización. He podido visitar de primera mano algunos en Dinamarca, Inglaterra o Francia y, desafortunadamente, algunas experiencias ya han fracasado. Incluso los estudiosos ya no hablan de desradicalizar, sino de «desenganchar».

En unas declaraciones recientes, el máximo responsable del Centro Europeo Contra el Terrorismo, el ex guardia civil Manuel Navarrete, confesaba que a lo largo del 2016 no

ha aumentado el número de combatientes, sino que, en realidad, quienes han vuelto han sido las mujeres y los menores. En la misma entrevista asegura que cualquier persona que vuelva de la zona de conflicto supone un riesgo por la seguridad y apuesta por unas medidas y un tratamiento específicos para los menores.

Mientras escribo las últimas líneas de este libro, el principal enclave en Irak de Dáesh, Mosul, ha sido reconquistado y se están disputando duros enfrentamientos en la capital, Al Raqa.

Podemos creer en la derrota militar de Dáesh, que los expertos en operaciones militares apuntan que será efectiva a lo largo del 2018. Su principal símbolo del declive territorial ha sido la detonación de la gran mezquita Al Nuri, en Mosul, la misma donde Abu Bakr al-Baghdadi proclamó el autodenominado califato en agosto del 2014, que logró la movilización de miles de personas de todo el mundo. A pesar de su derrota militar, la llamada insurgencia de Dáesh persistirá no solo en Irak, sino también en otros países de la región en tanto que mantenga sus apoyos populares.

Una vez abandonado el proyecto de extender el califato sin base territorial, la amenaza se focalizará en Europa occidental y el gran temor que sus combatientes puedan trasladarse a Egipto o a cualquier otro Estado fallido como Libia, el Chad o Yemen.

La tarea más ardua y compleja, el reto para los Gobiernos occidentales, es revertir la fascinación que miles de personas han sentido y sienten hacia los postulados de Dáesh. Y es que en las conversaciones con sus seguidores, uno se da cuenta de que no solamente habían creado un califato de corte político, geográfico y narrativo amplificado por las redes sociales, sino también, y sobre todo, sentimental. Unos simpatizantes activos que no es necesario que vuelvan de Siria. Algunos están aquí, como se evidenció con los individuos que atentaron en Barcelona y Cambrils (Tarragona). En el fondo, sus acólitos y simpatizantes creen que el califato se reimplantarán de nuevo tarde o temprano.

Los relatos biográficos que hemos expuesto quedan abiertos como las propias vidas de sus protagonistas. Tarek se reintegró a Jabhat al-Nusra y continúa en Siria. La última noticia que recibí de él, hace un par de meses, es que está esperando de nuevo un hijo.

Su mujer ya tuvo un aborto. En algún momento le ha pasado por la cabeza volver o enviar a su esposa a Marruecos, pero él asegura que permanecerá en Siria.

Maryam volvió a casarse casi un año después de la muerte de su marido. Ignoro con quién porque después de las conversaciones en el hotel perdimos el contacto. Por las noticias, supe que la policía había detenido a una mujer acusada de vincularse a Dáesh con sus mismas características que ahora mismo está en prisión preventiva.

La joven que fue doblemente reclutada por Dáesh y por los cuerpos policiales aún se está reponiendo de su experiencia. Ha reemprendido sus estudios, pero le está costando mucho encontrar un trabajo y rehacer su vida.

Y en el caso de Btisam y sus hijos, Mounir y Chaimae, no sabemos absolutamente nada de ellos desde hace meses. El tiempo dirá si sobreviven a la guerra, si algún día vuelven y en qué circunstancias lo hacen.

1. Reinares, Fernando, y García-Calvo, Carola. *Estado Islámico en España*. Madrid: Real Instituto Elcano, 2016. Los autores analizan exhaustivamente el perfil, las motivaciones y los procesos de radicalización de los detenidos en España vinculados a actividades relacionadas con estos grupos extremistas que operan en Siria e Irak.
2. «Foreign terrorist fighters pose “significant and evolving” global threat, warns new UN Report», *United Nations News Centre*, 6 de octubre del 2015.
3. Reinares, Fernando. «Yihadismo en Europa: matar para dividirnos». En: *Documento de Trabajo 33/2017*. Madrid: Real Instituto Elcano, 2017.
4. Toboso, Mario, y Collado, José. «El perfil yihadista en Cataluña, en el período 2004-2009», *Ciencia Policial*, n.º 103 (noviembre-diciembre del 2010), pp. 77-110. Algunas de las conclusiones a las que llegaron estos autores pueden extrapolarse al ámbito español.
5. Antúnez, Juan Carlos. «Los combatientes europeos del Dáesh: ideología, perfil y motivación», *Análisis GESI*, n.º 17 (1 de septiembre del 2016).
6. Entenmann, E.; Van der Heide, L.; Weggemans, D., y Dorsey, J. «Rehabilitation for Foreign Fighters? Relevance, Challenges and Opportunities for the Criminal Justice Sector», *The International Centre for Counter-Terrorism (ICCT)*, n.º 5 (diciembre del 2015). En este informe ya se constata la multiplicidad de motivaciones de los combatientes europeos desplazados a la zona de conflicto.
7. Reinares, Fernando. «Yihadismo en Europa: matar para dividirnos». En: *Documento de Trabajo 33/2017*. Madrid: Real Instituto Elcano, 2017.
8. Guidère, Mathieu, y Morgan, Nicole. *Manual de reclutamiento de Al Qaeda*. Barcelona: Base, 2007, p. 41.
9. Lesaca, Javier. *Armas de seducción masiva. La factoría audiovisual de Estado Islámico para fascinar a la generación millennial*. Madrid Península, 2017, p. 41. El autor ha analizado los más de 1.300 vídeos que Dáesh ha producido y emitido.
10. *Dabiq*, n.º 1 (5 de julio del 2014).
11. Van Ginkel, Bibi, y Entenmann, Eva (eds.). «The Foreign Fighters Phenomenon in the European Union. Profiles, Threats & Policies», *The International Centre for Counter-Terrorism-The Hague*, n.º 2 (abril de

2016), pp. 23-48. El detallado informe ofrece datos de los movilizados, el número de hombres y mujeres, de los 27 países que forman parte de la Unión Europea. Se trata de la última actualización más fiable, elaborada por el Centro Internacional de Contraterrorismo de La Haya.

12. Lesaca, Javier. *Armas de seducción masiva. La factoría audiovisual de Estado Islámico para fascinar a la generación millennial*. Madrid: Península, 2017, p. 235. Los datos corresponden al período comprendido entre enero del 2014 y abril del 2017.
13. Gil, Alexandra. *En el vientre de la yihad. El testimonio de las madres de yihadistas*. Madrid: Debate, 2017, p. 1.
14. Guardia Civil. *Las autoridades turcas entregan a la Guardia Civil las dos españolas integradas en Dáesh que fueron detenidas en Turquía el pasado mes de diciembre*, 11 de julio del 2017.

Su opinión es importante.

Estaremos encantados de recibir sus comentarios en:

www.plataformaeditorial.com/miopinionporunlibro

Vaya a su librería de confianza. Tener un librero de cabecera es tan recomendable como tener un buen médico de cabecera.

«I cannot live without books.»

«No puedo vivir sin libros.»

THOMAS JEFFERSON

Plataforma Editorial planta un árbol
por cada título publicado.





Somos Naturaleza

Hueso, Katia

9788417002985

272 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La tecnología, el turismo de masas, la urbanización, los trajines del día a día y las exigencias de la vida moderna parecen habernos hecho víctimas de lo que Richard Louv —reconocido escritor y periodista— llamó "síndrome de déficit de naturaleza". Este libro es una invitación a retomar el contacto con la naturaleza. Una llamada a reconocerla, respetarla y a vivirla en un sentido más profundo; a recuperar la devoción por lo lejano y lo salvaje, por la vida al aire libre. A partir de la relación entre la literatura, el arte, la música, el cine y su manera de ver la naturaleza, esta obra nos descubre de qué manera la cultura y la educación nos ayudan a reencontrarnos con lo natural y con nosotros mismos. La naturaleza es nuestra aliada, y un medio de sanación, consuelo y alivio, así como de bienestar, salud y fortaleza; de crecimiento y desarrollo personal. Se ha demostrado que los beneficios del mindfulness se multiplican al aire libre, y que incluso un paseo por el parque puede asimilarse a una especie de meditación. El contacto con la naturaleza es también una herramienta indispensable para la educación de nuestros hijos y nos recuerda la importancia de vincular la naturaleza con la escuela. Un libro para leer a la sombra de un árbol y reencontrar nuestra esencia natural.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La ayuda a los demás como proyecto de vida

UN CAMINO HACIA EL ALMA

ÓSCAR PÉREZ MARCOS



Un camino hacia el alma

Pérez Marcos, Óscar

9788417002299

178 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando era joven, el autor de "Un camino hacia el alma" no estaba satisfecho con los éxitos y los fracasos que había cosechado a lo largo de su vida: sumido en un espejismo, se resistía a abandonar sus ataduras. Tras un peregrinaje por el Camino de Santiago descubrió el valor de lo que de verdad importa: ayudar a los demás. Después de vivir en el Reino Unido, los Estados Unidos y Alemania, el autor emprendió un nuevo itinerario: el de las ONG y los voluntariados, el de la entrega incondicional a los otros y el descubrimiento de sí mismo. Este viaje lo llevó a Ghana, donde fundó HOLA GHANA, y la India, Colombia y México, países en los que también genera impacto y canaliza voluntarios y recursos para diferentes proyectos locales. Para el autor de este extraordinario testimonio, los libros no se escogen: cada uno llega en el momento en que más se necesita. Conforme con esta convicción, el propósito de este libro es servir como inspiración para ayudarnos a cambiar el curso de nuestras vidas. Un llamado de atención destinado a escépticos y conformistas para ir más allá de nuestra zona de confort, liberarnos de todo lo que nos limita y nos impide reinventarnos, alcanzar nuestra mejor versión e influir positivamente en quienes nos rodean.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Plataforma
Actual

La próxima frontera

¿QUÉ NOS HACE HUMANOS?

Albert Figueras

Aunque algunos no dejan de pensar en poner fronteras en México, Melilla o Israel, la humanidad ha llegado hasta aquí gracias a su empeño en cruzarlas.
¿Cuál es la próxima frontera?

La próxima frontera

Figueras, Albert

9788417002961

240 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Llegar a pisar la Luna, alcanzar el Polo Sur, ser capaces de captar y reproducir la voz o poder mandar un correo electrónico desde Barcelona hasta un bar remoto en la selva de Borneo en pocos segundos son logros de la humanidad que tienen un denominador común: la voluntad del Homo sapiens para cruzar fronteras que a muchos congéneres les habían parecido infranqueables. La idea de frontera implica que hay un más allá de ella; también sugiere una diferencia entre lo conocido y lo ignoto, entre la seguridad de lo cierto y el miedo de la incertidumbre. Sin embargo, desde el punto de vista del colectivo humano, cruzar la frontera suele significar un avance notable que puede conllevar incluso un cambio en la manera de pensar. La próxima frontera te propone acompañar al Homo sapiens desde que empezó a caminar en algún lugar del continente africano hasta ser capaz de conectarse con cualquier otro congénere a través de las redes sociales: un viaje intenso, curioso y poco convencional en busca de nuestro límite con las máquinas y nuestras diferencias con los animales para tratar de averiguar qué nos hace humanos. ¿Te subes al autobús?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Plataforma
Actual

Pedro Martínez Ruiz

El arte de vivir mejor



Pequeñas enseñanzas
para una vida más plena

El arte de vivir mejor

Ruiz, Pedro Martínez

9788416820436

165 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En la vida sólo tenemos un billete de ida. Llegamos sin nada y nos vamos sin nada pero aquí dejamos nuestra huella. De nosotros depende dejar la mejor. En este libro encontrarás herramientas, conocimientos y experiencias de autor que te ayudarán a vivir mejor. Un libro lleno de motivación e impulso para reconocer tu propósito de vida o animarte a encontrarlo si aún no lo has descubierto. También encontrarás propuestas para salir de tu zona cómoda y llegar a donde deseas llegar. Obtendrás entusiasmo para acompañarte a conseguir tus objetivos y descubrirás la importancia de las emociones e inteligencia emocional. La importancia del sentido del humor también está presente e igualmente fortaleza para superar miedos y creencias limitantes, en definitiva, una completa guía que te hará descubrir El arte de vivir mejor.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

MEDICINA DE GÉNERO

MAREK GLEZERMAN

Prólogo de Amos Oz

Plataforma
Actual



La nueva revolución de la medicina:
el papel del sexo en el diagnóstico
y el tratamiento de enfermedades

Medicina de género

Glezerman, Marek

9788417002114

330 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

A lo largo de millones de años, el cuerpo masculino y el femenino han desarrollado diferencias fisiológicas cruciales para mejorar las posibilidades de supervivencia de la raza humana. En Medicina de género, el doctor Marek Glezerman, uno de los pioneros mundiales en este campo de la medicina, revela innumerables diferencias entre sexos que a menudo se pasan por alto. En muchos casos, con la eliminación de los roles de género tradicionales, han quedado obsoletas, pero aun así están muy presentes, y van más allá de las divergencias sexuales y reproductivas más evidentes. *Las mujeres son más resistentes a las enfermedades infecciosas que los hombres, pero más vulnerables a las autoinmunes. *A igual número de cigarrillos fumados, el cáncer de pulmón es un 170 % más frecuente en mujeres que en hombres. *La enfermedad de Alzheimer se expresa de formas diferentes en hombres y mujeres. *Los fármacos para tratar las náuseas son menos efectivos en las mujeres. *Las mujeres son más sensibles a los antihistamínicos. *La aspirina es más efectiva en los hombres como prevención de los derrames cerebrales. Los médicos suelen tratar a los pacientes de ambos sexos como si sus necesidades fueran idénticas y la investigación médica sigue efectuándose predominantemente con los hombres, para luego aplicar los resultados al tratamiento de las mujeres. Esta situación exige un cambio de paradigma: el que propone Medicina de género.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portada	2
Créditos	3
Índice	4
Prólogo de Ignacio Cembrero	6
Unas palabras previas	9
1. Tarek, el combatiente que sobrevive en Siria	24
De España a Al Qaeda	29
El mundo visto a través de los ojos de un muyahidín	38
La mujer de un muyahidín	42
La vida antes de Siria	51
La transformación de Tarek en Abu Tarek	57
Un retorno imposible	62
«Alá nos ha escogido. Me caso»	69
2. Las viudas de los mártires	72
«¡Estás loco! ¡Te matarán!»	75
La decisión está tomada	81
En el país de los 'kufar' [«infiel»]	85
Los últimos días en Siria	91
Bajo la sombra de la policía	95
La vida de Maryam, ahora	96
3. Heroínas, confidentes y policías	100
El doble reclutamiento	103
Las primeras complicidades	108
El precio de colaborar	111
«Policía, policía...»	114
Prisión incondicional comunicada y sin fianza	125
4. La familia que se fue al Califato	128
Epílogo	146
Notas	148
Colofón	150